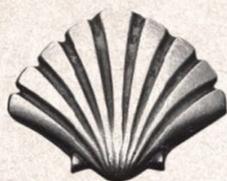


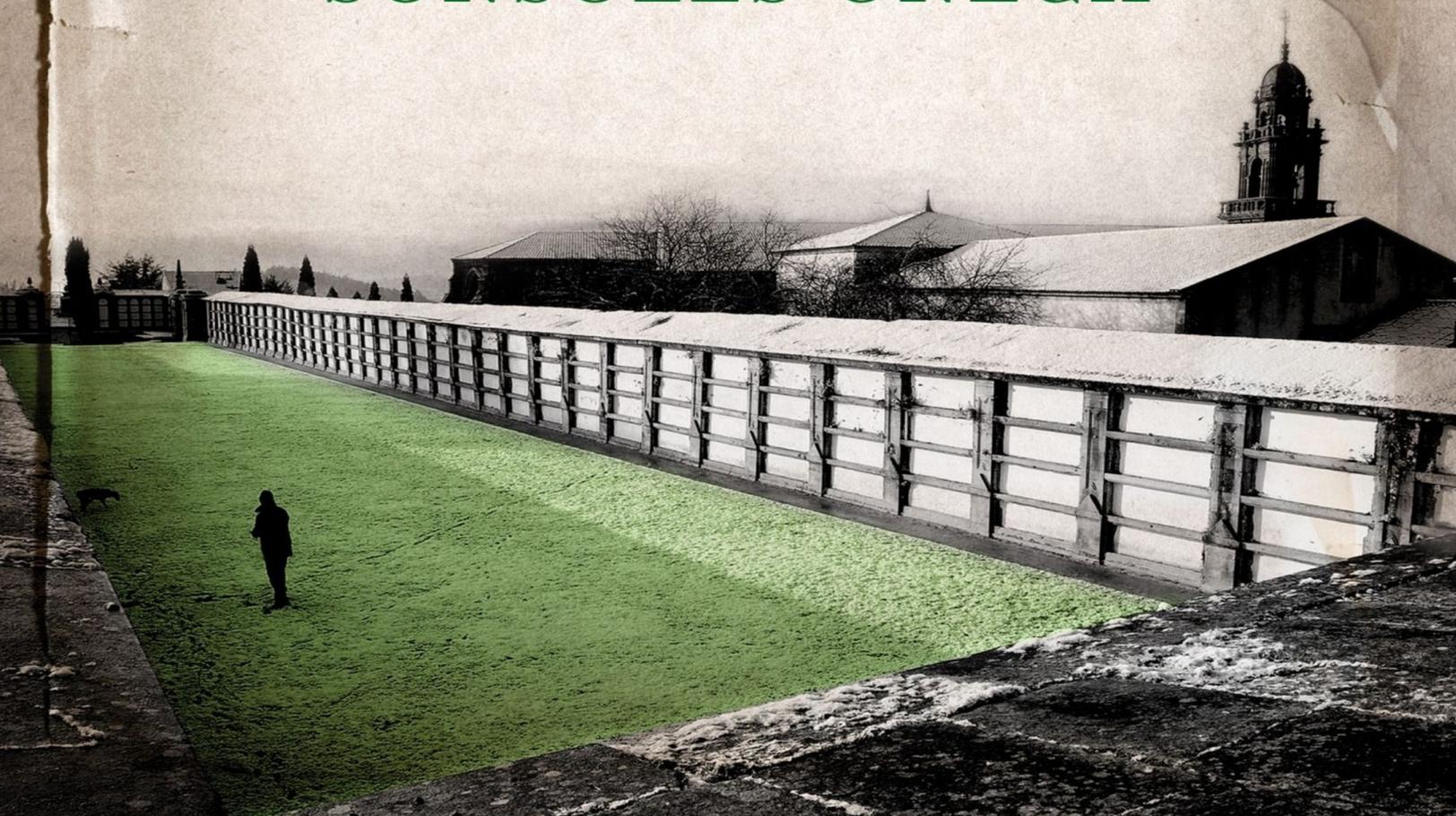
” TH NOVELA

*La fantasía se enfrenta a la realidad en Compostela,  
una tierra de meigas donde los sueños siempre encuentran cobijo*



*Encuentros en*  
***Bonaval***

**SONSOLES ÓNEGA**



## Índice

Portada	
Sinopsis	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
Notas	
Créditos	

## SINOPSIS

Mariana sueña con ser periodista en la ciudad de Santiago. Su vida transcurre entre la pérdida temprana de su madre y la incomunicación con su padre, Manolo, un hombre refugiado en el mismo oficio que anhela su hija e incapaz de mostrar sus sentimientos más allá de los folios que escribe en una vieja Olivetti. A punto de iniciar sus estudios universitarios, Mariana se cruza con Timoteo, un cazador de pensamientos que deambula por las rúas compostelanas y que se convierte en el protagonista de la historia que la joven aspira a publicar algún día. A partir del encuentro, Mariana recorrerá la ciudad tratando de reconstruir la leyenda de Santiago. A lo largo de esa investigación le serán desvelados multitud de secretos; entre ellos, los que le permitirán recuperar la memoria de una familia condenada al olvido, la suya.

Utilizando como escenario el periodismo de las postrimerías del franquismo, Sonsoles Ónega nos conduce por un camino literario en el que avanzamos con un pie en la vida y otro en la fantasía. Una narración enérgica y al mismo tiempo atravesada por la nostalgia. Dura como la naturaleza de las piedras milenarias de la ciudad de Santiago y etérea como los sueños de un pueblo de meigas, espíritus y hechiceros. *Encuentros en Bonaval* es una sorprendente novela forjada en la tradición literaria de Galicia, donde realidad y ficción conviven en equilibrio.

*A Iago, que se creó en mí al tiempo que esta novela*

*A María Jesús, que me regaló su última sonrisa en Santiago*

## I

En la ciudad de Santiago de Compostela, entre piedras que lloran y lluvia que baila, vivía un viejo de nombre Timoteo. Siempre quiso ser escritor de historias, pero una cosa fue llevando a la otra y el tiempo acabó por consumirlo entre esas piedras que lloran y esa lluvia que baila en la capital del Reino de Timoteo, la ciudad de Santiago de Compostela.

Sea como fuere, lo cierto es que de poco le sirvió al viejo el derroche de talento o los lazos que llegó a tejer con el mismísimo Apóstol, a cuyos pies se reclinaba mañana y noche para pedirle por los justos que transitaban estas tierras. Para él también pedía, pero poca cosa:

—Que no se me caigan más dientes o que la cuchilla de afeitar no se oxide. ¡Qué sé yo! Pequeñeces. Y el hilo, ¡que no me falte el hilo!

Timoteo nació, creció y vivió hasta los setenta y siete años en un semisótano de la Rúa das Hortas, que queda bajando una escalinata de piedra desde el Hostal de los Reyes Católicos. La casa de Timoteo no tenía nada de particular si no fuera por sus moradores. Los primeros que la habitaron cuando solo tenía una planta fueron los Rivas, los primeros Rivas de los que fue descendiendo toda una saga de personajes pintorescos. Algún gen artístico debía correr por las venas del Rivas original que contaminó, indiscriminadamente, al resto de los familiares de primero, segundo y tercer grado hasta llegar a Timoteo Rubial Rivas, bisnieto por parte de madre. Del bisabuelo se sabe que daba conciertos de armónica; del abuelo, que emigró a Cuba y volvió enriquecido para morir en Santiago y, las malas lenguas, decían que el padre enamoraba con poemas a las jovencitas que llegaban a la capital en las caravanas de los espectáculos itinerantes. En una de esas mujeres, en Inés, prendió el amor, y del amor surgió el hoy viejo Timoteo. Fue el primero de seis hijos. De los cinco restantes poco se puede escribir porque se evaporaron en la historia. Nada se sabe de Venancio, de Eulalia, de

Rosalía, de Antón o de Santiago. Unos renegaron, otros emigraron y otros debieron morir en el camino de sus ilusiones. Porque ilusiones, lo que se dice ilusiones, tuvieron. Eulalia quería ser malabarista; Rosalía, escritora; Antón, piloto de naves espaciales y Santiago... Santiago quería ser el Apóstol. El único cuerdo de la familia fue Venancio, que hizo las maletas y se instaló en Barcelona para nunca más volver. Sobre él también circulaban leyendas para todos los gustos. Algunos decían que jamás llegó a Barcelona, que murió antes y su cuerpo yacía en un nicho anónimo en La Rioja; otros, en cambio, aseguraban haberlo visto paseando por A Coruña de la mano de otro hombre. Solo los bien pensados daban crédito a lo que contó su madre, repitió su padre y siguió contestando su hermano Timoteo cuando le preguntaban por Venancio.

—¡Que le digo yo que a Venancio también lo encerraron! ¡A todos, mujer, a todos! ¡No ve que estaban como las maracas de Machín!

La que solía hacer afirmaciones de este tipo, siempre a destiempo y en exceso, era doña Rosa, que aterrizó en la casa cuando la casa se convirtió en un edificio de dos plantas y semisótano por recomendación del abuelo, el emigrante, que vio negocio en aquellas piedras. Sacó a la venta los pisos más bajos para reservarse las vistas elevadas a la Catedral, pero comoquiera que la ojeriza se impuso, los últimos Rivas, o sea, Timoteo y los suyos, fueron vendiendo propiedades para sobrevivir y acabaron instalándose en el semisótano. Los más astutos fueron doña Rosa y su difunto marido. Según los infortunios iban recayendo sobre los Rivas, se presentaban con dinero contante y sonante y, duro a duro, fueron haciéndose con cuatro apartamentos. Si no hubiera sido por el gafe, los Rivas serían ahora millonarios.

Las urgencias de la billetera permitieron a doña Rosa comprar a precio de saldo y alquilar a precio de mercado dos de los pisos. Ella se instaló en el tercero, donde vivía con su hijo, que padecía un mal incurable, y el cuarto lo reservó para su hija Mirta, una moza de buen ver que siempre quiso ser artista y acabó de meretriz en la calle Montera de Madrid. Con la ingele resentida emigró a Brasil, a bailar samba en los carnavales. Desde allí mandó una sola foto a su madre en la que aparecía contorneándose al ritmo de una música que doña Rosa solo imaginaba irrespetuosa. Como único atuendo llevaba

unas estrellitas brillantes que le tapaban los pezones y un tanga de idénticas piedras preciosas. Cuando se cansó de bailar volvió a Santiago preñada de un niño en sus entrañas. Doña Rosa supo en el momento del parto que el niño era negro como el café.

Así que Timoteo fue haciendo y deshaciendo maletas hasta llegar al semisótano. Su cielo se tiñó de cientos de suelas de zapatos que recorrían la calle adoquinada que desembocaba, si iban hacia arriba, en la fastuosa plaza del Obradoiro y, si iban hacia abajo, en Pombal, una avenida colindante a la Alameda por donde campaban las mujeres de amores breves. Solo si pegaba la espalda a la pared y miraba hacia arriba, conseguía ver un pedazo de cielo que, tratándose de Santiago, solía ser de un azul plúmbeo o de un blanco grisáceo preñado de mal genio. Como siempre era igual, el viejo gruñía.

—¡Para lo que hay que ver!

Pero bien que miraba cuando vivía en las alturas. Robaba estrellas en verano o nubes de esas que cabalgaban por la inmensidad al ritmo del viento huracanado de las noches de invierno.

—¿Ahora qué, viejo? Ahora suela y tacón de por vida.

—Urbano, parece que te alegras de las desgracias de este viejo. Anda y coge la botella blanca. Te invito a un trago y te largas, ¿eh? Nada de echar aquí la noche, que luego no hay quien te saque.

Urbano era mago. Mago de los de toda la vida. De los que hacían una flor con una colilla y se tragaban bolas de colores que le salían por los orificios de la nariz o por las orejas. Urbano era Urbano Castillo Castaño, natural de Monforte de Lemos, Lugo. Hijo de una pintora que no llegó a colgar un cuadro en los días de su vida y de un herrero que moldeó las verjas de todos los panteones de la comarca. Ninguno de los dos vivía. Los había enterrado juntitos hacía siete años y dieciséis días. La cuenta la llevaba como una condena en vida.

—Cada día, un pelo. Que me quedo calvo, Timoteo, que no llego a viejo.

—Pero si viejo ya eres —replicaba el otro desde la cocina.

Como cada día, Timoteo preparaba chorizo curado, queso de tetilla y unos torreznos prohibidos.

—¡Qué ricos saben los malditos! Saben a la gloria bendita de mi madre, que los freía cada mañana y los envolvía con papel de *El Progreso*.

—No mentes la gloria bendita de tu madre, que te estará escuchando, hombre.

Allí donde el aire cortaba las finas ramas de los árboles recién plantados, reposaba la anciana Nieves y el anciano José Antonio. Dejaron en herencia a los cabareteros de Santiago a su único hijo, Urbano, que, cumplido el protocolo del rezo, cogió carretera para la ciudad y se instaló, primero, en un hospital de peregrinos y, curadas las rozaduras de sus pies, pasó a pedir limosna en la escalinata de Platerías, a hincar el codo en las tascas colindantes o a disfrazarse de payaso. Se acercaba a los niños y les preguntaba:

—¿A que no habéis visto nunca un payaso de verdad?

Los niños se quedaban embobados mientras Urbano cortaba hojas de periódico con las tijeras de las uñas y hacía flores de letras para ofrecérselas como recuerdo de Santiago. El viejo Timoteo pronto adivinó que la vida de aquel hombre era una calamidad y que sus pensamientos solo tenían forma de colchón y manta. Tanto iba mermando su estrecha juventud que le ofreció cobijo en su minúsculo semisótano.

—Esto que ves, amigo —le dijo—, fue el hogar de una familia de ocho. Ocho con mi madre y mi padre, que pesaba ciento cuarenta y cuatro kilos. Todos cabíamos aquí, así que búscate un hueco y échate a dormir. Pero si faltas a tu palabra, te desalojo a patadas. Y de lo que aquí veas, ¡ni palabra! Estás en un laboratorio de pensamientos. ¡Ojo con los malos, que los pillo al vuelo!

Urbano apenas se atrevió a chistar. Se tumbó en un rincón del salón, encima de unas colchonetas marrones, y se tapó con una manta de lana que, en tiempos, debió de ser blanca. Solo le faltó chuparle los callos como muestra de agradecimiento.

—Y mañana, ¡en pie a las siete para buscar un trabajo! Gandules, los justos en esta casa.

—Sí, señor Timoteo —musitó Urbano a sus cuarenta y nueve años—. A las siete en punto. Y si quiere voy a por empanada con las monedas que me sobraron esta noche.

—¡Déjate de empanadas! A dormir.

El viejo agarró el cazapensamientos y, de un golpe, apagó la bombilla que colgaba del techo del salón.

—Se apaga así, ¿te enteras?

—Sí, señor Timoteo. ¿Se enciende igual?

—Igual se enciende.

Urbano y Timoteo durmieron sus mutuas soledades tantas lunas como quiso la fortuna, tantas como calendarios pasaron en las vidas de todos los que poblábamos esta ciudad encantada hasta que, una mañana, recién salido el sol traidor de la primavera, una mano sacudió con fuerza la puerta del semisótano de Timoteo.

—¿Es aquí donde un mago ofrece sus servicios?

—Parece ser. ¡Urbano! Ven, que alguien te busca.

—¿Urbano? —preguntó el visitante.

—Sí, Urbano. ¿El nombre no es de su agrado?

—En absoluto. Todo lo contrario.

—Y ¿en qué puedo yo servirle? —preguntó Urbano recién levantado, con el pijama aún arrugado y la mejilla marcada con la raya del cojín.

—Vimos su anuncio en Platerías. Buscamos un mago para un salón de baile. ¿Podría acompañarme para que nos mostrara sus números?

—¿Dónde tengo que ir?

—Puedo esperarle. Es una urgencia. Anoche falleció el señor Antolín. Supongo que habrá oído hablar de él. Hacía los mejores trucos de toda Galicia. ¿No me diga que no conoció a Julián Antolín *Muescas*?

—Por supuesto, pero ¿de qué murió?

—Inexplicablemente cayó redondo encima del escenario. No vea qué susto se llevaron las señoras.

—Entiendo, claro. ¡Vaya susto!

—¿Le espero, pues?

—¡Claro que le espera! —gritó Timoteo, apostado a una prudente distancia que le permitía escuchar cada palabra de la conversación—. Hazle pasar, Urbano. Ahí fuera hace un frío de mil demonios. Este sol no calienta ni a las gallinas.

—Les estoy muy agradecido.

—¿Se le antoja un café?, ¿té? —preguntó cortés Timoteo.

—Muchas gracias, señores. Ya desayuné.

—¡Pues sí que madruga!

—No tanto como quisiera —replicó el hombre—. Adoro levantarme antes que el resto para pasear por la ciudad desnuda, pero no siempre es posible. Hay noches que no cerramos el salón hasta bien entrada la madrugada.

—¿Dónde dice que está?

—En San Martiño.

—¿Y a qué hora actuará Urbano?

—Su función empieza a las once menos cuarto, minuto arriba, minuto abajo. A las doce puede estar fuera, pero si el cliente pide réplica, tiene que quedarse.

—Claro, claro. Tendrá que quedarse muchas noches. Es un mago de primera. Ya lo comprobará usted mismo.

Urbano apareció vestido con un frac rojo y camisa blanca adornada con una pajarita de cuadros negros. Con la mano izquierda agarraba un bastón de mago. La chistera y el maletín con las joyas del oficio los llevaba en la mano derecha.

—No pensé que se ataviaría de esa guisa —comentó el visitante.

—Un mago es un mago desde que se levanta hasta que se acuesta, señor —se apresuró a contestar Timoteo, mirando de reojillo al bueno de Urbano, que ya se veía contratado.

Y así fue. Urbano, cayó en gracia y volvió triunfante al semisótano de Timoteo, pasadas las doce del mediodía, con una ristra de papelotes que certificaban el contrato de Urbano Castillo Castaño con la empresa Bullicios S. L.

—Pues sí que tuve suerte, Timoteo. Me salieron los trucos como churros. Se quedaron pasmados. Los dejé a todos con la boca abierta. Justo cuando iba a cortar la corbata del que parecía el jefe, ¡zas!, ¡contratado! «El puesto es suyo», dijo. Para mí solito, Timoteo. ¿Te das cuenta? La fortuna llega sola, pero hay que saber esperarla.

—¿Son de fiar?

—¿Que si son de fiar? De lo mejorcito que anda por Santiago.

—¿Cuántas noches?

—Todas, menos las de los lunes, que cierran por descanso del personal.

—Hay que celebrarlo, Urbano. Vamos a darnos una buena comilona. Tengo algo que contarte.

Anduvieron por las calles de la ciudad como un padre y un hijo. Urbano parecía un colegial. Habló como una cotorra hasta que llegaron a la taberna El Gato Negro. Era el sitio preferido de Timoteo. También lo era para mí. Allí los hombres siempre olían a tierra. A tierra seca si era pronto y a tierra mojada si los encontrabas en la barra a última hora del día.

En Galicia, nadie se embarcaría en un negocio titulado El Gato Negro y, precisamente por eso, porque me parecía un atrevimiento provocar así a las meigas de estas tierras, convertí el local en mi centro neurálgico de confesiones. Confesiones íntimas que, por aquel entonces, escribía con ensimismamiento y constancia. Entonces creía que algún día se convertirían en un libro con tapas de cuero y páginas cosidas a mano. *Diario de una adolescente*. O mejor: *Diario de un fracaso*. Todo esto solo podía hablarlo con mi amigo Jorge, que también tenía un sueño: ser astronauta.

—¿No canta la canción que hay un gallego en la luna?, pues eso. Quiero ser astronauta —decía como tratando de convencerme de que lo suyo iba en serio.

Yo le creía y así lo dejé escrito en mi diario, en las páginas de verano, que es cuando más fuerte le daba porque había lluvia de estrellas.

Por aquella época, Jorge era mi mejor amigo. Y siguió siéndolo muchos años más. Tantos que hasta se desdibujó su deseo de ser como Neil Armstrong o Michael Collins.

—¡Hombre, Timoteo! ¡Qué ilusión verte! ¿Te pongo lo de siempre? — preguntó Carolo.

El camarero alargó la mano a través de la barra para estrechársela a Urbano.

—Tanto gusto —dijo.

—El gusto es mío, señor. Soy Urbano Castillo Castaño.

—Venimos a celebrar que lo han contratado en el cabaret de San Martiño para hacer números de magia.

—¡Buen motivo para beber y endulzar la vida!

—Sí, ¡buen motivo! Que corra el vino por esta barra. Hoy invito yo.

Dirigí una mirada a Carolo para que me sirviera otro batido. El viejo, de nombre Timoteo, según supe en el preciso instante de las saluciones, tenía todos los ingredientes para protagonizar una página de mi diario secreto.

—Amigo Urbano, tengo algo que contarte.

—Sí, ya dijiste. Algo muy secreto, por lo que veo.

—Secreto, secretísimo, Urbano. No puedes decírselo a nadie. Llevo ocultándotelo desde que te instalaste en mi casa, pero ahora, ahora, no tengo más remedio que contártelo. Has sido honrado, leal y sincero conmigo. Has cumplido con tu promesa de encontrar un trabajo digno. Y quiero corresponderte.

Al hilo de las palabras con las que el viejo iba tejiendo su secreto, fui tomando notas. Su voz quedó para siempre grabada con tinta en mi diario. Y decía así:

*Amigo Urbano, lo que tengo que decirte es secreto, secretísimo. Secreto, secretísimo, Urbano. No puedes contárselo a nadie. Llevo ocultándotelo desde que te instalaste en mi casa, pero ahora, ahora, no tengo más remedio que contártelo. Has sido honrado, leal y sincero conmigo. Has cumplido con tu promesa de encontrar un trabajo digno y quiero corresponderte. Has sido tenaz y consecuente. No te has dejado vencer por las fatigas de la cartera y te he visto desechar ofertas bien pagadas que no te compensaban porque no cumplían tu sueño. Un día me preguntaste por qué paso tantas horas en Platerías o en Obradoiro agitando un cazamariposas. ¿Lo recuerdas? Te dije que cazaba mariposas para un coleccionista de Orense. ¿Lo recuerdas? Pues bien, te mentí. Bien sabes tú, amigo Urbano, que en Platerías no hay*

*mariposas. Hay moscas que pican a los peregrinos y avispas que asustan a los niños, pero mariposas, lo que se dice mariposas, no hay. En Platerías y en Obradoiro lo que abundan son los pensamientos. Yo cazo pensamientos. Luego los transformo en palabras y construyo historias. Historias que solo leen mis ojos. ¿Cómo crees que adiviné que necesitabas una cama más que el comer? Cacé al vuelo tu pensamiento. Estabas malherido. En el hospital de peregrinos te trataron bien, pero te echaron, ¿cierto? Miento si digo que has llorado amargamente pidiendo limosnas en los soportales, como un mendigo malnacido y borracho. Miento si digo que te has maldecido una y mil veces por haber abandonado a tus padres muertos en la colina dorada en la que se alza el cementerio. ¿Miento, amigo? ¿Miento si desvelo que aún das cobijo a un amor que no creyó en tu magia y te abandonó cuando estabas loco por sus huesos? ¿Miento? Pero mírate ahora. No eres un borracho, ni un malnacido. Allá donde estén tus padres, te estarán viendo y sonreirán con tus números de magia y podrás, seguro, saciar tus ansias de amor con alguna mujer que reconozca en ti a un hombre bueno y honrado, a un soñador, a un mago. Urbano, este es mi secreto y quiero compartirlo contigo. Ya sabes a qué dedico mi tiempo. Ahora soy yo el que te pide el favor de tu silencio. Nadie puede saberlo, a nadie puedes contárselo y, sobre todo, nunca, nunca debes pedirme que utilice mi cazapensamientos para un uso egoísta. Los pensamientos vienen a mí. Están en el aire y llegan a mis redes como torpes mariposas que solo yo veo.*

Así habló Timoteo y a Urbano le hirvieron las mejillas de emoción y de llanto.

—¡Pero bueno! ¿No estábamos celebrando una buena noticia? ¿Y a usted qué le pasa ahora? Mira que ponerse a llorar.

El viejo se llevó el dedo índice a los labios: «Silencio, Urbano».

—Es por la emoción, porque la vida no deja de sorprenderme. Póngame otro vino.

La taberna se fue llenando y las palabras resbalaron de boca en boca. Cerré mi diario, pagué mis dos batidos y salí apresuradamente de El Gato Negro. Nada de lo que había escuchado podía ser cierto, pero ¿acaso no era

cierto que lo había escuchado? Jorge, mi mejor amigo, podía ser astronauta. Y yo, periodista. Para contar esta historia. Para dejarla escrita más allá de mi diario.

Cuando todo esto ocurrió, yo tenía diecisiete años. Estaba a punto de terminar el instituto. En septiembre empezaría la carrera de periodismo en la Universidad de Santiago, pero antes, en verano, mi padre me había prometido mediar en el periódico en el que él trabajaba para que pudiera hacer unas prácticas y empezara a familiarizarme con mi futuro oficio.

Después de escuchar el secreto de Timoteo, me temblaban las manos como la primera vez que me atreví a juntar letras en mi diario. Al principio no era un diario al uso. Eran más bien reflexiones que imperiosamente necesitaba dejar escritas. Escribir. Curiosa salvación. Me temblaban las manos, digo, porque yo también compartía un secreto increíble y debía cuidarlo y mimarlo tanto como ese mago que prometió silencio y fidelidad al cazador de pensamientos. No podía contárselo a nadie. Es más, no quería contárselo a nadie porque cualquiera que me escuchara pensaría que estaba loca de remate.

—¿Un cazador de pensamientos? —me preguntaría mi padre—. Llevo más de veinte años en Santiago, conozco a todos los pobladores de esta ciudad y jamás escuché que hubiera un viejo que se dedicara a cazar pensamientos. Mariana, dedícate a estudiar y déjate de tonterías.

Eso me diría. Estaba completamente segura de que no me creería. Así que, mientras relataba la escena que precedió a la conversación entre aquellos dos hombres, repetí:

—A nadie.

Cuando cumplí ocho años decidí que dedicaría el resto de mi vida a escribir. Sí, fue con esa edad, porque de lo de antes no me acuerdo. Estábamos celebrando mi cumpleaños en la casa que mi abuela Angustias tenía en una

aldea que, por entonces, ni siquiera aparecía en los mapas de carretera. Era 23 de diciembre. Al día siguiente sería Nochebuena y después Navidad.

La casa de mi abuela fue el cobijo de mi infancia, un lugar de plácida eternidad. El tiempo parecía detenerse en aquellas paredes donde descansaban fotos de los abuelos, juntos y por separado; fotos de las fiestas parroquiales, de las procesiones, de las subastas de ganado y los concursos de cebollas, que un año ganó la abuela con *Adolfita*, una cebolla de un kilo y medio de peso. Antes de que acabara convertida en una ruina, pasábamos allí largas temporadas. En primavera, rapábamos a las ovejas y sembrábamos maíz, lino y patatas. En otoño recogíamos castañas, y en verano buscábamos babosas y gusanos de seda, y pescábamos truchas en el río con cañas de madera de castaño de indias que construíamos mi padre y yo. En invierno apenas salíamos del salón. En la chimenea prendía leña durante el día y, por la noche, al brillo de los rescoldos jugábamos a inventar historias de miedo.

—¡No le cuentes esas cosas a la niña, hombre! —gritaba mi abuela Angustias desde la cocina.

Nadie le hacía caso y, al final, yo tenía que dormir entre mis padres para soportar las pesadillas.

Pese al calendario inclemente y el desgaste de su fachada, yo recuerdo aquella casa como un espacio maravilloso. No tenía lujos ni regalaba una pizca a la ostentación. Era, sencillamente, un refugio de labradores, sus bestias y los aperos para trabajar con ellas. Fue creciendo al ritmo de la familia hasta que a la familia se le estrecharon las costuras y optó por emigrar a la ciudad. Mi abuela se quedó en aquella casona construida sobre un pedazo de tierra al que le cosieron otros pedazos similares hasta resultar el patrón final que llegaba al cementerio, daba la vuelta a las tumbas y seguía por el río y el prado con que lindaba, conocido por todos como el prado grande, aunque no por grande era más útil porque se inundaba cada vez que crecía el cauce y vomitaba truchas muertas que se engancharon a las rocas. Al primer título de propiedad le fueron uniendo hectáreas a derecha e izquierda como resultado de la concentración parcelaria, una suerte de acuerdos entre vecinos en los que no mediaba autoridad alguna para no estropearlo. Los lindes no agarraban asideros en este mundo o, al menos, así me lo parecía a mí cuando recorría con mi abuelo Ramón los caminos enmarañados de maleza. Yo lo

admiraba profundamente porque era capaz de destrozar con un machete de hierro las endiabladas raíces que nos impedían el paso. Luego recogía las ramas, las ataba con cordel de bala y se las echaba al hombro. Otras veces las cargaba en un carro tirado por los bueyes *Travieso* y *Malpico*. El carro llevaba las iniciales del abuelo grabadas en una chapita de plata que debía ser más mala que la tiña porque acabó renegrida de tanto ajetreo. El abuelo parecía que iba solo por el mundo y a veces se olvidaba de mí. Cuando esto ocurría yo me sentaba a esperarlo porque siempre volvía por el mismo sendero y acababa liándose un cigarrito a la sombra del roble que más rabia le daba. Cuando lo veía a lo lejos o cuando las hojas rugían debajo de sus botas de caucho negro, le silbaba y, como si volviera en sí, me saludaba con la mano.

—Te escondes como las babosas —decía.

Nunca se me ocurrió recriminar su olvido ni mentarlo delante de Angustias o de mi padre porque solo podía costarle un dolor de muelas, de las que padecía anualmente dos o tres veces.

—Va a tronar —balbucía para su aliento.

Solo bastaba que dijera eso para que la abuela saliera como un tiro al almacén de las cuadras. Descorchaba una botella de aguardiente blanco, que no era blanco en realidad, y empapaba trapos de hilo. El abuelo se tumbaba en medio del salón, mordía los paños con furia y se quedaba panza arriba horas que a veces fueron días. El salón se cerraba con candado y solo la abuela Angustias tenía la llave. Ni a los parientes más cercanos, ni a los amigos del bosque, ni a su hijo mismo les permitió ver a don Ramón con dolor de muelas.

—Padre está con la boca —anunciaba Angustias al trancar la puerta—. Ya os avisaré cuando pida salir.

Cuando el abuelo Ramón se había tragado el dolor, siempre avisaba de la misma manera:

—¡Abre, Angustias!

En la cocina le esperaba un jarabe de grelos bañados en miel y enfriado con hielo molido. Lo bebía de un trago y volvía a lo suyo, a las bestias que, si el dolor de muelas lo había pillado en faena, seguían pastando alegremente en alguno de los pedazos de tierra. Otras veces dormían bajo el techado de las

cuadras tantas noches como durara el reventón de la encía. Lo recibían con gritos de alegría y patadas en la puerta. El abuelo las compensaba abriendo la cancela y dejándolas salir sin ningún orden. Los becerros se alborotaban, las vacas se relamían, los cerdos se tropezaban y parecía que las ovejas se reclinaban al paso de mi abuelo Ramón. Creo que lo quisieron más que Angustias, a la que jamás vi adornarlo con besos o pellizcarle las cachas. Al abuelo, en cambio, sí lo vi acariciar la oreja a una vaca o rascar el hocico a un puerco recién nacido.

Mi abuelo Ramón fue un hombre conservador en el sentido más literal de la palabra. Rezaba a la Sagrada Familia y al santo de turno que peregrinaba de casa en casa. Cuando llegaba a la suya, preparaba un altar con faldones de terciopelo y velas blancas. El fervor se apoderaba de él y, con el rosario enredado en los dedos, pasaba horas enteras arrodillado ante la talla.

Nunca pudo remediar una manía compulsiva por conservar todo cuanto uno pudiera imaginar. La trastienda de las cuadras era una especie de museo de la memoria familiar. Allí guardaba la silla en la que su abuela se sentaba para el ordeño, la factura de la última reforma de la casona, fechada en 1948 por valor de 29 834 pesetas o la garrota en la que su padre apoyaba la artrosis para llegar a la panadería donde los vecinos escuchaban el diario hablado y las arengas de Queipo de Llano en 1936. En una maleta de costuras roídas por los ratones fue almacenando la correspondencia de todos los que emigraron a estudiar a Madrid. El más erudito contaba las hazañas de Los Luises de la calle Zorilla, del padre Llanos y de Carrillo de Albornoz.

Nadie consiguió ablandar las rectas costumbres que imperaron en su vida. Cuando la calle silbaba a la noche y las alcantarillas tosían el aliento pesado de los borrachos, ordenaba cerrar el portón principal con llave y candado, correr las cortinas y aflojar la bombilla de las cuadras. A veces ni hacía falta porque la luz en la aldea era caprichosa. Tardó en llegar y tardó en quedarse para siempre.

—Corta vida a los bebedores —decía.

Las palabras mullían su paladar de anciano cascarrabias. Fue el único que bendijo con vino tinto el bando municipal de Juanito Rivera, el alcalde que llegó siendo un mocoso y acabó viejo y apoltronado en el sillón del Ayuntamiento con telarañas en la barba y juanetes en los pies de tanto comer

percebes. Le votaban con pasión porque había engatusado a los vecinos con la historia de las lonchitas de cerdo. Contaba, y así lo creyeron los del pueblo, que había sacado de pobre a su familia vendiendo lonchitas de cerdo que conservaban intacta la virilidad y erguidos los pechos de las consortes o las prestadas. La fama se extendió como una epidemia y Juanito pasó a ser don Juan de hoja perenne. No había desguazado un cerdo en los días de su vida, pero tenía la mano muy larga.

Cuando ya no hubo nadie capaz de retarlo en las urnas, don Juan echó el ancla en el despacho principal y solo salía de allí dos veces al año para cambiar la hora al reloj de la fachada o para dar fe de las propiedades de las lonchitas de cerdo ante periodistas, viajeros o inspectores de sanidad. Dio ejemplo de machón procreando ocho varones y una hembra, pero cuando el poder le contaminó hasta los tuétanos, viró como un huracán y se dedicó a perseguir enamorados.

*Queda tajantemente prohibido besar o abrazar en aceras, parques o avenidas, bajo advertencia de multa de dieciséis salarios mínimos o arresto mayor,* decía el bando municipal. La prensa de la comarca rió a hurtadillas, pero lo publicó en página impar, que es la importante. Lo leyó hasta el último gorrión, pero no lo cumplió ni Dios, que me perdonará por usar su nombre en vano. Aprovechando la tregua que daban las noches, los enamorados, agazapados en los portales de las casas, siguieron besándose y abrazándose hasta rozar el linde del sostén. Se corrió la versión de que la orden venía directa de Madrid, donde se había establecido una férrea pauta de comportamiento que entraba por el dormitorio, hacía parada en el salón y terminaba en el baño.

—Ni un pedo te vas a poder tirar a gusto. ¡Manda carajo! —decían los amigos del abuelo.

Los mismos vecinos aseguraban que la meiga de la aldea, Virginia, trabajaba de imaginaria a sueldo del alcalde. Pasaba las noches en vela asomada a la ventana de su dormitorio, buscando enamorados a los que delatar.

Virginia fue la primera meiga que yo conocí. Era una mujer fea y desaliñada. Ni alta, ni baja. Ni muy gorda, ni escuálida y, como toda bruja que se preciase, tenía el pelo largo hasta la cintura. Cada vez que preparaba

un conjuro contra algún vecino, se lo alisaba con un viejo cepillo de cerdas de jabalí.

La casa de Virginia lindaba con la casona de mis abuelos. Solo las separaba un camino de bestias que siempre estaba embarrado. Cuando supe de ella, me dediqué a espiarla desde la cocina. Una vez la vi dibujar cruces con los dedos en los cristales empañados por el vaho. Sus ojos azules, iluminados por una vela, se clavaron en mí. Cerré de inmediato las cortinas y un escalofrío me recorrió el cuerpo. A las pocas horas, la meiga llamó al portón de nuestra casa y le dijo a Angustias:

—Dile a tu nieta que se ande con cuidado.

Ese día llovía con furia en la aldea, pero Virginia se marchó por donde vino con un quinqué encendido encima de la cabeza. Estaba completamente seca. Y no llevaba paraguas. La abuela me echó una reprimenda de mil pares de demonios y nunca más se me ocurrió volver a espiarla. Yo debía tener cinco o seis años.

La malvada tesorera del edicto del alcalde fue la que se llevó a mi abuelo una mañana de agosto de sol picante y hedor a boñiga. A Virginia le había dado por repetir las homilias de don Camilo. Abría todas las ventanas y las puertas de la casa y, a voz en grito, vociferaba los sermones que aprendía de memoria cada domingo. El cura intentaba persuadirla de que solo él podía llevar la palabra de Dios.

—Calla, reviejo —le contestaba—. ¡No tienes ni idea! Si no te saco del púlpito, es porque ya andas caduco y te espera el hoyo.

Don Camilo se santiguaba tres veces y oraba a la Virgen durante horas y horas desde el banquito primero de la escuálida parroquia.

—¿Te escucha? —le preguntaba mi abuelo.

—¿Cuál de ellas? —volvía a preguntar don Camilo, avergonzado por su nulo ascendente ante la Virgen.

El alcalde se negó a interceder por el bien y la salud auditiva de los vecinos porque decía que escuchar la sabiduría de don Camilo en la voz de una mujer era un regalo de los ángeles y no un tormento de los demonios.

—Así que con esas estamos, ¿no? —le contestó mi abuelo—. Pues sepa, alcalde, que me tomo la justicia por mi mano.

Y se la tomó, pero bien cara la pagó mi pobre abuelo. Una noche, cuando Virginia repetía por octava vez el sermón, salió al cruce de caminos y, con un altavoz prestado por Hernán, que era feriante y los conseguía por dos duros, gritó:

—¡O te callas y nos dejas dormir en paz, o juro que tus vacas no pisarán mis lindes mientras yo viva en esta aldea! ¿Oíste?

Se obró el milagro del silencio y el miedo recorrió las casas y sus cuadras. Las gallinas abortaron huevos vacíos y las vacas dieron leche fermentada. El reloj del Ayuntamiento se quedó varado a los diecisiete minutos y en la oficina de Correos y en la verdulería de Maruja se fue la luz. En la marmolería, Antón apagó el cigarrillo de una flema y se quedó mudo y sin respirar con los ojos bien abiertos porque así oía mejor.

—Tranquilo, Ramón, que no volverás a oírme.

De madrugada, mi abuelo Ramón se ahogó en sus vómitos mientras dormía. Su cuerpo parecía una trucha moribunda de las que devolvía la riada. Saltaba de espaldas en la cama hasta un metro de alto y caía sobre el jergón retorciéndose y sin dejar de vomitar. Aun cuando lo limpiaban para el responso final, su boca seguía chorreando babas hasta el cuello del sudario con el que llegó a la otra vida, lleno de lamparones en la pechera.

—Roguemos por el eterno descanso de don Ramón, el hombre que nos devolvió el silencio —pidió don Camilo.

La abuela escurría el pañuelo de seda sobre el reclinatorio y lo devolvía a la boca porque sabía a aguardiente blanco, que no era blanco en realidad, y le había escuchado al abuelo que ayudaba a tragarse el dolor.

Fue allí, en esa aldea fantástica, donde la vida se me puso de frente y me enseñó que nada es para siempre, ni es eterna esa infancia en la que solo soñamos con cumplir años para recibir regalos. Aquel 23 de diciembre, mientras mi madre colocaba ocho velas de colores sobre la tarta de chocolate y moras, nada hacía presagiar la desgracia que merodeaba sobre nosotros. Si acaso, mi abuela Angustias olisqueaba el drama. Estaba inquieta. No paraba ni un minuto. Subía las escaleras, las bajaba, salía al patio, volvía a entrar,

visitaba a las bestias, retornaba sobre sus pasos hasta la cocina, reprendía a mis amigos (entonces Jorge ya era mi mejor amigo), maldecía al tiempo, a las nubes, a la lluvia...

Yo era feliz. Al haber nacido en plena Navidad, los regalos de mi cumpleaños solían juntarse con los que dejaban los Reyes Magos de Oriente, a quienes, por cierto, acerté a ver una noche huyendo despavoridos campo a través con la copita de vino que mi madre les había dejado en la puerta principal. No tenía preocupaciones. Mis notas eran superiores a la media y las tutoras del colegio de Nuestra Señora de los Remedios, en la Rúa das Orfas de Santiago, me auguraban un futuro de capricho. Sería lo que quisiera ser. De muy niña, cuando uno cree que vivirá indefinidamente, planeaba convertirme en veterinaria de vacas, caballos y cerdos para poder atender la cuadra que mi abuelo Ramón dejó en herencia a mi abuela Angustias. Con el tiempo, decidí que sería periodista, pero eso fue mucho después.

Todo cambió aquella octava vez. Mi madre encendió el mechero de gasolina y fue prendiendo una pequeña llama en cada vela hasta completar las ocho. Matilde, la madre de Jorge, estaba justo frente a mí, al lado de mi madre, con la cámara de fotos preparada para apretar el botón en el momento exacto en el que yo soplara con todo el aire de mis pulmones. Respiré hondo y escuché la voz de mi madre por última vez.

—¡Cariño, pide un deseo!

Justo cuando las velas despedían el hilillo de humo, cuando todos aplaudían por mi octavo cumpleaños y yo tenía los ojos cerrados para concentrarme en el deseo, mi madre se desvaneció y se cayó sobre el frío mármol de la cocina.

—¡Celeste, mi vida, Celeste! Madre, llame a una ambulancia. ¡Rápido! ¡Que venga un médico! ¡Celeste!

Abrí los ojos y mi madre ya no estaba allí. Mi padre gritaba y la abuela Angustias corría hacia el teléfono. Matilde me cogió del brazo y me llevó hasta el salón. Mis amigos empezaron a llorar. Jorge también. Yo, en cambio, no podía llorar. Pregunté:

—¿Qué ha pasado?

Nadie me contestó.

No vi cómo se derrumbaba mi madre, ni sus ojos en blanco, ni su cara pálida. Tampoco llegué a ver a mi padre, arrodillado ante ella, besándole la mano y empapando de lágrimas sus mejillas aún calientes. Lo siguiente que pude escuchar fueron las pisadas del médico Moncho, que certificó que mi madre estaba muerta.

—No hace falta que venga la ambulancia. Llaman a la funeraria.

Mi padre no quiso saber de qué había muerto. Las explicaciones de Moncho fueron suficientes para entender que la vida se le había esfumado por una grieta cualquiera de la piel.

—Ha sido un infarto, Manolo. ¡Mira que es raro!

—Llevaba días con dolores en el brazo, pero ni ella misma le prestó demasiada atención.

—Mira que es raro —repitió Moncho, como si la rareza de la muerte de mi madre fuera a consolarnos.

No lo recuerdo bien, pero creo que sí, que la radio estaba encendida. Las voces, la música, los pitos de las noticias y las campanas que anunciaron la defunción también se vistieron de luto cuando un coche largo y negro se llevó a mi madre para siempre. Llovía con furia. Descorrí las cortinas de cretona y pude ver, ya a lo lejos, unas luces rojas que se perdieron en la primera curva del camino. Detrás, en el utilitario azul de don Camilo viajaba mi padre en mangas de camisa, retando al temporal que nos zarandeaba. Parecía que los cristales, finos como uñas, iban a saltar por los aires en cualquier momento, dejando nuestras penas a la intemperie, al antojo de la rabia de los cielos. Las luces de las casas colindantes se fueron apagando. Los vecinos se retiraron a sus alcobas después de santiguarse al ver salir el féretro de mamá, rumbo al tanatorio donde la velamos hasta que el cura don Camilo ordenó el entierro en la tumba familiar que lleva nuestros apellidos esculpidos en el mármol.

Cuando me quise dar cuenta, mis amigos ya se habían ido. Jorge no. Jorge seguía sentado en el sillón de terciopelo del salón. Matilde dijo que podía quedarse a dormir conmigo, pero preferí quedarme con la abuela Angustias, que, en el momento de la despedida, estaba fregando de rodillas el suelo de la cocina con un estropajo empapado en lejía y amoníaco.

—La nena se queda conmigo, Matilde. Gracias por acompañarnos.

Cuando abrimos el portón, casi nos devora un remolino de aire. La puerta se cerró de golpe y la abuela Angustias y yo nos quedamos solas el resto de la noche. La tormenta agitó los ánimos de las bestias y de las cuadras se escaparon los gemidos de los cerdos, el revoloteo de las gallinas y los maullidos de los gatos que acechaban en los tejados.

—Rápido, rápido, hay que dormir, Mariana. Mañana será otro día.

La abuela de desvistió a toda prisa, dejó su ropa sobre una butaca y se arrodilló a los pies de la cama, frente al Cristo que adornaba el cabecero. Apoyó los codos en el colchón y se tapó la cara con las manos. Creo que estaba llorando. Yo junté las mías a la altura del pecho y fui recitando trocitos de oraciones que me sabía de la catequesis de ese año. La abuela hizo la señal de la cruz en mi frente y me besó con una ternura desconocida hasta entonces.

—Ahora vamos a pedirle al Niño Jesús por todos nosotros. Por papá, por la abuelita, por mamá..., que era tan buena.

Su voz quedó ahogada. Me faltó valor para preguntarle dónde estaba mi madre y por qué debía pedir por ella. Cuando la abuela se hubo acostado y el silencio devoró hasta sus penosos suspiros, cogí un papel y un lapicero, y empecé a escribir. A mi madre. La primera. Mi imaginación ideó una historia en la que unas hadas perdían una cruenta batalla contra una sola mujer que, vestida de negro y con una guadaña puntiaguda, conseguía vencer al ejército de bienhechoras en cuyas filas servía fielmente mi dulce madre.

Ya saben que mi madre se llamaba Celeste. Descendía de una familia corta, de pocos parientes. En eso nos parecemos. No tuvo hermanos y sus padres murieron sin conocerme. Su madre la vio casarse, pero su padre ni siquiera. De hecho, al altar la llevó un tío al que nunca conocí y del que casi no he sabido nada. Mi madre era una chica sin estudios ni ambiciones. Una chica de aldea. No de la nuestra, sino de la de al lado. Decían que era la más guapa y la más fina, pese a haberse criado entre ganado. Algo de cierto había porque a mi madre se la rifaban. A punto estuvo de casarse con el hijo de un constructor de A Coruña que veraneaba donde mi madre nació. Mi abuelo debía de ser un hombre desinteresado porque la dejó elegir y eligió al más

pobre. El más pobre, pero el que más la quería. Cuando mi madre murió, mi padre le dedicó cientos de escritos que fue amontonando en una caja de berzas. La mitad de mi adolescencia la he pasado clasificando esos recuerdos y, de paso, leyéndolos para saber quién fue mi madre. Así aprendí a quererla: leyéndola. Aquellas crónicas íntimas también me ayudaron a ordenar los años de tristeza que nos rebañaban a lengüetazos, aunque yo no fuera muy consciente de ello.

Es curioso, pero a lo largo de mi vida no he encontrado mucha gente que conociera de verdad a mi madre. Por supuesto, en la aldea era una mujer querida, pero solo Matilde podía decir que había sido su amiga, su mejor amiga. Y creo que también fue la única. Igual que Jorge lo era para mí. Se conocieron de niñas en la aldea y juntas crecieron, aunque sus vidas se separaron para volver a reencontrarse tiempo después en Santiago. Matilde no se casó ni se le conoció varón que la pretendiera. No era, desde luego, una mujer agraciada, pero supongo que su condición de soltera no se debía solo a su poca fortuna física. Matilde era rara. No puedo definirla de otra manera. Era rara y mandona, pero, aun así, se llevaba de perlas con mi madre. Y a mí, esa amistad me venía bien porque me garantizaba la compañía de Jorge en los meses de julio y agosto, que era cuando más tiempo pasábamos en la aldea. Entonces, el hecho de que Jorge no tuviera padre no era algo que me llamara la atención. Y cuando imperiosamente necesité saber qué sangre corría por las venas de mi amigo, mi madre ya no estaba para preguntárselo.

Efectivamente, por las fotos a las que recurría para darle un beso por las noches, he comprobado que mi madre era guapa. Guapa y delgada. La imagen que más me gustaba era una en la que aparecía vestida de punta en blanco con una falda de tablas marrón y un pérkins de lana caqui. Esa pulcritud en su indumentaria me permitió entender por qué siempre se preocupaba de que yo fuera hecha un pincel. Me arreglaba para ir al colegio como si todos los días fueran domingo. Me recogía el pelo en dos coletas y colocaba lazos azules, a juego con el jersey del uniforme. Nunca se olvidaba de meterme un bocadillo de paté en la mochila y mis lapiceros eran elogiados por las profesoras porque siempre estaban afilados. Cada 1 de septiembre,

comprábamos juntas los libros de texto y los forrábamos para que no se estropearan con el uso. Recuerdo su infinita paciencia cuando me tomaba la lección.

—No te aprendas de memoria los temas, Mariana. Tienes que asimilarlos, hija.

Oigo su voz. Es un eco recurrente que me acompañará siempre, por muchas voces que hayan inundado mi vida, por mucho que el destino se empeñara en arrancarme el privilegio de despertarme por las noches y poder llamarla, por mucho que Dios me dejara sin la única persona que podía contestarme cuando yo preguntaba:

—¿Mamá?

Estuve un tiempo enfadada con Dios. No podía entender por qué me había obligado a ser una niña huérfana. A don Camilo tampoco debió parecerle bien porque en el sermón del entierro le cantó las cuarenta de una manera elegante y sin faltarle al respeto.

—Dios —le dijo—, ¿por qué has permitido esta injusticia? ¿Por qué has segado una rosa tan temprana? ¿Cuál es, Dios, la prueba a la que has sometido a esta familia? ¿Por qué has permitido que un hombre tenga que decir, impotente, que no se lo merece?

Tenía razón don Camilo. No nos lo merecíamos.

Mi madre murió demasiado joven. Solo tenía veintiocho años.

En aquella época, yo solo había oído hablar de la muerte a la abuela Angustias, que se moría seis o siete veces al día de las enfermedades más raras que uno podía imaginar. Tenía tanto miedo al gafe que cumplía con todas las tradiciones. Los Domingos de Ramos llevaba a la iglesia un manojito de flores y el primer día de tronada lo echaba al fuego de la chimenea para quemar los malos espíritus. La Noche de Difuntos colocaba en su dormitorio un recipiente con aceite, y cada Jueves Santo subía a la plaza con un velón para ofrecérselo al Santísimo. De su mandil de cuadros siempre colgó, prendida de un imperdible, una bolsita de tela que contenía el comienzo de los cuatro Evangelios escritos a mano por ella misma. Decía que así prevenía el mal de bocado que entraba por las cosas del comer.

A partir de aquella noche de diciembre, la pobre mujer dejó de lamentarse hasta que se murió, claro, de un derrame cerebral. Sin que nadie me lo explicara, yo entendí que la muerte no eran las quejas de mi abuela, era lo de mi madre, era eso que se la había llevado para siempre. No necesité más literatura. Ni medias verdades. Ni historias que disfrazaran la realidad.

Así fue mi octavo cumpleaños y así fue como empecé a escribir sin parar, siempre en silencio, en mi cuarto o en el salón de nuestra casa de Santiago, en la Rúa Caldeirería, aprovechando las tormentas de truenos que iluminaban mis escritos y las ausencias de mi padre.

Y así también fue, con el temblor de la primera vez, como le conté a mi diario el secreto de Timoteo.

La noche de El Gato Negro no paró de llover. Al chaparrón inicial le siguió una vomitona de rayos que convirtió a Santiago de Compostela en una ciudad intermitente, que aparecía y desaparecía al capricho de los demonios que agitaban las nubes. Esperé a que escampara bajo los soportales de la Rúa do Vilar. Cuando llegué a casa creí que iba a llevarme una buena regañina de mi padre por no haber avisado de que volvería tarde, pero, al girar la llave en la cerradura, recordé que no estaba: tenía la cena semanal con los colegas en Casa Sixto.

En casa solo se escuchaba el gemido de nuestra gata *Dinga* y los azotes despiadados del viento y de la lluvia. *Dinga* era una gata con ademanes de perro que encontramos adormilada en el rellano de la escalera, justo debajo de los buzones. Sin querer, mi padre la pisó y la pobre apenas gimió de dolor. Estaba envuelta en papel de periódico y nos miraba como si fuéramos los salvadores de su miseria. La acogimos a la espera de que alguien la reclamara, pero nadie lo hizo, así que empezamos a alimentarla con caldo de grelos. A los pocos días había recuperado el lustre y encontró su rincón en el salón, detrás del revistero, muy cerca de la ventana.

Ya no pudimos echarla.

Desde el principio apuntaba maneras de bicho amaestrado. Se tumbaba patas arriba para que le hiciéramos mimos en la panza y, cuando se hartaba de zascandilear entre los libros de la biblioteca de mi padre, pedía paseo. A lo

sumo, se daba un garbeo por el balcón y hacía malabarismos en la barandilla. Me gustaba mirarla porque era mutua la compañía. *Dinga* veía a mi madre de cuando en cuando. Se le aparecía en el ventanal del salón. La gata se acercaba hasta el cristal, hacía muecas con los bigotes y la saludaba con maullidos afónicos. *Dinga* lamía el cristal como si fuera la palma de una mano. El ritual concluía en mi regazo, adonde siempre volvía y me acariciaba por encargo de mi madre.

Aquel día parecía que estábamos solas en el edificio. Ni siquiera se oían pisadas en la vivienda de arriba, habitada por una pareja joven de recién casados o así. De ella solo sabía su nombre, Lupe, y que estaba encinta de una niña que se llamaría Flavia. De él lo ignoraba prácticamente todo. Solo lo oía cuando volvía muy tarde tocado de aguardientes. Si la noche apretaba, la despertaba a gritos y la obligaba a cocinarle alguna vianda para saciar su hambre de borracho. Si volvía tranquilo, a lo sumo, le metía tres meneos en la cama y el sueño acababa devorándolos, no sé si al mismo tiempo. Su dormitorio quedaba justo encima del mío. Tenía bien aprendidos los tiempos de las melopeas. Las de los lunes eran las peores. Me preparaba para la batalla a conciencia. Me metía en la cama con tapones para no despertarme en medio de la noche sobrecogida por la paliza o creyendo que la cruzada se lidiaba en la alfombra de mi habitación. A *Dinga* la dejaba durmiendo en la cocina para que no aullara como un lobo y despertara a mi padre, que, enfadado, cogía el palo de la escoba y aporreaba el techo como si así fuera a apaciguar la cólera de la bestia.

Pasé las horas contando de cero a cien, a modo de plegaria, para ver si los ángeles se apiadaban de nosotras y los truenos dejaban de bombardear el tejado de casa. Aproveché el desvelo para releer lo que había escrito en El Gato Negro.

*Amigo Urbano...*

*Llevo ocultándotelo desde que te instalaste en mi casa...*

*Te dije que cazaba mariposas para un coleccionista de Orense. ¿Lo recuerdas? Pues bien, te mentí... Yo cazo pensamientos. Luego los transformo en palabras... Nadie puede saberlo, a nadie puedes contárselo y,*

*sobre todo, nunca, nunca debes pedirme que utilice mi cazapensamientos para un uso egoísta. Los pensamientos vienen a mí. Están en el aire y llegan a mis redes como torpes mariposas que solo yo veo.*

¿Qué iba a hacer con semejante revelación? Me había prometido a mí misma no contársela a nadie, ni a Jorge, pero ¿podría aguantarme? Quizá debería empezar a escribir la historia de Timoteo para publicarla algún día, cuando consiguiera convertirme en periodista, emulando el oficio de mi padre. Pero, de repente, me sobrecogió la duda:

—¿Y si todo es pura ficción? ¿Y si he oído mal?

Debía darme prisa. Sentía la imperiosa necesidad de dejar constancia de lo que había escuchado antes de que la memoria me traicionara o la verdad me desmintiera para siempre. Así se lo hice saber al diario.

*Tengo dudas —escribí—, muchas dudas, pero lo que ha acontecido ante mí es maravilloso. Resulta tan increíble que hasta las letras del folio se fascinan al contar esta historia.*

Mi mirada quedó anclada en algún lugar de la biblioteca de mi padre, entre los cientos de títulos que aspiraba a leer. Estaban perfectamente organizados por orden alfabético. Arrancaba la colección Ignacio Aldecoa y la cerraba María de Zayas. Entre medias, cohabitaban todos los maestros de la literatura española y universal. Mi balda preferida era la D. De Delibes. Estaban todas sus obras. Por duplicado, *El camino*. Entonces era mi libro preferido, un clásico de mis soledades. Me gustaba cogerlo, toquetearlo, abrirlo por cualquier página y releerlo. Si lo hacía por el final, se me saltaban las lágrimas.

—*No dejes a la Guindilla que te quite las pecas, ¿me oyes? No quiero que te las quites.*

*Y lloró, al fin.*

FIN, escribió a mano Delibes. Y lo subrayó dos veces. Así aparecía en una maravillosa edición facsímile que me regaló mi padre en la que *El camino* tenía 359 páginas. Las de la izquierda estaban escritas a máquina; las de la derecha, a pluma por Miguel Delibes, con sus tachones y todo. A esa edad yo solo quería ser mayor para escribir un libro como *El camino* y encontrar un marido como el Mochuelo.

A partir de la confesión de El Gato Negro, Urbano no podía dejar de darle vueltas al secreto de Timoteo.

—¿Cómo puede ser cierto lo que me contó el viejo? —pensaba—. ¿Cómo es que sabe todo de mí y mi pasado? ¿Adivinó o no adivinó que malviví en el hospital de peregrinos?

Urbano dudaba hasta de haber visto el cazamariposas con el que Timoteo encendía y apagaba la bombilla del semisótano.

A Timoteo, ni se le pasaba por la cabeza que el mago tuviera este dilema. Mientras vagaba por las calles empedradas de la ciudad solo había una cosa que le preocupaba:

—¿Y si me falla?

La incertidumbre le asaltaba en las noches cerradas, cuando los turistas se recogían a sus moradas de pago y el viejo encontraba consuelo a sus males. Las tabernas parecían cuevas de fantasmas y los pobres aireaban sus miserias en los cubos de basura. Ciertamente, en Santiago los pobres no eran pobres al uso. Los pobres tenían dotes artísticas que ya quisieran muchos artistas de la televisión. En Platerías, frente a la fuente, había un bien nacido, apodado *el Uñas*, que no tenía donde caerse muerto y tocaba melodías paridas por él en una *simarra*. Antes pedía para cambiar las cuerdas de su instrumento que para comer. Se curaba las llagas de los dedos con tiritas sucias que encontraba en la calle o pedía prestadas. Hasta el más descreído se paraba a escucharle y, cuando alguien le daba cuartelillo, tocaba todo el repertorio. Si se terciaba, Timoteo le invitaba a beber café o una tacita de ribeiro en el Camilo, que antes de restaurante de postín fue bar de eso, de ribeiro y tapa de chorizo curado.

Santiago era una cueva de vocaciones acaloradas y ofrecía flirteo a la emoción. Si uno se dejaba emborrachar, podía acabar amando al vecino de la barra más tirada. Y si la noche se ponía peleona, escribir un poema a la luna. Santiago tenía la odiosa manía de fabular con anatomías imaginarias y curvas vertiginosas que solo habitaban en mentes solitarias. Como la de Timoteo, que, cuando le escocía, se paseaba por la Alameda, se sentaba con Valle-Inclán y le contaba sus penas. Siempre había quien le confundía con uno de los pobres y le echaba una moneda a los pies que, en agradecimiento, Timoteo dejaba sobre la mano de una de las Marías, que más lo necesitaba.

Santiago no había perdido el olor a bestia. La lluvia alimentaba los alientos, el sol caprichoso se encargaba de evaporarlos y el aire los soplabá por toda la ciudad. Fue de un soplo, precisamente, como Arminda apareció en la vida de Timoteo. Fue la única mujer de su vida. La primera y la última. Desembarcó en Galicia desde México, en uno de los barcos que hacían la Ruta de los Conquistadores. Como único equipaje, una maleta de cuero marrón y hebillones plateados, y el recorte del periódico del día que llegó, con el anuncio de los buques que se esperaban en puerto: el mercante *Piles* con hierro para Astano y el *San Estanislao*, con cemento y bacalao. Arminda no sabía mucho, más bien nada; escribía con faltas y solo leía novelones de amor. Hasta que conoció a Timoteo y le prestó a Wenceslao y a Rosalía.

—A buenas horas mangas verdes —dijo la mujer.

Arminda tenía una mueca dura, de sacrificio, como si siempre hubiera estado del lado de los vencidos. Pero no era del todo cierto. Cuando la buena mujer habló a Timoteo de sus remotos orígenes, el viejo no encontró ápice de desconsuelo en sus palabras; más al contrario, descubrió a una mexicanita de armas tomar, más rebelde de lo que había imaginado.

Había nacido en Celestum, una villa arrinconada de Yucatán, limítrofe con Campeche, imán de huracanes y refugio de flamings y pelícanos. Celestum debía su nombre a Celestino Tum, el primer pescador que arribó a sus costas con una barquita de madera del mismo color que el mar. Celestum no tuvo calles hasta bien entrado el siglo xx y las distancias se recorrían en carros tirados por mulas o en barcas como la de Celestino. Pasó veintidós años y quince meses esperando ser descubierto por algún compadre de Chelem o de Chicxulub que decidiera mudarse con él y hacerle compañía en

las noches de tormenta. En Celestum llovía un día sí y tres no, y los tifones se preñaban de rabia al no poder atravesar el bosque petrificado, un manglar donde los árboles se quedaron así, petrificados por orden de la naturaleza, como estatuas de sal inertes que nada ni nadie había sido capaz de derribar. Los pelícanos parecían reírse de los elementos y pasaban dos noches cantando para despedir a los vientos. Cuando se callaban, Celestino sabía que la ojeriza había pasado de largo. Y volvía a su barca y a su mar y a su laguna transparente. Y a su cabaña de cemento y techo de bambú. Y a su soledad.

Hasta el 21 de marzo del año veintidós todo fue así. Ese día, coincidiendo con el equinoccio, mientras arañaba el salitre de la barcaza, una familia de mayas, oscuros como las algas y repeinaditos como si fueran a la misa de las cinco, se acercaron a la orilla. Se ofrecieron a ayudar en la pesca o en lo que se terciase, que bien pudo ser la costura de hamacas, la caza del flamingo o la del cocodrilo de Celestum. Celestino los acogió en su cabaña y, como por arte de magia, aquella familia atrajo a Celestum a otras tantas y la villa empezó a crecer y a crecer, y Celestino conoció el amor en los ojos de una prima cuarta de la familia maya que se dejó caer por Navidad y acabó alojada en su jergón. La amó con tanta pasión y entrega que el hombre creyó que ya podía morir en paz.

La mujer quedó preñada de dos gemelas, Joaquina y Celestina, como su padre. Joaquina sería con los años la abuela de Arminda. Celestina, en cambio, quedó yerma de un sangrado en el bajo vientre y nunca consiguió que la descendencia prendiera en sus entrañas. Y eso que era bella como no lo era su gemela.

Joaquina se casó con un vendedor de redes que paraba en Celestum todos los miércoles y sábados. De aquel amor nació otra Joaquina y, de los vientos huracanados, la niña quedó preñada a punto de cumplir los dieciséis. Y nacieron dos gemelos, una hembra, que llamaron Arminda, y un varón que no dio tiempo a bautizar porque murió la mañana siguiente de un sopor de sol. No hubo padre para Arminda hasta que cumplió los doce años y, de las velas de un pastel de mango y miel, surgió Filiberto. Se acercó a la madre con el firme propósito de limpiar su honra y la mujer, cansada de apestar la estirpe de los Tum, convino un casamiento civil a los pies del mar, que ese día rugió anticipando la desgracia que se venía encima. Los varones Tum

fueron muriendo uno detrás de otro, con intervalos de meses cuadrados en el calendario. La culpa la tenía siempre una picadura de sanguijuela o así. Se les amorataban los tobillos, luego las piernas, la entrepierna, el bajo vientre, el estómago, los pechos y el cuello. De ahí no pasaba el bicho o lo que quisiera haberse colado por las uñas de los pies. Morían con las anginas reventadas, empapados en un sudor viscoso y maloliente. A veces sabía a flamingo. Otras, a calamar.

El último Tum que quedaba en Celestum, Goyito, esquivó la Compañía y se instaló en Mérida. No volvió ni para los entierros. Allí se casó con Tita Escobar, una señorita de ciudad que encontró la horma de sus zapatos: un hombre con el coraje necesario para sacar adelante los negocios del padre, el viejo Escobar, propietario de diez empresas que acabaron siendo dieciséis en toda Mérida y alrededores. Tenía un despacho dental, una tienda de antojitos, un depósito de helados, una purificadora de agua, una consultoría jurídica, que hacía y deshacía sus desmanes con los títulos de propiedad, y once tiendas de artesanía. Se convirtió en el hombre más rico de todo Yucatán. Encargaba por teléfono coches a Europa y estrenaba cada día un panamá para no mezclar los sudores. Por tener, tuvo hasta un partido político con el que aspiraba a ser presidente municipal, primero, y gobernador del Estado, después. Fue meses antes de la primera contienda electoral cuando las mujeres Tum se enteraron de la inmensa fortuna heredada por Goyito. La fachada de su casa de la playa, cerrada a cal y canto desde el día que se fue, apareció una mañana pintada con los colores del partido y tatuada con la cara de Gregorio Tum, que llevaba un purito en su mano derecha. Solo volvió para pedir el voto.

Era una mañana soleada, de mar de veinte centímetros, tan pacífico como los pobladores de Celestum. La camioneta de Goyito tosió dos veces y se quedó varada en la playa. Lo primero que vieron Joaquina y los demás fueron las botas de charol y el dobladillo de paño negro del pantalón. Apenas había empezado a saludar a los vecinos, cuando sus ojos se posaron en Arminda. Y dijo:

—Cuando muera Tita, vendré a por ella.

Aquel Goyito ya no era el Goyito de los domingos, el primo aventajado que pescaba con la mano y eructaba con olor a bacalao. Por eso a Joaquina se le heló la sangre y le tembló la barba al despedirle.

Arminda cogía aire para continuar el relato. Timoteo la escuchaba ensimismado, como si no hubiera oído nada semejante en los días de su vida.

—Quiso el destino que Tita muriera mucho antes de lo previsto. Apareció sin vida en una hamaca de nailon, con los brazos colgando, tocando las baldosas de la alcoba principal, en la que, entre negocio y arenga política, la mujer esperaba a Goyito para recuperar el amor que se había deslizado con el tiempo. Don Anselmo, el cura principal de la ciudad de Mérida, la veló en el patio de la hacienda hasta que el olor se hizo insoportable y la fundieron con la tierra en un cementerio en cuya fachada exterior podía leerse, a modo de reclamo publicitario: *Has muerto para el mundo, pero sigues vivo en nuestros corazones.*

Don Anselmo solo asistía a las muertes pudientes de la región.

—Casi como los curas de por aquí —decía Timoteo entre risas.

El caso es que con Tita bajo tierra, Goyito hizo valer su credencial de hombre de palabra y viajó a Celestum para cumplirla. Encontró a Filiberto bebiendo tequila y a Joaquina cosiendo hamacas como una pordiosera en el salón de las visitas, donde habían convenido instalar la máquina para protegerla de las lluvias y los azotes de arena. La sangre volvió a helársele a su paso por el pecho izquierdo y solo dijo:

—Arminda salió hoy, Goyito. Mira a ver si la encuentras en la orilla de la playa.

Esa misma noche, la madre arregló el viaje de la hija en un bote con dos bidones de gasolina.

Y así fue como Arminda salió despedida de Celestum, rumbo a ninguna parte con la única indicación de no volver y de viajar «lejos, muy lejos, donde ya no escuches este acento». La madre le cosió un fajín rojo con doble fondo para guardar todos los pesos que consiguió reunir desde el día en que Goyito volvió a Celestum para pedir su voto.

Arminda había heredado la sangre fogosa de sus antepasadas y una extraordinaria habilidad en la cama. Su cuerpo desnudo rodaba en las sábanas de Timoteo, que descubrió a edad tardía que seguía estando vivo. Las tardes de amargas soledades se contagiaron de una pasión desbocada, tan imprevista en su vida que solo pensar en las citas le provocaba mareos. Cualquier rincón era bueno. Hasta las sombras de Santa Susana presenciaron el desenfreno carnal. Las pláticas yucatecas y las curvas voluptuosas de aquel cuerpo castaño enamoraron a Timoteo. Le gustaba que hablara y hablara sin cesar porque el acento meloso de sus palabras se colaba por las grietas del corazón y alimentaba las raíces yermas del viejo cazador de pensamientos. Paseaban al ritmo de la rumba de sus caderas hasta llegar a la robleda de San Lorenzo, donde a ella le gustaba sentarse a tomar el fresco y a él le comían las ganas de desplegar el cazamariposas para robarle sus secretos pensamientos. Pero no lo hizo. Los respetó hasta el último día. Nunca agitó la red para robarle sus planes

Y, con el tiempo, se arrepintió porque, después de ocho años, otro soplo de aire se llevó a Arminda y, sin dar explicaciones, desapareció del mapa de la ciudad. Dio un portazo al semisótano y nadie más volvió a saber de ella. Solo dejó una nota escrita con tinta negra en la que decía:

*A Goyito Tum le han comido las sanguijuelas. Debo volver. Te llevo siempre en mi recuerdo. Tuya siempre, Arminda.*

Timoteo releyó cientos de veces esa escueta carta de un solo párrafo antes de guardarla para siempre en la carpeta de cartón verde en la que conservaba los recibos de los entierros de sus padres.

*Debo volver.*

Aquellas dos palabras resumían la conclusión más certera de su vida. Una especie de fin del cuento que no podía ser más rotundo. De poco o nada le servía que la mexicanita lo llevara siempre en su recuerdo, aunque, con el tiempo, resultó ser el único consuelo al que Timoteo se agarró para seguir viviendo. Una pena otoñal, una nostalgia constante quedó grabada para siempre en su manera de mirar.

Arminda pasó a ser un pensamiento que el viejo colocó en el rincón de la memoria donde se custodian los recuerdos. Lloraba de pena y homenajeaba su abandono en las barras más solitarias hasta que una noche, al amanecer,

con el sabor de la uva prendido en la lengua, Timoteo empezó a conversar regularmente con ella. Se contaron lo divino y lo humano, se reprocharon lo que no estaba en los escritos y, cuando terminó la regañina, el viejo se abrazó a la sombra de Arminda. A partir de entonces Timoteo se empeñó en recuperar los pensamientos que se hubieran quedado flotando en la ciudad, anclados en alguno de los balcones o entre las piedras que conservaban las historias centenarias del pueblo y sus pobladores. Y así fue como resucitó el cazador de pensamientos. En la soledad húmeda del semisótano, viendo tacones pasar, Timoteo se consagró a la tarea más noble que podía imaginar: recuperar los pensamientos de Arminda.

Y con ellos, el viejo cazamariposas.

El espíritu de Arminda le dio la fuerza suficiente para que dejara de importarle que lo tuvieran por un loco, razón principal por la que había abandonado el artilugio.

Todo ocurrió a principios de los setenta. Una niña de ocho años había desaparecido en una cafetería del centro de Santiago. El suceso ocupó durante semanas las portadas de todos los periódicos de la comarca. Nadie hallaba una reconstrucción coherente. Ni la Guardia Civil, ni el fiscal, ni el juez encargado de la investigación consiguieron esclarecer los hechos. Hasta desde Madrid llegaron detectives especializados en desapariciones. Trabajaban con sofisticados equipos de grabaciones y fotografía, pero ni por esas. Oisquearon cada rincón de la ciudad, interrogaron a todos los vecinos del barrio y se entrevistaron media docena de veces con los padres, juntos y por separado. Su versión, juntos y por separado, no tenía fisuras. Contaron su historia hasta creerla a pies juntillas.

—Estaba anocheciendo. Paramos a tomar un bizcocho con chocolate y, mientras esperábamos a que nos sirvieran, la niña pidió hacer pis. Mi mujer la acompañó y aprovechó para entrar en el baño de la derecha. La niña pasó al de la izquierda. Cuando la madre terminó, nuestra hija no estaba. Pensó que habría vuelto a la mesa donde estábamos su hermano y yo, pero no, Paula nunca volvió allí.

Era la víspera de la noche de Reyes y la familia había venido a Santiago a visitar a los padres de él, o sea, a los abuelos paternos de la niña, que vivían en un pequeño apartamento de la *praciña* do Toural. La celebración más

esperada por los niños del mundo que creen en los Reyes Magos de Oriente quedó trasnochada. Se apeó del calendario de esa familia que lloraba, primero en las portadas de los periódicos, después en las páginas interiores y, al final, en breves que se diluyeron poco a poco, como todas las noticias que un día fueron importantes.

A Timoteo, aquella historia le impactó sobremanera. Grabó en la memoria la fotografía de la niña Paula Rodríguez Mariño, con sus trenzas brillantes y sus pecas salpicando la nariz y las mejillas, e hizo de esta extraña desaparición una causa por la que merecía la pena pelear hasta el esclarecimiento de los hechos. Cada mañana y cada tarde se dedicaba a barrer los pensamientos del entorno donde había desaparecido Paula. Si el raptor andaba agazapado en algún piso o si la niña había sido escondida en un pasadizo secreto, Timoteo estaba convencido de que su pensamiento acabaría suspendido de la brisa, al alcance del cazamariposas. Los vecinos, los comerciantes, las monjas y los curas, los detectives, incluso, lo miraban con asombro. Nadie sabía qué hacía y tampoco se lo preguntaron, pero lo cierto es que a partir de ese suceso perdió el anonimato. Dejó de pasar inadvertido en la plaza del Obradoiro a convertirse en protagonista de las habladurías más chuscas. De transparente a visible. De don Nadie a don Loco.

—Se llama Timoteo... o algo así —decían algunas mujeres cuando pasaban a su lado.

—Sí —contestaban otras—, de los Rivas de Ortas. Ya sabes que perdieron la chaveta.

Doce días estuvo Timoteo robando al aire pensamientos y once veces fracasó en su intento. Cada noche, después de remover las brisas de la Rúa do Vilar, la Praza do Toural, la *praciña* do Franco y la Rúa Nova, volvía a casa y volcaba los pensamientos en un enorme caldero. Echaba un chorrito de aguardiente, se liaba un cigarrillo, leía las últimas noticias de Paula en las ediciones de los periódicos y esperaba a que las letras cogieran forma antes de salir a flote. Entonces, las introducía en una cubeta transparente y, por un minúsculo pitón, iban saliendo las frases completas, como si las pronunciara el dueño o la dueña del pensamiento.

Después de once intentos, ya digo, llegó el doce y, ¡zas!, acertó. El pitón vomitó la clave del suceso: los padres de Paula habían escondido deliberadamente a su hija para quedarse con la succulenta recompensa que ofrecían algunos comerciantes. Todo estaba perfectamente planeado. El pensamiento era nítido.

—Ya queda menos, cariño... No, no llores. Todo nos ha salido perfecto. El dinero ya está encima de la mesa. En unos días lanzaremos una pista sólida y la nena volverá a casa. Nos iremos a Madrid al día siguiente. Te lo prometo, cielo, mi vida, no llores.

El que hablaba era el padre. Abrazaba a su mujer con la mirada nublada por el dinero. No les falló ningún supuesto. La niña no fue descubierta, los agentes no se percataron de la existencia del escondite en la casa de la abuela y la recompensa se ofreció ¡el segundo día de cautiverio! Un éxito rotundo.

Timoteo no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Tardó solo unos minutos en colocar las frases en línea, una debajo de la otra, en la encimera de la cocina. No había duda: los padres eran los secuestradores de su hija Paula. Ante semejante hallazgo pensó que la Guardia Civil lo tacharía de loco. ¿Quién iba a creerlo? Su reputación había quedado por los suelos después de que lo vieran sacudiendo el cazamariposas como si realmente hubiera perdido el juicio. ¿Estaba dispuesto a revelar su secreto? Si no lo hacía, ¿cómo podía saber él la verdad de Paula Rodríguez Mariño? ¿Quién se la podía haber contado? ¿Cómo había llegado a esa conclusión? ¿Acaso pensaba carearse con el padre de Paula?

Anduvo un par de horas dando vueltas por el semisótano, contando los baldosines del salón, al tiempo que pensaba qué hacer con semejante descubrimiento. Después de mucho meditar, decidió que lo mejor sería acudir al cuartelillo. Contaría a los agentes su hallazgo y se marcharía tal cual había llegado.

La noche estaba pálida de niebla en Santiago. Se subió los cuellos del abrigo y encendió un cigarro. Le palpitaba el corazón a cientos de pulsaciones por minuto y le temblaban las manos. Parecía que la nicotina tenía que sortear miles de obstáculos antes de llegar a los pulmones y, de los pulmones, a la sangre para aliviar la ansiedad. Ondeaban las banderas en el Hostal de los Reyes Católicos y la Catedral era una imagen borrosa entre

tinieblas. El humo de las chimeneas calentaba el paisaje de perros vagabundos y gatos sonámbulos que rebuscaban una raspa en los cubos de basura de las tabernas. Timoteo empezó a tener miedo. Nunca antes le había pasado. El cazamariposas solo le había dado alegrías y gratas sorpresas que le ayudaron a combatir nostalgias o a cambiar su opinión sobre falsas enemistades que, en realidad, no existían. Le ayudó, por ejemplo, a entender a doña Rosa. Y más aún: aprendió a quererla pese a sus defectos y su fama ganada a pulso de correveidile maldiciente y charlatana lenguaraz.

Mientras caminaba, pensaba en lo que iba a hacer: acusar a unos padres de haber secuestrado a su hija, y, claro, eso era muy grave y, lo que era peor, podía estar equivocado. ¿Y si el cazamariposas había fallado por primera vez? Intentó por todos los medios quitarse esos pensamientos de la cabeza y, cuando hubo recuperado el buen pulso y la saliva suavizó su garganta, entró en el cuartel y preguntó por el inspector Feijoo.

El agente apareció a los pocos minutos colocándose el cinturón de la pistola y abrochándose los botones de los puños de la camisa de hilo blanco muy fino, que transparentaba una camiseta de tirantes del mismo color.

—¿Qué le trae por aquí, amigo?

—Permítame que me presente. Mi nombre es Timoteo, de los Rivas de la Rúa...

—Aceptada queda su cortés presentación, pero ya sé con quién hablo, Rivas. Tenga en cuenta que soy guardia civil.

—Disculpe entonces, señor Feijoo. Seré breve y conciso. Solo le pido que cuando haya terminado de explicarme, no me interrogue como si el delincuente fuera yo. Verá, lo que quiero contarle es que ya sé quién ha secuestrado a Paula Rodríguez Mariño.

—¡No me diga, señor Rivas! ¿Acaso le interesa la recompensa de los comerciantes? Después de más de un mes sin encontrar un solo indicio serio, usted dice tener la clave, ¿verdad? Vaya, vaya... ¡Ruano, trae papel y boli!

Ruano, un joven de porte frágil, con más graduación en sus gafas que en el uniforme, se sentó a la mesa y tomó nota de todo cuanto le fue relatando Timoteo Rivas, *espontáneo que comparece cuando son las 23:40 de la noche del 17 de enero...*

—¡Buenas noches, hombre! Y no se lo cuente a nadie —dijo Feijoo al despedir a Timoteo, haciendo serios esfuerzos para contener la carcajada—. ¡Lo tomarán por loco! Y, si es por dinero, mire a ver si lo emplean en alguna oficina de cuentistas y fabuladores. ¡No tiene precio!

Timoteo lo escuchó a lo lejos. Las palabras de Feijoo se perdieron en las sombras de la noche.

Volvió a casa y se sumió en una pesadilla que no le dejó dormir más de diez minutos seguidos. Se despertaba angustiado, conmovido por las palabras de Feijoo. Retumbaban en su cabeza a taconazo limpio. En uno de esos arrebatos, Timoteo saltó de la cama y, pisándose los dobladillos del pijama, a ciegas, pero decidido como pocas veces lo había estado antes, escondió el cazamariposas en el altillo del recibidor. Necesitó una banqueta de madera para llegar hasta el fondo, retirar las pelusas y adecentar el escondite. Y allí se quedó para siempre, aunque el siempre de nuestras vidas nunca es eterno.

Hay cosas que, sencillamente, volvemos a hacer con mayor o menor acierto por una razón más o menos noble. La de este viejo solo la entendía la soledad de su vida.

(Debo volver.)

Por cierto, a la niña Paula la encontraron en un zulo bajo el parqué falso de la vivienda de su abuela, a la altura de la cama del dormitorio principal.

¡Cuántas emociones me alborotaban por aquellas fechas! Hacía tiempo que no me sentía tan cargada de ilusión. Hasta mi santo padre me preguntaba, casi preocupado, por los motivos de tan inusual alegría.

—¿No será que te has enamorado, hija?

No encontraba otra razón más lógica. Contra mi costumbre, me despertaba antes que él, preparaba la cafetera para los dos y, si era domingo, le llevaba el desayuno y el periódico a la cama. Las ganas de contar con mis palabras la historia de Timoteo, de narrarla al filo de la fábula y de publicarla en el periódico, a modo de serial o de única entrega (lo mismo me daba), me provocaba un ánimo y una inquietud que no recuerdo haber sentido nunca jamás. Habría dado media vida por compartirlo con mi padre, pero podían más la discreción que le había prometido a mi diario y, por ende, a Timoteo y el miedo apabullante a que todo fuera una inmensa mentira.

El hecho de que mi padre fuera periodista podría resultar de primeras una garantía laboral, pero también suponía estar sometida a la constante comparación con él, con Manuel Vila del Valle.

Nunca he sabido su edad exacta. Siempre le he echado unos cuarenta y tantos años y siempre lo he recordado igual: mirando la vida pasar por encima de sus gafas y contándole historias a una máquina de escribir. El sonido de las teclas me ha acompañado desde que nací. Creo que ya antes, en el lecho materno, escuchaba la máquina de escribir de mi padre. La que yo conocí era una Olivetti con las letras borradas de tanto usarlas. Los números, no tanto. Voz espesa y mirada confusa, vacía quizá del amor desértico y del llanto en silencio.

Así era mi padre.

Nunca sabré de quién heredó la vocación por el oficio, cultivada al calor humeante de boñigas de vaca y cubos de leche que convirtió en literatura antes que en una crónica. O quién se la contagió, porque por la aldea nunca pasó periodista alguno. Lo más cerca que mi padre estuvo de uno fue el 21 de junio de 1966. Ese día viajó a Santiago por segunda vez en su vida para entrevistarse con el director de *El Correo*. La primera había sido en julio del año anterior, que fue santo en Compostela.

Gabardina, pero vieja; traje, pero raído, y zapatos, pero rotos. Era el uniforme de los acontecimientos que merecían el engalanamiento oportuno. Por aquellos días había caído en sus manos un artículo de un periódico de Madrid, el *Arriba*, firmado por Jaime Campmany bajo el título «Camisa azul». El periodista contaba que conservaba cinco camisas azules, algunas con los puños desflecados y otras, desteñidas por el uso. Las vestía los días grandes y recordaba llevarla puesta el día que el viejo corresponsal Ismael Herráiz llegó a director de *Arriba*. Herráiz apreció tanto el gesto o la sinceridad falangista que le dijo a Rafael García Serrano:

—Dile a ese muchacho de apellido tan raro que venga por el periódico y escriba todo lo que quiera.

—Qué fácil lo tienen en Madrid —pensó mi padre—. Se ponen la camisa azul de la Falange y pueden escribir cuanto les apetezca. Si, además, llevan bordado el yugo y las flechas, seguro que les pagan más. Y si al presentarse al director dan un taconazo y gritan «¡Arriba España!», seguro que los publican en primera página. ¿Y si busco una camisa azul? No, eso no. Yo no soy del Movimiento.

Rechazó la idea como si hubiera sido un pensamiento de pecado.

El coche de línea que lo llevó a Santiago tenía menos liturgia. Unas monedas robadas a las tardes de domingo le permitieron comprar el billete y un periódico.

Aquel 21 de junio faltaban cuatro días para el certamen de Miss España y la agencia Cifra había fotografiado a la última miss, Miss Cataluña, la señorita María Tarrino. La belleza oficial española aparecía en la misma portada que publicaba a Pablo VI en audiencia con el senador americano Robert Kennedy. Galicia estaría representada por Conchita Macía, una moza de dieciocho años, de Lugo para más señas, y modista de oficio. El periódico

desvelaba su secreto mejor guardado: sus medidas. 91-69-97. La altura no alcanzaba el metro y setenta centímetros, pesaba cincuenta y nueve kilos y calzaba un treinta y ocho. ¡Quién la besara! Aprovechando el desfile de sirenas, los periódicos harían ediciones especiales que comprarían los de la aldea, Antonio, Félix, Eliseo y los demás. Era milagroso que se rascaran la bota para gastarlo en un diario y más cuando, a buen seguro, aquellas páginas acabarían abrigando tortillas.

El periódico también daba cuenta del suceso que había sobrecogido a la provincia de Lugo. Secundino Vila, natural de Santa María de Frescoy, propietario de un establecimiento de bebidas, había sido asesinado por un borracho que se negó a abandonar el local cuando su propietario se lo ordenó. El crimen se consumó con un cuchillo de matanza.

Así estaba el día cuando mi padre llegó a la sede del diario en la Rúa Preguntoiro. Su única intención era presentar sus respetos al director, tal y como había ensayado ante la vaca *Sinda* durante tardes que se hacían espesas apretando la oreja a la vaca como si fuera la mano del empleador imaginario al que mi padre nunca consiguió ver. Desgraciadamente, solo llegó a traspasar la primera puerta de cristal esmerilado que descubría una especie de recepción que, en realidad, era la Administración de Suscripciones y Esquelas.

—¿En qué puedo servirle? —dijo alguien que, de tan pequeño que era, no asomaba un palmo del mostrador.

Mi padre solo vio una calva reluciente y, al estirarse, un bigote rizado por las puntas.

—Quería hablar con el director —dijo, entonando el acento según lo convenido con *Sinda*.

—Hoy no recibe visitas. Celebramos San Inocente, ¿sabe?

De dentro, de lo que mi padre imaginaba la redacción del diario, salía humo de puro y se oía una jarana con olor a sardina y sabor a licor.

Se quedó mudo. *Sinda* nunca habría contestado así. Los segundos que duró el silencio se hicieron eternos. Por fin, recuperada el habla, mi padre intentó explicarse, pero el hombre no le dejó terminar:

—Mire, amigo, si quiere yo le hago una suscripción para todo un año y así se va ilustrando.

Había imaginado decenas de posibles recibimientos, pero nunca que lo atendieran en plena celebración de un santo y, menos aún, que intentaran venderle una suscripción. Pero estaba tan acostumbrado a desplantes que ni siquiera percibió menosprecio en el hombrecillo de las esquelas. Solo sintió la decepción de haber perdido un viaje: no consiguió ver al director, ni estrecharle la mano, ni exponer su oferta de cronista de Lugo. Mi padre creía que podía resultar atractiva, habida cuenta de cómo venía la edición del 21 de junio, situando a la provincia en el centro de todas las informaciones de primera. Cuando ya se marchaba, con las manos arañando el agujero del bolsillo izquierdo de la gabardina, el empleado del periódico encargado de dar lisonja a los pudientes le sugirió:

—Pero si se deja caer alguna artistona por su pueblo, no dude en mandar su escrito. Los de ahí dentro —dijo señalando la puerta que daba a la redacción— tienen que llenar páginas, ¿entiende? O si florecen los castaños, ya sabe...

De vuelta en la aldea, mi padre durmió su pena con el vaivén del coche de línea. Tan solo esbozó media sonrisa cuando en el vespertino del que viajaba a su lado leyó que el crimen de Secundino Vila se había resuelto.

—¡Qué agilidad! —pensó—. Han dado con el criminal en menos de veinticuatro horas.

Al parecer, el cuñado del asesino, un tal Dositeo López Muñoz, lo delató ante la Guardia Civil después de que, la mañana del crimen, lo oyera jurar venganza contra el tabernero y lo viera afilar el cuchillo en los cantos del río. Más sugerente resultaba la foto de Geraldine Chaplin en la plaza de Las Ventas con Manolo Velasco, el hermano de Conchita, y el anuncio del estreno en El Capitol de la última de Ingmar Bergman, *En el umbral de la vida*.

Claro está que por la aldea no pasó artista alguna, pero sí florecieron los castaños y mi padre lo escribió como si fuera un acontecimiento mayúsculo. Empezó a mandar sus escritos a *El Correo* copiando las formas del *Ya*, que, en aquella época, la editorial católica enviaba con puntualidad a la parroquia de don Camilo y este se lo prestaba a mi padre por las noches para que aprendiera de los de Madrid.

Para ser periodista había que tener el Carné de Periodista. Y eso sí que mi padre no lo había visto en los días de su vida. Suponía que era algo que tenían los importantes. Los importantes y Franco, aunque, claro, Franco lo tenía todo y era todo. También periodista.

Lo sabía porque había leído que el 20 de julio de 1949, con motivo del XIII Aniversario del Alzamiento Nacional, directores de periódicos y agencias de la época, presididos por el subsecretario de Educación Popular, Luis Ortiz Muñoz, entregaron al Caudillo el Carné de Honor, el número uno expedido por la Dirección de Prensa. Era idéntico al de cualquier otro periodista, con una excepción: en el dorso llevaba impreso en oro el escudo personal de Franco. Los periodistas también le obsequiaron con un álbum de cuarenta centímetros de largo por veintinueve de ancho, encuadernado en piel corinto, con treinta y seis páginas que recogían los nombres de todos los profesionales del periodismo muertos por Dios y por España.

—Señor —dijo el director general de Prensa, Tomás Cerro—, quiere ser este acto un homenaje a un periodista, al primer periodista de España. Porque obra de periodista auténtico y de mérito nada común son, por citar algunos ejemplos, aquella revista *África*, que vos fundasteis, dirigisteis y, a veces, escribisteis completamente solo, desde el principio al fin, como redactor único de la misma; los innumerables artículos sobre temas militares, marineros, económicos y políticos diseminados por diarios y revistas del más variado carácter a lo largo de muchos años o los reportajes fotográficos, sin firma, de vuestra juventud en Marruecos... Ocurre, señor, que este periodista se llama Francisco Franco, el mismo que nos habló de la responsabilidad y el valor educativo de la Prensa. El que nos dijo que un periodista digno de este nombre no puede tener otros señores que la verdad, la patria y el servicio.

Si aquellos eran los requisitos para ser periodista, mi padre lo tenía bien complicado. En él solo se hacían verdad las Sagradas Escrituras: tan difícil como que un camello pasase por el ojo de una aguja. Ni se había jugado la vida por la patria, ni por ella se había sacrificado y mucho menos había

fundado revistas. Como mucho, cumplía con la necesaria pureza biográfica, más que por convicción, porque no había nacido cuando Franco hizo la guerra.

Para hundir más las ilusiones de mi padre, no sabía cómo se hacía un periódico. No había visto nunca una redacción. Y una vez que lo había intentado, no solo no le habían dejado pasar, sino que le habían querido vender una esquila. Pero él quería escribir en el periódico. La otra alternativa era marcharse a Suiza o seguir ordeñando la vaca solitaria y triste durante el resto de sus días, sin una jornada libre.

Y Franco, periodista. Más difícil todavía. La realidad resultó ser luego de otra manera y las exigencias para ser periodista no pasaban exactamente por los méritos del Generalísimo. Pero aunque en las aldeas todo se magnificaba, al final, siempre había algo que resultaba cierto. Por ejemplo, la obligatoria adhesión al régimen que todo aspirante a cronista debía jurar. La Guardia Civil lo certificaba en un documento que se guardaba como oro en paño, y a partir de ahí, cada uno empezaba a escribir su historia.

Algunos afortunados viajaban a Madrid a estudiar en la Escuela Oficial de Periodismo, que había empezado a impartir docencia en los años cuarenta bajo la dirección de Juan Aparicio López. La escuela tuvo su sede en la calle Zurbano hasta que, en los sesenta, fue trasladada al edificio del Ministerio de Información y Turismo de la calle Capitán Haya. Curiosos antojos del destino, ya en democracia, la sede cambió periodistas por militares, se desmantelaron los archivos de los funcionarios de Información y se instalaron los de Defensa.

Mi padre nunca pudo embarcarse en semejante empresa. Así que tuvo que sudar el carné años y años, escribiendo noticias desde la aldea sin recibir ni una peseta a cambio y buscando la vía más eficaz para conseguir algo del régimen: la recomendación. Cuando empezó a firmar sus artículos, el abuelo Ramón ya había sido enterrado. ¡Maldita sea! Virginia se lo llevó a destiempo, de la peor de las maneras, antes de que viera su apellido en las crónicas de un periódico.

En todo esto andaba el hombre cuando el cura don Camilo lo citó en la sacristía y, ante la imagen de un Cristo redentor, le habló de sus aspiraciones.

—Manolo, no es difícil darse cuenta de que tu futuro no va a escribirse en esta aldea. ¡Lees más que los censores! Tu ferviente vocación me recuerda a mis años escolares, cuando la fe me vapuleaba de tal manera que solo vivía para Dios y solo soñaba con convertirme en su siervo. ¿Has hablado con tu señora madre de tus deseos?

Dudó antes de contestar. ¿Don Camilo se refería a su vocación periodística o le estaba planteando que ingresara en un seminario? De todo lo dicho solo estaba de acuerdo con lo de la lectura. Mi padre leía mucho, así que no era de extrañar que en aquellos años se bebiera el periódico como efectivamente hacían los censores de Franco, que empezaban por la portada y acababan buscando infracciones en el listado de las farmacias de guardia.

—Don Camilo, no estoy muy seguro de que el Señor haya depositado sus ojos en mí...

—¡Claro que lo ha hecho, hijo mío! No hay más que ver cómo se te ilumina la mirada cuando bajas cada noche a esta sacristía a recoger el periódico. He estado dándole muchas vueltas y he decidido ayudarte. Tengo que ver al cardenal Quiroga Palacios en Santiago para tratar unos asuntos de la parroquia. De paso, voy a consultarle qué podemos hacer por ti.

Aquellas palabras le provocaron sentimientos encontrados. Por una parte, una infinita congoja, y por otra, un orgullo inmenso de imaginar que su nombre iba a ser escuchado por ese cura mítico y grandullón que llegó a cardenal y del que decían que decía:

—¡Mi corazón está lleno de Galicia!

Fue el primero que ofició en gallego y solo por eso en la aldea se le citaba con profusión, casi al nivel que el mismo Dios.

Tal fue, por tanto, el pasmo de mi padre que no se atrevió a rectificar a don Camilo.

—Bueno —le dijo—, espero sus noticias.

Aquella noche no durmió, ni la siguiente, ni todas las que sucedieron al día que habló con don Camilo. Se despertaba acalorado, imaginándose con un algún trabajo en el Palacio del Cardenal, llevando una vida de austeridad y contención, ataviado con un hábito blanco que le cosería la abuela Angustia y viendo cómo los fieles iban a confesar sus pecados. Era su pesadilla.

El tiempo fue pasando lentamente como siempre sucedía en la aldea y el miedo inicial a verse entre sotanas se difuminó al meditar seriamente la posibilidad de ser ayudante de un cardenal primero y luego periodista. Tal cosa podría no resultar tan descabellada teniendo en cuenta que hubo sacerdotes que acabaron convertidos en mandamases del oficio. Desde el cardenal Herrera Oria a Fermín Yzurdiaga, apodado el *cura azul* porque siempre llevaba la camisa de ese color debajo de las vestiduras negras.

Así que, sin volver a preguntar por el asunto, mi padre siguió recogiendo regularmente el *Ya*, mientras don Camilo movía sus hilos con los poderosos amos de la Iglesia y, por derivación, del régimen y, por ende, de la prensa. Cumplió su compromiso letra a letra. Tal y como había dicho, se entrevistó con el cardenal Quiroga.

Por aquellos días se hablaba mucho de la posible visita del Papa a Santiago, y había una necesidad que planteaba el alcalde de Santiago: habría que ampliar el aeropuerto de Lavacolla. Que el Papa visitaría Compostela era uno de esos rumores frecuentes que circulaban de boca en boca y no era solo cosa de la ciudad. Hasta en la aldea lo comentaban los campesinos, lo repetía el panadero y el de la funeraria se lo susurraba al difunto:

—¡Qué pena que te hayas muerto porque de este año no pasa!

Pero Franco, que nunca tuvo sintonía con el Vaticano de Pablo VI, sabía que aquella visita no estaba tan al caer y, cada vez que el cardenal le insistía con lo de la ampliación del aeropuerto, el Caudillo le respondía:

—¿Y si no viene?

—¿Y si viene? —contestaba el cardenal.

—Pero ¿y si no viene?

—¿Y si sí?

Así se enfrascaban horas de audiencia ejerciendo el galleguismo. Pese a todo, las reticencias de Franco no amilanaron al cardenal. Eso le contó Su Eminencia a don Camilo el día que se vieron para hablar de la parroquia y don Camilo aprovechó para hablarle de mi padre.

—Hay que hacer algo por este chico. Es disciplinado y responsable. Ofrezco mi plaza de cura en la parroquia como garantía de su honestidad.

—No te pases, Camilo.

Don Camilo sabía que no se la jugaba.

—Le digo a Su Eminencia que esto es así. Que lo he visto crecer... ¡Imposible que su nombre aparezca ligado a movimientos subversivos! A Manolo no lo han visto en una huelga o manifestación contra el régimen en los días de su vida. Como mucho, en los *san froilanes* de cada año y en los entierros que no tienen fecha.

Y como si de un milagro se tratara, un día don Camilo trajo la gran noticia:

—Dame una foto tuya, pide a la Guardia Civil un certificado de adhesión al régimen y rellena estos datos. Vas a ser periodista titulado.

—¿Me voy a Santiago, entonces?

—Si vas, llevas tú mismo los papeles al Arzobispado. Y quédate allí. Siempre aprenderás más en la ciudad que en medio de las cuadras.

Mi padre hizo las maletas deprisa y corriendo para mudarse a Santiago de Compostela. Para entonces ya se había casado con mi madre y estaban esperándome. Se instalaron en la Rúa Caldeirería, a sesenta pasos de la sede de *El Correo Gallego*. Hasta que se arregló el contrato en el periódico, mi padre tuvo empleos de los más variopinto que nos sirvieron para ir acomodando las miserias que nos soplaban al oído. Trabajó de recadero en la primera frutería de Santiago, Las Delicias, fundada por la familia Castiñeira en lo que antaño fue la leñera de un edificio habitado por nobles de la época. Por las tardes sacaba unas horas para atender en el mostrador de una cerería donde vendían estampitas y velones, y a las noches les arrancaba el sueño para seguir escribiendo crónicas que, aunque se publicaban, no le daban ni un duro. Pasó del florecimiento de los castaños, a reportar sobre la emigración, ese mal que mordía a treinta mil gallegos cada año y despoblaba aldeas como la nuestra. O sobre el paro de una tierra en la que había más campesinos que hectáreas por cultivar.

Las pesetas de las letras tardaron aún algunos meses y volvió a ser don Camilo el encargado de hacer el anuncio:

—Manolo, ya está la cosa madura. Te llamarán para que este mismo lunes empieces a trabajar en *El Correo*.

—¡Don Camilo, esta sí que es una gran noticia!

—Déjate de alharacas y ándate con ojo hasta con lo que piensas, que la información también se gobierna. Si tienes dudas, consulta y si consultas y no te sacan de dudas, desiste.

Pocas dudas le surgieron porque el contrato que firmó mi padre no fue para escribir, sino para cortar y oír. Fue empleado para cortar y repartir los telegramas de agencia y una responsabilidad añadida: cada 22 de diciembre tenía que tomar nota de los números de la Lotería Nacional, una materia que no solía contrariar al régimen.

La lotería se cogía a oído y así se certificaba al lado de la combinación ganadora: *Números tomados a oído*. Cuando me enteré de aquello, me irrité. ¡Debían poner el nombre de mi padre, que, a fin de cuentas, era el que se la jugaba con media provincia! En las aldeas, por ejemplo, era lo primero que consultaban en el periódico.

Si cierro los ojos puedo imaginármelo en su primer día. Seguro que se vistió con lo mejor que había en el armario y se endulzó el cuello con Álvarez Gómez. Llegó antes de tiempo y se sentó donde le dijeron, cerca, seguramente, de ese militar de graduación cuyo nombre nunca mencionó en las veces que me habló de él. Solo sé que era un tipo calvo y con bigotes. De ojos azules y piel blanca, rematada por finísimas venas rojas que se abultaban al final del día si le daba a un extraño brebaje que rellenaba por las mañanas en una botellita de colonia. También sé que se encargaba de escribir toda la información nacional y, de cuando en cuando, metía mano en el espacio de las ideas. Quizá por eso, mi padre lo admiraba más que a ninguno. Por eso, y porque el director le consultaba hasta la última coma de lo que iba a publicarse al día siguiente.

Mi padre cayó en su gracia y a él le debía haber salido indemne de más de un apuro. Se convirtió en una especie de maestro que consolaba al alumno cuando le confesaba cierta decepción:

—Lo que yo quiero es escribir.

—Manolo —le replicaba—, no todos los periodistas consiguen ser los más importantes del periódico alguna vez en su vida. ¡Y tú lo serás un día al año! Mira: lo importante es tener un pie dentro del periódico. Después ya pondrás la pluma.

En eso, el militar tenía razón. Cada 22 de diciembre, «el chico de la lotería» se convertía en la estrella de la redacción.

Hasta el sorteo del año setenta.

Ese día mi padre sudó tinta.

Habían reservado diez páginas para narrar con pelos y señales cómo un pobre se hacía rico en cuestión de segundos. Toda la redacción estaba movilizada. Desde el último conserje hasta el director. Para los corresponsales de los pueblos también era un día grande. Si tocaba algo en su parcelita, no es que se hicieran ricos, pero tenían aseguradas quince pesetas por crónica.

El 22 de diciembre de ese año que inauguraba la década más apasionante de nuestra reciente historia, se vivía un ambiente festivo. Los que tenían posibles y habían podido comprar un décimo lo acariciaban con la mano o lo miraban de reojo para no aburrir a la suerte.

—¡Mira —leía uno en un teletipo de Cifra—, una vendedora de periódicos de Madrid se ha quedado con parte del tercero!

—¡Pues ponte a escribir! —gritaba el redactor jefe—. Todo lo que podamos adelantar ahora lo agradeceremos después.

No fue fácil concentrarse ese día. El director mandó comprar chocolate caliente, churros y una botella de brandy para brindar cuando saliera el Gordo. Pero el dichoso Gordo vino remolón y la botella se quedó caliente en la mesa de las secretarias. Tuvieron que esperarlo hasta quince minutos antes de que terminara el sorteo.

—¡19 381! —cantaron los niños Jesús María Rioja y Enrique París.

—¡Ya está! —gritó mi padre—. ¡Ya ha salido!

Las localidades agraciadas fueron Barcelona, Guadalajara, Alora, Santander, Zaragoza, Madrid, Calzada de Calatrava, Bilbao, Aranjuez.

La envidia suprema empapó a los reporteros cuando la agencia envió la foto de Pilar Octavio, la lotera de Barcelona que había vendido la segunda serie. Aparecía pintando a brochazo limpio el número premiado en la pared del local y, a renglón seguido: *75 000 000 de pesetas. Vendido aquí.*

—Lo que yo haría con setenta y cinco millones... Ni lo pienso.

—¡Eso, ni lo pienses! ¡No llegamos, Manolo! Venga, que no llegamos —gritó el director.

Y, efectivamente, aquel año estuvieron a punto de no llegar. Carreras de un lado a otro, gritos, aspavientos... La redacción se convirtió en ese espacio tantas veces recreado de prisas, y nervios; el sueño en vivo y en directo. En días como aquel, un periódico ponía a prueba su maquinaria y, tal y como estaban saliendo las cosas, nadie podía aventurar que, al cerrar la edición, mi padre viviría uno de los momentos más dramáticos de su vida. La voz de alarma la dieron desde talleres:

—¡La doce! ¡Falta la doce!

La página doce era un desierto de letras. La conmoción en la redacción fue descomunal.

—¡Perdemos el correo, Manolo! Y como no llegue la edición, te pongo de patitas en la calle. ¿Lo has entendido o te lo repito?

—Lo he entendido, director. No hace falta que me lo repita.

El militar de graduación se acercó a mi padre y, al oído, sin que nadie más en este mundo lo escuchara, le dijo:

—Esto solo lo salvas con un reportaje...

—¿Un reportaje? ¿Y de dónde lo saco si ha tocado en toda España menos aquí?

—Pues si no tienes a los agraciados, te los inventas.

—¿Pero qué dice, mi general? ¡Nos llevan presos a todos!

—Coño, qué idea, chaval. Ahí lo has clavado, Manolo. ¡A la cárcel voy a llamar! Déjame a mí.

El militar sacó del cajón de su taquilla una vieja agenda de espiral oxidada, escrutó los números en ella anotados, descolgó el teléfono y, con voz solemne, dijo:

—¿Me pasa con el director? Llamo de Santiago.

Mi padre se mordía hasta los padrastrós de las uñas. El pánico inicial fue mutando en una extraña clase de emoción. A menos de una hora de que el periódico tuviera que estar empaquetado, debía inventarse una página entera.

—¿Señor director? —preguntó el militar—. Le llamo de Santiago. Del periódico. Nos llegan insistentes rumores de que ha tocado la lotería en su prisión, ¿qué hay de cierto?

—¡Pero si aquí nadie juega a la lotería! —contestó el hombre—. Pero, ahora que lo dice, esta tarde había mucha celebración entre los reclusos. Lo mismo les ha tocado.

—¡Anda que se entera de lo que pasa en su penal, señor director!

*Una parte de la lotería de Navidad ha caído en la cárcel*, tituló el diario al día siguiente. *Según el director del centro penitenciario* —continuaba la información—, *un grupo de presos lo estaba celebrando*.

—Y si no es verdad, Manolo, que venga Dios a desmentirlo.

Viniendo de un militar, mi padre durmió tranquilo aquella noche y las siguientes.

Lo peor, pensaba, ya había pasado. Y había salido bien, o considerablemente bien, teniendo en cuenta que nadie llamó para que el periódico rectificara.

En todo esto andaba mi padre cuando por fin llegó el dichoso Carné de Periodista. La Delegación Provincial de Información y Turismo lo envió a la redacción en un sobrecito tamaño cuartilla con sello oficial. Para el resto de los mortales era un trámite ordinario, pero mi padre gozó leyendo y releendo el remite y el remitente, y su nombre escrito a máquina en aquel cartoncito sin oro en el dorso ni escudo alguno. Lo mandó plastificar y, mirándolo de cerca, se sintió el hombre más feliz del mundo. Tanto que se gastó los cuartos invitando a mi madre a cenar marisco y vino blanco. De camino al restaurante, paró en una cabina y comunicó con la sacristía de la aldea, en la que imaginó a don Camilo, más solo que la una, escuchando la radio o buscando la sintonía de la Pirenaica para enterarse de lo que de verdad sucedía en España.

—Don Camilo, que ya llegó.

—¿El qué, hijo mío?

—¡El carné!

—No tenía duda, Manolo, ninguna duda. Me consta que la pulcritud de tu expediente fue laureada por el delegado de Información y Turismo. Pero es la fe, hijo, la que mueve montañas.

Si no fuera porque libertad, lo que se dice libertad, no había, el periodismo de entonces debía ser algo fabuloso.

¡Qué equivocado había estado mi padre al pensar que don Camilo quería que siguiera sus pasos!

Y así, tal y como se lo he contado, mi padre se hizo periodista de verdad, compró la Olivetti, dejó de escribir a mano, y yo empecé a escuchar el repiqueteo de las teclas y el rugido del rodillo cuando sacaba el folio preñado.

Me he visto en fotos.

En una, mi padre leía a mi madre los escritos. Ella sonreía con una tripa brillante que acariciaba con sus dos manos como si quisiera apaciguarme. No sabían que yo escuchaba sus risas.

En otras yo ya había nacido. Tenía los ojos abiertos y miraba de frente a mi padre, sentado ante la máquina.

O junto a la máquina.

O apoyado en la máquina.

O dormido al lado de la máquina.

Y yo en la máquina. Encima de la máquina. O sobre las piernas de mi padre con las manos en las teclas de la máquina.

Ocho años después, la máquina se quedó en silencio durante un tiempo de lágrimas que también vistió a las letras.

Las lentes de mi padre volvieron a desempañarse para ver rodar el primer coche que salió a repartir *El Correo* por toda la provincia y alrededores. El coche fue una bendición porque las aldeas se acercaron a Santiago. Y Santiago a Madrid. Y mi padre pidió prestado su fiat 127 azul al militar del periódico y me llevó a conocer la capital. Tenía ganas de pasearme por el paseo del Prado y tomar un batido de chocolate en el Café Gijón, donde, seguramente, debía estar Umbral escribiendo a sus ninfas. En la cuesta de Moyano me compró mis primeros libros y un atlas de España. De regreso a Galicia, según subíamos por la cuesta de las Perdices, me señaló con el dedo el Palacio Real y el hipódromo; más arriba, el Valle de los Caídos y San Rafael, donde los caballos galopaban en libertad a ras de la carretera nacional. Cuando llegamos a Pedrafita, mi padre abrió la ventana para respirar eucalipto.

Y el viento húmedo.

Y la tierra fértil.

Y el olor a mamá.

Con la excepción del incidente del sorteo de Navidad del setenta, mi padre, por lo general, no mentía nunca. Me educó para decir siempre la verdad y poder demostrarla. En su empeño por dar crédito a todo lo que me contaba, guardaba en los cajones de su mesa de trabajo una hermosa colección de recortes y páginas de periódico, a cuál más valiosa, que le servía para atestiguar sus relatos.

A mí me gustaba la última entrevista que Cunqueiro concedió a *El Correo* en 1979.

—Pues hombre —le dijo al periodista—, mi gran ilusión es morirme en la Catedral, en el altar mayor..., como murió mi buen don Gaiferos. Pero, querido Alvite, también me gustaría morir en Mondoñedo, un día de viento de Nadal.

Cada vez que la releía me daba cuenta de lo cierta que era la conclusión a la que había llegado siendo una niña: no planeamos nada. Cunqueiro murió dos años después en Vigo y, en vez de viento de Nadal, llovió en su entierro. A las campanas de Mondoñedo se les hizo de noche llorando letras al paso de Merlín y familia por la plaza, entre las piedras que dieron cobijo al maestro.

Estuve resfriada varios días. Tenía las defensas por los suelos y la súbita emoción que me había embargado se convirtió en una pesadilla febril que me dejó postrada en la cama. Mi padre me enfriaba con paños de agua fría y me obligaba a comer caldo y lacón, y a beber leche caliente con miel para acelerar mi recuperación. Lo que más sentía era perder oportunidades de volver a ver a Timoteo, pero no se lo podía decir. No tenía ganas de nada. Ni las dos mantas que me colocó sobre el edredón consiguieron atenuar la sensación de frío que se había apoderado de mi cuerpo. Cuando lograba dormirme, sudaba como un pollino y empapaba la almohada, multiplicando la odiosa sensación de humedad. La gata *Dinga* no se movió de mi lado ni un solo día. Adelgazamos a la vez.

Mi padre me hacía compañía cuando volvía del periódico. Se sentaba en la silla del escritorio e intentaba que mantuviéramos una conversación, pero la fiebre me hacía delirar.

—Pues sí que estamos buenos —decía.

Nunca antes había enfermado. Quizá por eso andaba preocupado. El médico me prescribió un antibiótico, pero él se negó a comprarlo porque decía que era demasiado joven para eso.

—Voy a cumplir dieciocho años, papá.

—Te preparo un caldo y sudas la gripe. No hay mejor remedio.

Creo que no se quiso gastar el dinero. Porque no debíamos tenerlo, claro. El sueldo de periodista daba para lo que daba y no presupuestaba dispendios o imprevistos. En mi delirio, escuchaba la radio de fondo. Mi padre la encendía siempre que estaba en la cocina. Por las noches oíamos los programas de información política y los deportivos, y las mañanas las amenizaban los espacios de variedades. Los sonidos se mezclaban con la lluvia. Desde la ventana de mi dormitorio acertaba a ver el balcón del edificio

de enfrente, donde vivía nuestro vecino Nicomedes, un anciano soltero, ciego de un ojo y medio ciego del otro. Caminaba agarrado a un bastón que manejaba con dudosa habilidad. Si te descuidabas, te arreaba un garrotazo y se quedaba tan tranquilo. Nicomedes olía mal y vestía siempre el mismo pantalón con los dobladillos raídos de barrer las calles de Santiago. Pese a su ceguera, encendía la televisión con regularidad y parecía reírse con las comedias y llorar con los dramas. Como si los viera.

Cerré los ojos y esperé a que mi padre volviera con el caldito y la leche dulce. Vi miles de estrellas y, a lo lejos, como si estuviera viniendo hacia mí, a buscarme a mí, vi a mi madre Celeste.

—Madre, si estuvieras con nosotros...

Las lágrimas atravesaron mi sueño atormentado. No sé si mi padre escuchó mis palabras, pero cuando recuperé la conciencia estaba allí, a los pies de la cama, con la bandeja en las manos, inmóvil, más compasivo. Distinto.

—Te he preparado una sopa y un vaso de leche. Aquí te lo dejo —dijo con la voz a medio encender.

El último día de mi enfermedad mi padre no fue al periódico. Se quedó conmigo todo el día. Cuando amanecí seguía a mi lado, tal cual lo recordaba la noche anterior. El aire de la habitación era irrespirable. No sé cuántas clases de virus podrían haberse alojado en diez metros cuadrados. Necesité respirar la mañana. Yo misma me levanté y abrí la ventana. Era el síntoma infalible de que había sanado del todo. El médico me dio el alta definitiva y mi padre se pavoneó de haberme curado sin antibióticos.

—¿Por qué no salimos a pasear, papá? Hace tiempo que no charlamos.

Meditó unos minutos y dijo:

—Quizá sea una buena idea. ¿Seguro que te sientes con fuerza?

—Podemos ir a merendar —sugerí, sentada sobre el colchón que había sostenido mi vida durante la gripe.

Fueron solo unos días, pero se me hicieron eternos. Aún recordaba mi delirio agitado, mi repentina necesidad de mamá, mi frase lanzada al aire como un cohete que estalló en medio del alma de mi padre. No tenía la

certeza de que lo hubiera escuchado, pero solo imaginarlo me producía una pena inmensa, más que la de haber perdido a mi madre Celeste.

Aquel día necesitaba saldar la deuda contraída con él. Dejamos la ventana del salón abierta para que la gata *Dinga* pudiera salir a tomar el aire al balcón.

—Y te compraré unos zapatos nuevos. ¡No puedes andar con los pies mojados por ahí! —dijo cuando ya estaba cerrando la puerta de casa.

No me opuse a su ofrecimiento. Los pies dejaron de crecerme y mi padre dejó de comprarme zapatos. Del último estreno hacía, por lo menos, tres años. Me regaló una especie de botitas de ante azul que cubrían hasta el tobillo. Estaban forradas de piel de borrego que, durante algunos meses, fue blanca, blanca. Ahora del borrego no quedaba nada y del azul original, los respuntes. En la primera zapatería que encontramos en Xelmírez, me compró unas manolequinas de piel y unas alpargatas que se anudaban al tobillo. La dependienta se quedó con las botitas y a mí me dio pena, pero no lo dije.

Según mi padre, los zapatos nuevos había que andarlos. Así que eso hicimos. Anduvimos la ciudad casi hasta el anochecer. Merendamos leche y tarta de Santiago y, cuando nos disponíamos a volver a casa, mi padre me preguntó:

—¿Te acuerdas de mamá?

—A ratos —le contesté sin mirarle a la cara, guardando la prudente distancia que ordena la educación de los sentimientos—. No siempre, claro. Ni siquiera todos los días. A veces sí, y a veces no. A ratos, ya te digo.

No había quien me sacara de ahí. No sabía qué contestarle. O lo que era peor: no sabía qué esperaba escuchar de mis labios.

—Tu madre fue una mujer entrañable. Te quería con locura, ¿sabes? Vivía dedicada a tu cuidado. Quiso que te diéramos un hermano, pero siempre lo aplazábamos. Que si viviremos ahogados, que si esperamos un poco, que si el año que viene lo intentamos... Así hasta que la pobre se murió. Fue una mujer solitaria. Salvo Matilde, apenas tuvo otras amigas. Y sus padres murieron tan jóvenes...

Yo no quería seguir hablando de mi madre. No, no estaba preparada para hablar de ella casi diez años después. No tenía nada que aportar a su discurso ni preguntas que formularle.

—No sé quién es, papá. Solo la he leído.

Ignoro por qué contesté a mi padre de esa manera; por qué lo humillé de aquella forma tan cruel, desvelando que había fisgado entre sus escritos y había leído a hurtadillas lo que un día escribió pensando en ella. Para ella. Quizá era su particular legado y planeaba cedérmelo cuando yo cumpliera la mayoría de edad. A lo mejor necesitaba hablarme de mi madre, deshacer el nudo que, ¡quién sabe!, lo atosigaba demasiado. Era seguro que había escuchado mi febril lamento. Mi padre paró a comprar cigarrillos y decidimos volver a casa por Obradoiro, cada uno con su corazón a cuestas.

Las calles estaban llenas de gente. Extraños, la mayoría; turistas, seguramente; peregrinos y fieles hacían cola para entrar en la Catedral a abrazar al Apóstol. De repente, el cielo azul, descargado de la ira que el invierno contagia a la primavera, en plena metamorfosis veraniega, prendió de estrellas. La primera, la que más brilla, la que sale para anunciar la noche, era la de mi madre. Que me miraba. Y me protegía. Tuve ganas de decírselo a mi padre, pero me venció el pudor. O la vergüenza. Callé y me alegré de haber callado porque, cuando enfilábamos la plaza, noté que mi padre ahogaba el llanto en las caladas de su pitillo. Conté doscientas piedras en el suelo. El silencio, que nos había arreado un buen latigazo a cada uno, quedó abruptamente demolido por el sonido ensordecedor de un *didjeridoo*. No supimos lo que era hasta que nos acercamos al hombre tocado de trenzas que, sentado en el suelo, soplaba en un extrañísimo instrumento que nunca antes habíamos visto en Santiago de Compostela. El artista había escrito sobre un cartón la explicación que todos requeríamos: *El didjeridoo es un instrumento que utilizan los aborígenes de Australia*. La imagen bien valía un duro. La gente se arremolinaba en torno al joven como si fuera un mesías o un predicador. Cada vez que soplaba, sus mejillas se hinchaban, las venas del cuello parecían conductos a punto de estallar, su mirada se enrojecía y sus manos temblaban cuando el aire atravesaba aquel artilugio con forma de trompa de elefante. Mi padre rebuscó en el bolsillo algunas monedas y me las dio para que se las entregara cuando terminase de tocar. El número duró unos seis minutos. Entonces, la clac rompió en aplausos y el hombre se levantó e

hizo una reverencia que a mí me pareció una cursilería viniendo de un flautista aborigen. Mi padre y yo recuperamos la mirada. El *didjeroo* había conseguido que olvidáramos a mi madre.

(Y yo pensé que ella nos estaría viendo y aplaudiría con nosotros.)

Enseguida comprendí que debía borrar todo lo que había pasado. Que mi padre no quería más que conciliar sus miedos y, si acaso, ayudarme a vencer los míos. En eso andaba, con la cabeza en plena ebullición, matando reflexiones absurdas y concentrando todos mis esfuerzos en algo de que hablar cuando, a lo lejos, difuminado por la distancia, en un rincón de la plaza apareció Timoteo. Se santiguó frente a la Catedral y, como si le invadiera una clase indescriptible de locura, empezó a sacudir su cazamariposas. Primero, suave, y cada vez más fuerte. Yo oía cómo cortaba el aire, cómo las redes se empapaban de pensamientos. Incluso era capaz de distinguir algo espeso en aquella malla. Miré a mi padre con inquietud y comprobé que nada sorprendente estaba ocurriendo ante él. Pasamos al lado de Timoteo y yo hice como si tampoco lo hubiera visto.

No pude dejar de pensar en él el resto de la noche. Le dije a mi padre que debía sudar los últimos coletazos del resfriado y me metí pronto en la cama para seguir escribiendo el diario. Aquella historia de El Gato Negro tenía continuación.

*Allí estaba él, con su cazamariposas, robando pensamientos en medio de la plaza del Obradoiro...*

Al escribir, yo pensaba que aquello no podía haber sucedido. Mi padre era un hombre observador como pocos, una persona acostumbrada a mirar mucho y bien por la necesidad de inventar historias que fueran verdad. ¡No podía ser posible que Timoteo hubiese pasado inadvertido ante sus ojos! Solía decirme que nuestra ciudad era como un *mapamundi* con gentes del último y más lejano país. Abundaban chinos, que saltaban a la vista, pero aseguraba que podíamos estar sentados al lado de un bosnio o de un oriundo de Paramaribo, capital de Surinam, un país que no recordaba haber estudiado

en el colegio. Con esa innata curiosidad y esa destreza para el reconocimiento de lo extraño, no podía comprender cómo se le había escapado tan magnífico espectáculo en medio de un escenario tan proclive al hallazgo altruista.

—Mariana, hija, párate un momento a observar. No pases por la vida como si la vida no fuera contigo. La calle está llena de historias —solía decirme cuando íbamos a merendar los domingos a San Clemente.

Yo miraba a los lados y, a lo sumo, veía las sombrillas que cubrían la explanada empedrada y silbaban como velas de barco cuando hacía viento.

Me quedé extasiada después de relatar el episodio de Timoteo. Fui a la cocina a por agua. Mi padre ya se había acostado y la casa retumbaba de silencio. Solo se escuchaba el azote del aire contra la fachada. La gata *Dinga* maulló al verme. Se acomodó tranquilamente en una silla y siguió durmiendo. Me entraron unas ganas irresistibles de descolgar el teléfono y marcar el número de casa de Jorge, pero no eran horas. El reloj de la pared marcaba la una y doce minutos de la madrugada. Intenté sosegarme. Fui tragando el agua sorbo a sorbo. ¿Qué pensaría Jorge de Timoteo? Si siguiéramos hablando sin urgencias, me habría escuchado y seguro que habría estado dispuesto a cederle su mente para que la abanicara hasta comprobar si era cierto el poder de su cazamariposas. Pero ese tiempo había pasado a zancada limpia, casi sin darnos cuenta. Conservábamos una amistad prendida con alfileres y, aunque solo fuera porque le guardaba el secreto de que quería ser astronauta, seguíamos convidándonos, de cuando en cuando, a un refresco o al cine. A mí, aquel distanciamiento me producía cierta tristeza porque Jorge estaba asociado a mi madre, me recordaba a mi madre. Aun cuando pensaba que nuestra amistad había sido engullida por otras amistades, me resistía a perderlo porque era la única persona con la que podía hablar sin matices. Con él podía ahorrarme las aclaraciones («Perdona, mi madre está muerta») y no necesitaba explicar que en casa no se celebraba la Nochebuena, ni la Navidad. Desde que ocurrió lo que ocurrió, e iba camino de cumplirse diez años sin mi madre, nuestras fiestas se trasladaron a San Fructuoso o a la Catedral, según nos diera. Íbamos a la misa del Gallo y a la ofrenda del día

25, y ahí se acababan los fastos. Después del funeral del 23, claro. Mi cumpleaños ya no se celebraba como entonces. Mi padre compraba una tarta de queso para nosotros dos, pero no se encendían velas.

De todo esto, el único que estaba al tanto era Jorge, que se cuidaba de no hablar en exceso o interrumpía a quien fuera a pregonar los manjares que le aguardaban para la noche de Nochebuena y el día de Navidad. A mí me gustaba pasear con él o que viniera a casa a estudiar por las tardes, ya que mi padre nunca llegaba antes de las diez o las once de la noche y eso nos permitía hacer y deshacer a nuestro antojo. Pero hacía meses que Jorge no paraba en Caldeirería.

—¡So puta! ¡Cualquier día te tiro por la ventana! O entiendes de una puñetera vez lo que es respetar a tu marido, o te mato. Te saco de la calle y te dedicas a *fulanear* con el primero que se te cruza. ¡Que te vieron, mujer! ¡Que me lo dijeron!

Los gritos acabaron por despertarme. Busqué en el diccionario la palabra *fulanear*, pero solo venía *fulana*. Y decía así: *Ramera o mujer de vida airada*.

Aquella mujer de vida airada intentaba hablar, pero la bestia que había elegido por marido no le dejaba terminar las frases.

—Fui a por...

—¿A por qué, so puta? Fuiste a por hombres, que lo sé yo. ¿Acaso te doy mala vida? Peor te la voy a dar a partir de ahora. Preñada como estás. Si es que... Y quítate los *agriculares* de una santa vez, que no escuchas el timbre cuando llamo para entrar en mi casa.

La debió zarandear de la peor de las maneras porque, de repente, sonó un golpe seco contra el suelo y un llanto desconsolado se escapó por la ventana y se alojó entre mis sábanas.

A determinada edad la amistad se convierte en una necesidad. Una necesidad que no depende de uno mismo, sino de los otros. Los otros son nuestros jueces y, lo que es más importante, los otros son nuestra memoria. Son los que nos recuerdan quiénes fuimos, lo que hicimos, lo que sentimos, lo que dijimos, cómo nos comportamos, por qué actuamos de determinada manera. Los otros nos pueden ayudar a conservar la integridad, incluso la cordura.

¿Quiénes eran los otros? Dolorosamente llegué a la conclusión de que no había otros en mi vida. Los otros se resumían en Jorge, mi padre y un viejo llamado Timoteo al que había incorporado sin pedirle permiso y del que tenía serias dudas de que de verdad existiera. Durante mi penoso resfriado ningún compañero de clase se había preocupado por mi ausencia. Esa constatación hizo que me siguiera subiendo la fiebre por las noches. La infancia había dejado de ser un apacible escondite. Ahora transitaba por la vida con mi yo a cuestas, con la conciencia exacta de cómo era: una cara y un cuerpo del que poco podía decirse más allá del dibujo de la normalidad. Nada lo hacía diferente, más que una mancha del color de la raíz de un puerro en medio del pecho derecho que nadie, hasta la fecha, había visto y, menos, tocado. En ese proceso de inspección profunda de mi ser físico empecé a fumar. Fue una noche de desvelo, en el balcón, con la única compañía de la gata *Dinga*, que no comprendía por qué mi boca expulsaba toses y humos blancos. Ni yo misma lo sabía, claro.

Lo de fumar estaba aceptado en mi casa y lo hacían todos los adultos que habían recalado en el salón en los tiempos más adversos de nuestras vida y en las celebraciones también. Mi madre fumaba, mi padre fumaba y a la abuela la vi más de una vez, y de dos, sentada en el pajar con un purito entre los labios. Solo necesitaba oler mi presencia para apagarlo con mala leche contra el heno meado por las bestias. El abuelo también fumaba puros,

puritos y lo que cayera en sus manos. Así que puedo decir que he crecido entre boquillas y ceniceros y nada me ha pasado, a juzgar por la salud de hierro de la que gozaba hasta que me dio la gripe. Podía haber retrasado la mala costumbre un tiempo, pero aquella noche me dio por ahí.

Mi padre guardaba las cajetillas en un armarito del tendedero, junto a la lejía, el amoniaco y el jabón Lagarto en pastilla que, en plena pubertad, me recomendó para los granos y las espinillas. El ungüento me enrojeció la piel y los granos se abultaron como si fueran sabañones. Me picaban tanto que no podía dejar de rascarme. ¡Hasta el cuello me llegó la rojez! «Qué barbaridad», dijo mi padre al verme. La verdad es que él siempre utilizaba el Lagarto. Para la ropa. Para el suelo. Para limpiar el comedero de la gata *Dinga*. Para después del afeitado..., decía que era bueno para todo. Y siguió usándolo. Yo, por si acaso, no volví a lavarme la cara con aquella pastillita que iba haciéndose más y más pequeña a orillas del fregadero. Junto a las Lagarto encontré bolsas de tabaco para liar, cajetillas de habanitos, una pipa que olía a naranja agria y una pitillera con cigarros normales. Me parecieron la mejor opción. También había una caja con cerillas, mecheros con publicidad esmaltada y un sobrecito con fósforos muy largos. Prendí uno y comprobé que tardaba en consumirse y que podría servirme para mis inicios desprovistos de manual de instrucciones. Con todo el material, me instalé en el balcón y fui dando caladas hasta que aprendí a fumar.

—Ahora —le dije a la gata *Dinga*— deberás estar bien callada.

Ni al espectro de mi madre se lo contó, ni a la imagen vívida de mi padre, que nunca se percató del olor a humo que impregnaba la solapa de mi gabardina.

En las noches de gripe y fiebre, fumar fue el peor de los remedios. Para ahuyentar las ganas de hacerlo, un día decidí salir a tomar el aire fuera de casa. El sereno había doblado la esquina y hasta las luces más pendejas se habían apagado. A la noche solo le brillaba la luz del televisor de Nicomedes que, acunado en su mecedora de madera y mimbre, robaba horas al desierto de sus sueños. Su imagen se me quedó grabada y me ha acompañado en sueños y desvelos. Entonces, ni se me pasó por la cabeza que aquella sería la última vez que lo vería con vida.

Sentí miedo de encontrarme con mi padre de sopetón y tener que darle explicaciones de por qué andaba a esas horas deambulando por la ciudad. Pensé en ir a El Gato Negro con el fin de intentar un nuevo encuentro con Timoteo, pero instintivamente mis pasos se condujeron a Obradoiro. No era yo quien andaba hacia allí. Una fuerza superior me dirigía a ese lugar sagrado, cobijo de sueños, de inspiraciones y lamentos, de fuerzas supremas que evocaron los poetas para reconciliar a sus musas. La noche estaba fresca y las calles, encharcadas. Había llovido, pero yo solo lo descubrí al saltar de charco en charco con mucho cuidado para no mojar las manoletas nuevas. Contuve las ganas de fumar. De las chimeneas escondidas en el mar de tejados salían los hilillos de humo blanquecino de los últimos leños que ardieron para calentar las cocinas. No podía quitarme de la cabeza la última agarrada de nuestro vecino de arriba con la pobre Lupe. Si la niña en ciernes, Flavia, escuchó esos gritos desde el vientre materno, bien pudo llorar de pena y de rabia de pensar que por sus venas corría la sangre de ese salvaje borracho y malnacido. Indeseable. Me pudo el llanto al imaginar la escena en mi cabeza. Ella era una joven que, a simple vista, había sido bien maltratada por la vida. Siempre miraba a los pies. Casi nunca levantaba la cabeza cuando coincidíamos en la escalera o en los buzones. De vuelta a casa, siempre iba con prisas, abrigada con una capa de fieltro marrón y un gorrito de lana verde que la protegía de las miradas que tanto rehuía. Más de una vez había estado a punto de invitarla a entrar a nuestro salón o de convidarla a un caldito templado, pero, justo cuando iba a dirigirme a ella, se escabullía entre las sombras del portal, se fundía con ellas hasta ser una más, inalcanzable, incapaz de mediar entre los mortales que queríamos resucitar su alegría, si es que alguna vez la tuvo.

Antes de llegar a Obradoiro, debajo del Arco de Palacio, un trovador cantaba a la noche. A simple oído se le había ido la mano con el aguardiente y sus estrofas eran pura desentonación.

—¿Qué se le ofrece por estas callejas?

Salté de miedo hacia atrás. Me quedé mirándolo fijamente a los ojos.

—Vengo de paseo —le dije.

—¿A estas horas y con este frío?

—A estas horas y con este frío, sí, señor. ¿Y usted?

Se rió y me mostró una dentadura llena de picaduras. Repitió mi pregunta varias veces, como si la estuviera cantando.

—¿Y usted? ¿Y usted? ¿Y usted? Ya veo que fue bien educada. Le explicó su mamá que a los desconocidos hay que tratarlos de usted, ¿verdad?

—Mi madre murió hace muchos años. No le dio tiempo a educarme.

¿Qué hacía yo hablando con un borracho a esas horas de la noche, dándole explicaciones sobre mi vida pasada, sobre mi madre muerta, sobre las buenas maneras que se presuponen, no se enseñan?

—Que tenga buena noche —le dije.

Bajé las escaleras y llegué a la plaza. Estaba empezando a llover, así que me senté frente a la Catedral, bajo los soportales del Pazo de Raxoi. Una rata enorme, de pelo grisáceo, hocico puntiagudo y bigotes tiesos, pasó ante mí royendo un trozo de algo que no acerté a identificar. Me removió el asco por dentro. Se acomodó al lado de una columna y, a la luz de las farolas, la vi levantar sus manos afiladas y mordisquear aquello que había robado en algún cubo de basura. La observé detenidamente durante los minutos que tardó en devorar la cena y salir corriendo, plaza a través. La rata atravesó los charcos y agitó con su larga cola el reflejo de la Catedral, haciendo temblar las torres de las campanas, la Carraca y la Puerta de la Gloria. En esa imagen borrosa eran débiles, frágiles, podían caerse en cualquier momento por un simple pisotón de rata de alcantarilla que ¡a saber en qué barco se enroló para llegar hasta aquí! Quizá su origen remoto estuvo en la bodega de un mercante, entre cajas y cajones de enseres ajenos.

Apenas me había detenido a pensar en el origen de las ratas, cuando escuché a lo lejos la voz cercana, conocida, mía y solo mía, del cazador de pensamientos. Me levanté cautelosa y, ya de pie, me concentré en detectar la dirección exacta de la voz. Sí, estaba frente a mí. Di tres o cuatro pasos y volví a detenerme. La voz se había escurrido entre los sonidos de la noche. «¡Qué mala suerte!», pensé. Me apoyé en el muro, con la cara entre las manos y la mirada fija en San Fructuoso, cuando una sombra empezó a agitar el aire de la misma manera que lo había hecho en Obradoiro ante la mirada ciega de mi padre. Me escondí. Estaba asustada. No sabía si debía echar a correr o debía quedarme allí hasta que el aire recobrarla la tranquilidad y Timoteo, o quien estuviera removiendo la noche, se escabullera para siempre

entre las penumbras que, a primera vista, no me permitían identificarlo. Así, agazapada en mi escondite, no pude contenerme más y encendí el cigarrillo. Mi garganta lo recibió con una tos seca, bronca. Cuando hube terminado de toser y toser, me levanté con cuidado, sin hacer ruido, meneando la mano para disipar el humo. En el edificio del semisótano vi una luz encendida que dibujaba el perfil de un hombre solo, que escribía. Parecía ensimismado. No despegaba la cabeza del folio. El reflejo también me devolvía la silueta perfecta de una pluma. Agrandé la mirada, abriendo mis ojos al escenario completo, y las farolas me devolvieron el contorno de Timoteo, perfectamente identificable ahora, con el cazamariposas en las manos. Sacudía el aire que salía de la ventana del escritor y vibraban sus brazos cada vez que los pensamientos llegaban a la red. Parecía que pesaban tanto que Timoteo no podía sostenerlos. Estaba batiéndose contra una corriente preñada de literatura que solo el cazador conocía. Yo ignoraba por qué quería atraparla, qué le movía a perseguir con tanto ímpetu los pensamientos de aquel hombre que, con el tiempo, supe que se llamaba Fernando, que escribía en portugués y admiraba los desencantos de la vida de Pessoa. Se hacía llamar escritor porque así su ocupación diaria encontraba acomodo en el diccionario. Escribía siempre por las noches y dormía los días. Rara vez se dejaba ver y, si se cruzaba con el viejo por casualidad, mostraba una expresión de perenne preocupación, como si cada día fuera a sobrevenirle la peor de las desgracias.

—Señor Timoteo, debe saber que los clásicos franceses, citemos por ejemplo al excelso Paul Valéry, decían que cada átomo de silencio es la posibilidad de un fruto maduro. Necesito de ese silencio que solo me ofrece la noche. No crea que lo miro con desgana, es que debo dormir para estar lúcido más tarde. Si pierdo la inspiración, arruino la novela, ¿entiende?

Timoteo le cogió el gusto a sus apabullantes explicaciones. Eran fantásticas. Solo un personaje así podía haber recalado en Santiago de Compostela. Su mirada resumía los sentimientos más abyectos y, a la vez, la ternura infinita del emigrante, que aspira a escribir, que cree que podrá crear algún día la obra de la que consiga no avergonzarse.

—Y si no, vuelvo a mi casa. Tengo proyectos de trabajo estable. La oficina de Correos de Lisboa me hizo una oferta. ¿Quién sabe? Quizá sea allí donde deba estar, pero tengo que intentarlo, ¿no piensa usted igual?

—Duerme tranquilo alguna noche, hombre. No vaya a ser que de tanto trasnocho se te vaya a esfumar la cabeza.

Eso era lo que peor llevaba Fernando, que alguien le insinuara la posibilidad de que pudiera perder la cordura.

—No me pierdo nada durante el día —espetaba entonces el escritor malhumorado, sonrojadas las mejillas de rabia o de incomprensión, que a veces van de la mano.

Se le arrugaba el gesto tratando de justificar su vocación y emprendía camino de vuelta al escritorio donde le esperaban las cuartillas desordenadas, las plumas, los botes de tinta a medias y los pañuelos de papel para ahogar las lágrimas y que nadie lo escuchara llorar en el silencio de la noche.

Los consejos de Timoteo, desatinados en apariencia, no eran una casualidad. Sabía cómo debía hablarle y, sobre todo, qué debía decirle. Aquella no era la primera noche que el cazador de pensamientos acechaba frente a la ventana de sus sueños. Solía hacerlo con frecuencia, cuando el escritor se fumaba un cigarrillo o cuando susurraba sus escritos a las piedras que quisieran escucharlo. Acurrucado en un callejón, exactamente en el mismo sitio donde yo lo estaba viendo, Timoteo atrapaba las emociones de ese buen hombre hasta tupir la rejilla del cazamariposas. A veces, a Timoteo le daba pudor licuarlas porque sentía que estaba robándole sus ideas, sus sueños, sus aspiraciones, sus frustraciones. Y sus miedos. Pero otras, las pasaba por el puchero y podía entender sus ansias desmedidas de escribir. Eran una promesa. «Lo escribiré por ti», decían sus pensamientos. «Solo por ti.» Timoteo recomponía las letras hasta formar esas frases. Se repetían en multitud de ocasiones, pero el cazador nunca consiguió descifrar a quién iban dirigidas.

De buenas a primeras, el silencio mágico que nos hacía cómplices a los tres se rompió en mil pedazos. La trova aguardentosa del inquilino de la escalinata retumbó en la plaza y el eco rebotó contra la Catedral y el Hostal de los Reyes Católicos. Las alcantarillas vomitaron cientos de ratas como la que yo había visto, sucias y despeinadas por el vaivén de las tripas

encharcadas en las que habitaban. Corrieron despavoridas, saltaron sobre las torres santas, sobre las gárgolas del Hostal y los campanarios que reproducían los charcos. Las uñas apresuradas de los roedores acabaron descuartizándolo todo y la plaza me pareció una cerámica rota contra la piedra, desgarrada ante la luna, que también acabó titilando ante mis ojos.

—¿Sigues ahí, muchacha? —gritó el borracho.

No le contesté. Le retiré la mirada con violencia y aspiré el humo más y más aprisa, sin saber muy bien hacia dónde debía dirigirme. Escuché los tacones de mis manoletas, que, otra vez desde la inconsciencia, iniciaron su andar hacia la Rúa das Hortas.

—¡Cállate, borracho!

Miré hacia la ventana de Fernando y ahí lo vi, encarándose al desconocido que había ultrajado a sus musas hasta asustarlas.

—¡Si vuelves a gritar así, bajo y te mato!

—¿Me estás amenazando? ¿Tú? ¿Quién eres tú?

—¡Lárgate y deja dormir a los vecinos! —le contestó Fernando.

—¿Tú no duermes o qué? ¿Eres sereno? —espetó displicente.

—Sereno de tus borracheras. O te largas o llamo a la policía.

—Ya me marchó, ya... Si es lo que quieres...

Las últimas rimas se fueron desvaneciendo al ritmo de sus pasos hasta perderse en la inmensidad de sus propias tinieblas. Fernando cerró la ventana y los cristales tronaron contra el cazamariposas.

Al enfilarse hacia Hortas, temí chocarme de bruces con él. Sabía perfectamente dónde estaba. Carraspeé varias veces para que mi presencia no le pillara de sopetón. Timoteo contestó con otro carraspeo que congeló mis pasos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Mariana, soy Mariana —contesté absurdamente, como si fuera a reconocerme, como si él también tuviera que saberlo todo de mí.

De repente, el viejo salió de su escondrijo. Llevaba el cazamariposas en la mano derecha. Me ofreció su izquierda con una cortesía que no cuadraba con mi patrón imaginario.

—Me llamo Timoteo —dijo.

—Mariana —volví a contestar.

—Vaya lío montó ese borracho, ¿eh?

—Sí, consiguió asustarme.

—No son horas para una mocita. Corre, vuelve a casa. Tu padre te está esperando.

La oscuridad devoró a Timoteo y, con él, todos los espíritus alborotados retornaron a sus pedestales. Volvió el silencio a Obradoiro y los espejos de los charcos recompusieron la Catedral y sus torres. Mi corazón recuperó el pulso, y quise fumar y fumar para ahogar la emoción o lo que fuera esa extraña sensación que me invadió de principio a fin y empapó mi cuerpo de lágrimas. Supongo que lloraba por la impresión del encuentro, por la inquietud de su aseveración cierta como la vida misma. Cuando entré en casa, mi padre se había quedado dormido sobre la mesa de la cocina.

Apenas habían transcurrido unas horas, me desperté aturdida por el sonido de la radio. ¿Había estado encendida toda la noche? Oí las zapatillas de mi padre arrastrándose por el pasillo hasta mi habitación. Tocó con los nudillos en la puerta, pero no me apetecía contestar. Seguía impactada por el encuentro con Timoteo.

—¿Mariana? —preguntó—. ¿Estás despierta? ¿Estás bien?

Parecía preocupado. No contesté.

—Mariana, voy a entrar —dijo entonces.

Me hice la dormida mientras él descorría las sábanas hasta descubrirme allí, acurrucada, con los ojos entreabiertos.

—¿Qué pasa? —le pregunté, simulando la voz de quien se acaba de despertar.

—Hija, es hora de levantarte. ¿No piensas ir al colegio?

—No sé si me encuentro muy bien —dije tocándome la frente.

—Ya estamos otra vez con la misma cantinela. No tienes fiebre, Mariana. Creo que ya es hora de que empieces a tomarte en serio los estudios. Perderás demasiados días y ya sabes que, si no apruebas, no podrás empezar la universidad y, mucho menos, hacer prácticas en el periódico.

—Me duele la cabeza —balbuceé.

—Haz lo que quieras —dijo entonces.

Cuando mis oídos perdieron la estela sonora que dejan los cuerpos al irse, decidí destaparme del todo, guardar unos minutos de reposo observando las grietas del techo y poner los pies en la alfombra. Me acerqué a la ventana y comprobé que chispeaba. El día había amanecido gris. Avelino estaba abriendo el cierre de su «Papelería y artículos para el colegio». Así rezaba el toldo renegrido del establecimiento. El hombre tenía la manía de abrir antes que el resto porque, según decía, su clientela madrugaba. A eso de las nueve

menos diez minutos de cada mañana del año, salvo los festivos escolares y las fiestas de guardar, Avelino se trajeaba con la pana marrón, se colocaba las lentes de carey, importadas de la Rusia comunista, y voceaba su mercancía:

—¡Cuadernos, bolis de colores, lapiceros, sacapuntas y gomas Milán! A buen precio, chaval.

Si se terciaba, los chavales paraban y hacían acopio de utensilios varios para el aula. Avelino los despedía en el escalón del comercio, deseándoles buen día y enviando recuerdos afectuosos para la familia.

Avelino era cursi. Cursi y redicho. Cualquiera que lo conociera podría atestiguar que lo que digo es rigurosamente cierto. Tenía enmarcado un mohúr heredado, según su leyenda, de un antepasado que se enroló en la armada inglesa.

—Esa moneda, jovencito, equivalía a quince rupias de plata —decía encorvando las cejas hacia arriba.

El jovencito de turno volvía la cabeza para no escuchar la misma historia de siempre.

—Sí, don Avelino, que ya lo sé, que se la dio un pariente suyo que se alistó en las filas británicas.

Desde la ventana de mi habitación tenía una panorámica casi perfecta del mapa de nuestra calle y de nuestros vecinos. A decir verdad, conocer lo que se dice conocer, solo conocía medianamente bien a Nicomedes. De cuando en cuando, mi padre y yo le llevábamos bolsas de ropa aún servible, que el viejo agradecía como si fuera un tesoro. Luego, de vuelta a casa, padre solía decirme que le recordaba al abuelo Ramón. Entonces yo me acordaba de los episodios en el campo y no le encontraba gran parecido, pero eso no se lo decía.

Fue en esta época preuniversitaria cuando empecé a tomar conciencia de dónde residía, de quiénes eran mis compañeros de butaca y de que mi camión de algodón cardado me picaba entre las piernas. Cualquier acontecimiento que acaeciera en el vecindario se colaba en nuestra familia como un drama central. Y eso que ni mi padre ni yo solíamos maquillar los sucesos con lágrimas o, en su defecto, salir a la calle a acompañar el llanto

ajeno. Hasta la muerte de Nicomedes. Ese día sí que lloramos lo nuestro. Yo tuve la desdicha de anunciársela a mi padre y, tras él, al resto de la barriada. El hallazgo en sí no tuvo nada de particular. Es más, si no hubiera sido porque yo andaba ensimismada en el pensamiento de Timoteo, apoyada en la ventana de mi habitación, concentrándome para superar el acontecimiento nocturno que seguía trayéndome por la calle de la amargura, no habría descubierto el cadáver de Nicomedes balanceándose en su mecedora de mimbre, atento a la televisión encendida. Normalmente, si el viejo se percataba de mi presencia, solía mover la mano derecha o la izquierda, dependiendo del día, para saludarme. Aquella mañana, Nicomedes se columpiaba al ritmo del aire que entraba por el ventanal, abierto de par en par desde vaya usted a saber cuándo. Sus ojos estaban igual de abiertos, pero no había columpio en sus pestañas. Las pupilas se habían quedado fijas en el horizonte de colores del televisor y su mano derecha o la izquierda, dependiendo del día, no hizo gesto alguno para devolverme el cumplido que yo le enviaba desde mi ventana.

—Don Nicomedes, ¡ya no me dice nada! —le grité.

Don Nicomedes no estaba ni para gritos ni para susurros. Era un cacho de carne adormecido por la muerte. Unas horas después supimos que le sobrevino un infarto de miocardio. Haciendo cábalas con los recuerdos llegué a la conclusión de que yo fui la última persona de este mundo que lo vio con vida. Es más, yo traté de evitar su mirada para que no pudiera delatarme en mi escapada nocturna. Me maldije una y mil veces por no detenerme un minuto con él, por no arrancarle un saludo.

Mi padre estaba a punto de marcharse al periódico cuando di la voz de alarma. Presa de un ataque de pánico, grité:

—¡Está muerto! Papá, Nicomedes está muerto.

Mi padre corrió por el pasillo hasta mi dormitorio. Juntos comprobamos que no se movía, que no parpadeaba, que sus manos no hacían movimiento alguno ante nuestra evidente presencia.

—¡Nicomedes, despierte, hombre!

Gritar de ventana a ventana era una tradición que solo practicábamos con él y nunca imaginamos que acabaríamos gritando a un muerto.

Enseguida mi padre tomó decisiones. Desde el teléfono de la cocina marcó el número de Emergencias municipal. Después, llamó a nuestro médico de cabecera y, acto seguido, cogió las llaves del piso de Nicomedes y enfiló las escaleras. A mí me dio miedo seguirle, así que me quedé en mi habitación, espiando a Nicomedes y a mi padre. Entró en el salón casi de puntillas, con miedo a despertarlo, se acercó a la mecedora y le tomó el pulso. Cuando comprobó que la vida no corría por sus venas, le cogió la mano y la besó. No sé si lloró porque la imagen me impactó tanto que me escondí tras las cortinas para no seguir mirando. Era la segunda muerte de mi vida. Las dos, a ras de mis ojos.

La mañana transcurrió como era esperado. No fui al colegio y la calle se inundó de curiosos. Nuestro médico de cabecera confirmó lo que ya sabíamos y, una vez que el juez ordenó el levantamiento del cadáver, mi padre llamó a la funeraria para que desalojara a Nicomedes de su mecedora de mimbre.

Las vecinas se acercaban al salón con la curiosidad prendida del olfato.

—Se murió, sí... Tranquilito, no sufrió —les decía mi padre.

Sin comérselo ni bebérselo, se convirtió en una especie de hijo prestado para la ocasión, que recibía los pésames sinceros de todos los que convivieron con Nicomedes décadas enteras de guerras, de posguerras, de jefes de Estado impuestos y presidentes elegidos. Décadas de tristezas almidonadas con el calor del felpudo y alegrías contaditas con los dedos. A Nicomedes nunca se le conoció mujer alguna, de tal forma que no tuvo descendencia, pero, de repente, mi padre recordó a dos hermanas que vivían en Ferrol, antes del Caudillo, y que debían ser informadas del fallecimiento de su único hermano, Nicomedes Valverde Ronzal. Cuando el gentío se hubo santiguado ante el cuerpo del difunto y mientras la funeraria llegaba al escenario del suceso, mi padre aprovechó para buscar el teléfono de alguna de las señoras entre los papeles amarillentos que Nicomedes guardaba en los cajones de la cómoda del salón. Se sintió extraño abriendo y cerrando sobres, agendas, libretas y cajas de diferentes tamaños que contenían todo tipo de enseres. Desde sellos de diferentes épocas, hasta remites de cartas recortados a cuchilla del sobre original, pasando por una dentadura postiza del siglo pasado en cuya carilla superior interna, Nicomedes, presumiblemente, había escrito: *Mamá*. Mi padre estuvo horas revisando fotografías en blanco y

negro de la época en que Nicomedes había vivido a caballo entre Burgos y Santiago de Compostela. Por fin puso cara a la dueña de los dientes en una instantánea de la fábrica de seda de Burgos. A boli, Nicomedes había redondeado la cara de su madre y, por detrás, había escrito: *Mamá, 1937*. En el mismo paquete de fotos, conservaba una suya vestido de primera comunión con el traje gris, la corbata y la camisa blanca, los guantecitos de hilo del mismo color y el crucifijo sobre el pecho. También había una portada de *El Coyote* y una instantánea de Azaña llegando a París en febrero del 39, meses antes de que el Generalísimo anunciara que la guerra había terminado. Podía interpretarse como uno quisiera, porque tanto podía alegrarse del exilio forzoso que lamentarlo. Ciertamente, de la ideología de Nicomedes nunca supimos. Si era de derechas o de izquierdas, o muy de derechas o muy de izquierdas, lo guardaba para su mollera. No hablaba de política y no se le vio mover músculo alguno cuando tuvieron lugar los sucesos más trascendentes de este país. Solo una vez, y como rumiando cada sílaba, dijo:

—Vivimos de las sobras, del pan negro de cada día. Anda y que les den morcilla perrera.

A los políticos, claro.

La verdad es que, hasta el momento de su muerte, desconocíamos casi todo de aquel vejete que se había dejado mimar por mi padre y que había hecho de mí la nieta que nunca tuvo. Pensándolo bien, ni él ni nosotros habíamos buceado lo suficiente en nuestras respectivas vidas. Hacíamos deducciones lógicas de su pasado, pero nunca habíamos asistido a una confesión de mesa camilla y brasero. A lo sumo llegamos a saber que Nicomedes había quedado huérfano de madre siendo un niño de apenas dos años. Lo crió su abuela Tomasina, mientras su padre, un juerguista de cuidado, se alistó en el ejército y no volvió a dar señales de vida. Nicomedes no conservó ni un trozo de muela de su progenitor, a la sazón Juan Carlos Valverde Rodríguez, según averiguó mi padre en la partida de nacimiento del hijo. Las hermanas mayores se fueron dispersando de su geografía humana al tiempo que él creció y se instaló en Santiago de Compostela. Yo siempre lo he recordado ocioso, así que no sé qué hizo en su vida. Mi padre siempre decía que vivía de las rentas.

La funeraria llegó pasadas las doce y media de la mañana. Desde mi escondite tras las cortinas vi cómo partieron de un hachazo las piernas de Nicomedes. De tantas horas como llevaba muerto, se había quedado rígido y no había manera de meterlo en el ataúd. Lo mismo hicieron con la cadera, que se había disecado con la forma de la mecedora de mimbre. Cuando el cuerpo quedó bien recto, lo cubrieron con un sudario blanco y lo colocaron en la caja de pino. Mi padre le metió los dientes de su madre en un bolsillo del pantalón. Y la fotito de Burgos, doblada en cuatro pliegues, en el otro.

El bloque entero se paralizó durante las maniobras de bajada del féretro. El coche de la funeraria había bloqueado la calle y la gente, en vez de pasar en fila por los huecos que quedaban libres, esperaba a ver la caja del muerto. Se formó una buena. Aquello parecía una procesión con el paso mortuorio de don Nicomedes Valverde Ronzal a la cabeza. En los días de su vida imaginó semejante despedida multitudinaria.

Las hermanas de Nicomedes llegaron entrada la tarde. Como la puerta de la casa estaba abierta, se limitaron a decir:

—¿Se puede?

—Sí, claro —contestó mi padre, que no se había movido ni un minuto del piso del difunto.

—¿Usted es? —preguntó la mujer mayor.

—Soy vecino de Nicomedes. Usted debe ser su hermana.

—Así es. Somos sus hermanas. Verá, no hemos podido llegar antes porque el autobús de línea se estropeó varias veces. Y, díganos, ¿mi hermano ya... partió?

—Sí. Su hermano salió hacia el depósito municipal pasadas las doce del mediodía. Me encargué de contratar el féretro, pero ustedes tienen que decidir dónde le darán sepultura.

—Entiendo —dijo, nuevamente, la mujer mayor.

La otra, la que parecía más joven, no había abierto la boca. Llevaba unas gafas oscuras y una especie de boina de lana gris.

—Usted —señaló mi padre acercándose a ella— debe ser la otra hermana de Nicomedes.

—Así es —volvió a contestar la mujer mayor—. Es su gemela Martina. Es ciega y oye mal. No se esfuerce demasiado. Ni le oye ni le ve.

Mi padre alargó la mano hasta tocar la de Martina. La mujer pareció ruborizarse al tacto porque dio un pequeño respingo hacia atrás.

—Martina, es el vecino de Nicomedes. Ven, anda, siéntate aquí mientras yo arreglo lo de nuestro hermano.

La mujer mayor dirigió a la ciega hasta la mecedora de mimbre de Nicomedes.

—Ahí mismo murió su hermano —dijo mi padre.

—¿Qué quiere decir? ¿Ha muerto en casa?

—Lo encontró mi hija esta mañana. Estaba exactamente ahí, donde acaba de tomar asiento su hermana Martina. Según los médicos, murió anoche, sin hora precisa, así que el juez ha ordenado que se disponga el día de hoy como fecha del fallecimiento.

—¿Saben de qué?

—¿De qué? —repitió mi padre.

—Sí, de qué murió.

—Crean que fue un infarto. Se le paró el corazón, ¿entiende? Su hermano era una excelente persona. Magnífico.

Poco más se dijeron. A los diez minutos contados, mi padre cerró para siempre la puerta de la casa de Nicomedes e hizo entrega de las llaves a la mayor. Era, sin duda, la más diligente. No en vano, había sido la que se hizo cargo de los dos hermanos pequeños siendo todavía una niña. Ignorábamos que Nicomedes tuviera una hermana gemela. Y más, que fuera ciega y casi sorda. Nos quedamos con la duda de si siempre lo fue o le sobrevino ya madura, habiendo conocido los placeres de los sentidos. Antes de marcharse de vuelta a Ferrol, colgaron del balcón un cartel anunciando la venta del piso. Debajo del consabido *Se vende* escribieron un teléfono al que llamé para saber cuánto pedían.

—Cuatro millones —me contestó el vendedor de la agencia inmobiliaria—. Tres habitaciones, parqué, cocina, baño, aseo y calefacción individual. Parece usted joven, así que vaya al banco con su marido. Seguro que se lo financian con una entrega inicial de seiscientas mil pesetas y doce mensualidades de cincuenta mil. El resto podrá aplazarlo.

No seguí hablando. Colgué asustada. La buena de la hermana iba a hacerse rica con la muerte de Nicomedes.

Esa noche no pude dormir bien. Soñé con extrañas mujeres vestidas de negro y duendes que se asustaban al toparse de bruces con la Santa Compañía, que les esperaba en la esquina de Preguntoiro. En mi imaginación, el ángel triste me miraba de frente y desprendía un aliento a incienso que se mezclaba con la humedad de la calle. Cuando intentaba huir del cruce de calles, aparecía Nicomedes cubierto con una túnica blanca como la que vi que le colocaban los de la funeraria encima de los pantalones. Iba de la mano de mi vecina del segundo. Su mirada era blanca y en su cuello colgaba un diente de ciervo. Parecía adormilada, como si no supiera quién y adónde la estaban llevando. Yo intentaba hablar con ella, pero, como siempre, se escabullía bajo los faldones del difunto.

—Déjala, niña —decía Nicomedes en mi sueño—. ¿No ves que no quiere hablarte? Deja que viva como quiera... Que los palos duelen más a quien los oye que a quien los recibe.

La chica del segundo no decía nada. Ni siquiera reprochaba las palabras de Nicomedes.

—¿Cómo va a ser así, Nicomedes? —le preguntaba yo—. Los palos le duelen a ella, no a ti, ni a mí.

—Déjala, niña —volvía a repetir.

De repente, los dos se elevaron de la mano y se perdieron entre las sombras espesas de las cruces que remataban las iglesias de Santiago de Compostela. Se esfumaron en la inmensidad del reino, como si la piedra fuera un espejismo que se pudiera atravesar con solo tocarla.

Después de aquella noche de pesadillas y delirios inconscientes, de tormentas de mil colores y lluvias incesantes, el amanecer resultó claro y hermoso. Aún no me había acostumbrado a las persianas bajadas del salón de Nicomedes ni a la ausencia de su perfil. Había salido el sol. Sí, parecía un milagro. La ciudad jugaba a brillar y a reflejarse. Sudaban los musgos de San Clemente, y la Alameda parecía más verde. Rosalía se recalentaba en su mirador glorioso, donde parecía querer llorar sin llorar, con el privilegio de la memoria sostenido en su mano derecha. La Catedral parecía inmensa, inalcanzable, más aún que en los días de nubes que se enzarzaban en juegos de malabares hasta tocar las torres y descargar sobre ellas miles de pensamientos. A Timoteo le gustaría estar ahí arriba.

La casa aullaba de silencio. Mi padre entraba más pronto ese día, de tal forma que estaba sola, que podía incluso volver a faltar a clase. Pero no lo hice: abrí la ventana para que los rayos de sol calentaran la madera y me preparé un café con leche. Encendí un cigarrillo y, mientras la leche hervía en el cazo, la nicotina obró su milagro.

Me sentí bien. Me sentí con ganas de volver al colegio y enfrentarme a la cruda realidad.

Cuando salí a la calle, una comitiva de cuatro o cinco señores bien trajeados y peinados con la raya a la derecha bajaban a paso ligero por nuestra calle. Tras ellos, me pareció ver a la hermana de Nicomedes, a la mayor, la que, a buen seguro, se había arrogado el papel de albacea. Me entretuve en el buzón hasta que confirmé mis sospechas. La comitiva de hombres bien peinados señalaba con el dedo el ventanal de la vivienda. Uno de ellos hacía anotaciones en un cuaderno. Después, abrieron el portal y los perdí de vista en el umbral de las escaleras. Pensé que alguno de ellos acabaría ocupando el sitio de la mecedora de mimbre y que, seguramente, no

volvería a descorrer las cortinas con tan poco disimulo como hacía Nicomedes. A fin de cuentas, a nadie en su sano juicio le gustaría sentirse observado por los vecinos de enfrente.

Saludé a Avelino sin demasiada ceremonia y enfilé Xelmírez. El camino hasta el colegio se me hizo más corto que otros días. Con un sol tan radiante, parecía mentira que la plaza hubiera estado empapada, que la piedra llorara y se desahogara por sus gárgolas. O que yo misma me hubiera calado huyendo del borracho, descubriendo a Fernando y estrechando la mano a Timoteo.

Crucé la plaza y, al llegar a Hortas, sentí un pinchazo en medio del pecho, justo donde descansa el corazón. Una ambulancia estaba parada frente a la vivienda de doña Rosa, a saber ubicación precisa del semisótano, guarida de Timoteo y los demás. Me pudo la curiosidad. Me quedé esperando el desenlace, adoptando el mismo papel de curiosa que había censurado en los vecinos que ocuparon nuestra calle cuando la funeraria se llevó a Nicomedes. Se me estaba echando el tiempo encima, pero bien lo merecía el fortuito acontecimiento. La emoción quedó rota cuando un agente de la policía local nos desalojó y colocó una cinta, a modo de cordón de seguridad.

—Váyanse, señores. No ha ocurrido nada. Hubo una pequeña explosión de gas butano sin consecuencias graves. ¡Desalojen!

Si no quería meterme en líos, debía hacer caso al policía. Antes de irme, me acerqué a él y le pregunté:

—Señor agente, ¿hay muertos?

—¿Muertos? No diga tonterías, por favor.

Me sentí muy ridícula.

Cuando llegué al colegio, el timbre que anunciaba el cierre de las puertas estaba sonando.

—Llegas por los pelos, Mariana.

Jorge entraba justo detrás de mí.

—¡Vamos! Llegamos tarde.

—¡Qué sorpresa, Jorge!

—He estado enfermo varios días. Pensé que vendrías a verme.

—¡Vaya! Lo mismo he pensado yo. Llevo más de una semana sin venir a clase.

Jorge no contestó. Yo tampoco hice demasiados esfuerzos por mantener la conversación. En clase de Historia del Arte me pasó una nota.

*¿Tomamos un café a la salida? Podemos ir a mi casa. Estoy solo hasta tarde.*

Sentí un latigazo en el estómago. Le devolví la misma nota escrita por detrás.

*Sí.*

Anduvimos casi sin hablar hasta su casa. Estaba en la zona nueva de la ciudad, una especie de añadido de calles y plazas en las que habían crecido como setas locales modernos y pisos. Jorge y su madre vivían en el cuarto. Cuarto izquierda. Las vistas solo permitían intuir la monumentalidad de la ciudad. Podíamos estar en Madrid o en Lugo. Que lo mismo daba.

—Necesito los apuntes de la semana pasada. A este paso voy a suspender todas las asignaturas.

—Ya buscaremos quien nos los deje. Yo también los necesito. Pero cuéntame, ¿cómo te va? ¿Qué haces? ¿Qué has hecho?

Jorge estaba haciendo café para los dos.

—Ya te dije que he estado enferma. He pasado unos días en la cama. Se murió Nicomedes, ¿sabes?

—No me digas... ¿Por qué no me avisaste? Me habría gustado despedirlo.

—No hubo despedida. Se lo llevó la funeraria y no hemos sabido siquiera dónde lo han enterrado. Sus hermanas han puesto la casa en venta. Es probable que cualquier día se instalen nuestros nuevos vecinos.

Funerales. Funerales. Despedidas. No hubo despedidas.

—Quería decirte algo, Mariana. Llevo semanas aguantando las ganas. Creo que es lo que me ha costado la enfermedad.

—No me asustes, Jorge. Yo tampoco gano para disgustos.

—No te afecta. Me afecta a mí.

—Venga, di. Rápido. Me tienes en un sinvivir.

Jorge sintió el nudo de la infancia en la garganta. Un hormigueo extraño recorrió sus labios hasta las venas del cuello, inflamadas de tensión. Removió el café y chupó la cucharilla antes de empezar a hablar. Y dijo:

—Matilde no es mi madre.

De sus ojos empezaron a brotar lágrimas cargadas de soledad. Mirándole fijamente comprendí que no tenía nada más que decir. Pero añadió:

—Y ahora no sé quién es mi madre.

El reloj de la cocina se paró y el café se quedó a medias.

Me habría gustado abrazar a Jorge con todas mis fuerzas. Y, si no, salir corriendo de allí. Pero me quedé inmóvil a su lado. Nunca damos el abrazo a tiempo. Nunca nos besamos cuando más lo necesitamos. Nos pasamos media vida ensayando, y el día del estreno, nos paralizan las luces y el patio de butacas a rebotar. Al final, lo que rebosan son las soledades. Y las ausencias que nos persiguen toda la vida como los fantasmas que en mi sueño se deslizaban con faldones blancos, casi transparentes. Traté de romper el silencio que Jorge había empezado a construir. Rebobiné hasta mi 23 de diciembre y recuperé el curso de su mirada. Jorge se había quedado desierto en medio del desierto. Yermo. Agotado. Y muy solo.

—Yo tampoco tengo madre.

¡Qué absurdo mi comentario! Jorge ya sabía que yo no tenía madre. Asistió a su defunción. ¡Qué torpe la apreciación! Jorge sí tenía madre. Pero no sabía dónde estaba. Y así lo dijo, entre suspiros ahogados, entre las mismas lágrimas que no le dejaban enfocar más allá de la taza de café, la cafetera de acero inoxidable y el azucarero sin tapa.

—Yo sí tengo madre, Mariana. Pero no sé dónde está.

Imaginé a Matilde como una impostora que había robado a Jorge de un canastillo de faldones azules o de la cuna de un hospital. Sentí hacia ella un odio inmenso e inclasificable. También me asaltó la duda de si mi madre había sido cómplice de aquella adopción, si sabía que Jorge no se hizo en el vientre de Matilde, si pensaba contármelo alguna vez...

—Y quieres que vayamos a buscarla, ¿verdad?

Jorge ya no contestó. Estuvimos mucho rato sin decir nada, sin cruzar palabra alguna en aquella cocina que se fue oscureciendo por minutos, casi tanto como nosotros.

—Te ayudo a buscar a tu madre, Jorge. Aquí me tienes —dije de repente—. ¡Mírame! Vamos a buscarla donde haga falta. A lo mejor tenemos que salir de Santiago. ¡Pues saldremos! No se nos va a poner nada por delante. Te aseguro que encontraremos a tu madre y podrás darle un abrazo y explicarle por qué habéis estado separados tanto tiempo. Seguramente Matilde sepa dónde está. Ella debió de hablar con tu madre de verdad. ¡No iba a cogerte de cualquier manera! ¿Se lo has preguntado? ¿Sabe dónde vive tu madre? ¿Por qué te lo ha contado ahora? ¡Qué sandez!

Estaba poniendo palabras a mi incomprensible odio hacia Matilde. Jorge parecía no escucharme. Yo tampoco tenía la completa seguridad de estar actuando correctamente. Ignoraba si Jorge quería buscar a su madre o, sencillamente, quería seguir viviendo con Matilde. A fin de cuentas, llevaban juntos dieciocho años. No había motivo aparente para cargar la iras contra ella, tal y como dijo Jorge con renovada lucidez.

—Fue mi madre quien me abandonó, Mariana. Matilde no me raptó de ningún carrito de bebé. No. Fue mi madre, dondequiera que ahora esté, la que decidió que no quería que fuera su hijo. Eso es lo que pasó. Yo tenía diez meses, Mariana. ¡Diez meses! ¿Lo puedes entender? Yo solo era un bebé. Un miserable niño que estorbaba en casa de mi madre, de mi verdadera madre. No me quiso. Me dio en adopción. ¿Lo ves más claro?

—Con absoluta nitidez, Jorge.

El silencio volvió a imponerse sobre el hule. Busqué un cigarrillo en la mochila y lo encendí. Aspiré el humo y lo lancé hacia el techo. Sorbí el poco café que quedaba en la taza y asistí, impávida, a una ceremonia improvisada de cruce de pensamientos que, a toda velocidad, se iban hilvanando hasta confeccionar una tela de araña de difícil desgarrar. Yo misma me estaba confeccionando una carcasa que me protegiera de Jorge y del dolor de Jorge. Me estaba sintiendo egoísta. Tan ruin y avariciosa como lo fueron conmigo aquellos que hablaban de sus Navidades abundantes y sus árboles iluminados en Nochebuena. ¿Sería entonces que ellos se estaban protegiendo de mi miseria? ¡Qué bobadas, Mariana! Me recriminaba mis propias conclusiones por disparatadas. Claro que pensaba ayudar a Jorge. Buscaríamos a su madre hasta el fin de los confines. Allí donde hubiera una huella, allí iríamos a buscarla. No me quedaba duda alguna de que acabaríamos encontrándola.

—Acabaremos encontrándola, Jorge. La puerta se abrió y Matilde se presentó ante nosotros como un fantasma con el pelo cardado, gabardina verdosa y zapatos de tacón cuadrado. Me saludó afectuosa. Sin duda se alegraba de verme.

—¿Cómo está tu padre? Hace tiempo que no lo veo ni sé de él.

Le dije que estaba bien, que el periódico le quitaba la mayor parte del tiempo y que nos veíamos un rato por las mañanas y por las noches.

—Lo llamaré un día —contestó ella—. ¿Cómo fue en el colegio, Jorge?

Su pregunta llegó acompañada de un beso en la frente. Sin quitarse el abrigo, recogió las tazas de la mesa y las dejó en el fregadero. Jorge no tenía ganas de seguir hablando, así que me hizo una seña para que nos fuéramos a su habitación. Matilde se quedó sola en la cocina, con las manos bajo el chorro de agua, que se quedó helada para siempre.

Vagar por la ciudad sin buscar nada en concreto siempre me había parecido uno de los placeres más reconfortantes. Vagar contemplando las fachadas almidonadas por las piedras o a los anónimos ciudadanos con los que compartía un pedazo de cielo. Vagar, al final, para apaciguar las penas que contaba a montones y que, paseándolas, parecía que se evaporaban. A veces solo se aligeraban. Vagar sola en soledad entre las soledades de los demás. Aquel día la de Jorge iba cosida en el cuello de mi abrigo y, de cuando en cuando, la acariciaba con la mano o le susurraba cantinelas aprendidas en mi proceso autodidacta de reconstrucción de la nada. Entonces, mi nada. La vida se acaba domando a base de mucho vagar. Y en eso estaba, vagando, cuando las luces de las farolas municipales iluminaron mis pies y los pies ajenos y tantos pies como cantos alfombran las calles de Compostela. Entre tanta suela y cordón suelto, quiso la mirada posarse sobre unas botas de colores que, a dos pasos de mis pasos, andaban hacia un lugar desconocido. Las botas se dejaban acariciar por unos dobladillos anchos de unos pantalones de rayas en tonos azules, que vestía un cuerpo menudo, que sostenía en su mano derecha un maletín rojo, que pertenecía a un desconocido de pelos alborotados y bombín de terciopelo. Aligeré para ver de quién era aquella fachada posterior. Me adelanté unos metros y me di la vuelta esperando encontrar a un perfecto desconocido. Pero no fue así. Conocía a aquel ser que arrastraba unas botas de colores por las calles de Santiago y portaba un maletín brillante.

Se llamaba Urbano.

Y era mago.

Llegamos a la plaza de la Quintana. La gente se arremolinaba en torno a los gigantes y zancudos que agitaban sedas al aire. En aquella plaza, una de mis preferidas, hubo una vez un cementerio. Había escuchado que tenía un amplio espacio reservado para los nichos de los niños que las monjas parían

clandestinamente en el convento de San Paio de Antealtares. Los enterraban de noche sin más testigos que las ánimas que merodeaban las faldas de las mujeres. Nunca supe si aquello era verdad, leyenda o mala leche.

Lo que más me gustaba de la Quintana era sentarme en la escalinata y mirar la placa de piedra en honor al Batallón Literario que organizaron los estudiantes para guerrear contra las tropas napoleónicas, y las ventanucas con rejas en cuadrícula del convento. Había leído en *El Correo* que allí vivían treinta y tantas monjas de clausura. Se dedicaban a cultivar los rezos y los cantos gregorianos. La noticia contaba que había médicas, historiadoras y maestras, que un día decidieron convertirse en siervas de Dios. Ahora ya no, pero antiguamente algunas mujeres ingresaban en la orden por obligación. La archivera sor Mercedes Buján había rescatado del olvido las historias de muchas de ellas. Le dio forma de libro y lo llamó *Informaciones de las monjas que habitaron en el Monasterio de San Paio de Antealtares de Santiago de Compostela desde 1499 a 1899*. Quinientos años de silencio interrumpidos de cuando en cuando por los avatares que sucedían detrás de la imponente fachada. Sor Mercedes recordaba a doña María de Castro y López Escudero, muerta en mayo de 1833 al intentar huir con un paje de San Martín. Se descolgó por una ventana, la cuerda se rompió y la religiosa cayó contra la fría piedra. Según los papeles rescatados por la archivera, el bueno del paje huyó y doña María se quedó allí, esperando la llegada del alba para recibir sepultura.

Aquel día no podía conceder ni un segundo a la historia. Si improvisadamente había decidido seguir a Urbano, debía continuar mi camino.

Con disimulo, volví a esperar a que me adelantara y, acto seguido, empecé a andar sobre sus pasos. Allí donde sus botas dejaban huella, también lo hacían mis zapatos. Allí donde él reconducía su dirección, la mía la imitaba. Allí donde Urbano Castillo Castaño hacía un quiebro, yo lo repetía idénticamente. Allí donde él quisiera llevarme, iría yo.

Las campanas de la Berenguela sonaron a nuestro paso. El reloj de la torre marcaba las nueve y quince minutos de la noche cuando algo extraordinario ocurrió en Compostela. Un grito pavoroso recorrió las calles y las plazas, y se empotró en todos los rincones. Se empapó en las fuentes y se emborrachó en las tabernas. Me tapé los oídos para soportar la potencia de aquel grito que no era uno cualquiera. Era un grito fiero, inhumano. Un grito con acento de mujer, que llegó hasta el altar mayor y, reclinado ante el Apóstol, pidió perdón por parir.

Nueve y quince minutos de la noche.

Las entrañas de una madre se rompieron y el vientre quedó vacío, sin las curvas que da la preñez. Una niña, que se llamaría Flavia, se había precipitado al mundo sin saber que el mundo todavía no la esperaba. La sangre se vertió a caudales por el parqué. Las telas de los cortinones del salón se empaparon y la niña quedó atrapada en un visillo hasta que la madre recuperó el habla, descolgó el teléfono e hizo el anuncio:

—Acabo de parir. Es una niña. Y se va a llamar Flavia.

Nadie parecía haberlo escuchado. Tampoco Urbano, que siguió su camino hasta la plaza de San Martiño, donde dos enamorados se besaban en los labios. Un matrimonio entrado en años bajaba la escalinata de la monumental iglesia y una mujer con calcetines negros, zapatos de suela de goma y mandil de cuadros azul se dirigía a la pulpería de don Juan Antonio Mesejo Rey.

Como si nada hubiera pasado.

La vida seguía su plácido curso.

El mago aminoró el paso. Parecía que algo le preocupaba. Abrió su maletín, sacó una caja de pastillas de regaliz negro y un pañuelo. Se secó el sudor de la frente y siguió caminando. No había duda: iba de función. En una esquina de la plaza estaba la sala de magia donde Urbano había sido contratado. Si entraba con él debía quedarme al espectáculo. Miré el reloj. Faltaban veinte minutos para las diez de la noche. Sin pensarlo demasiado, decidí seguirlo hasta el final. A fin de cuentas, ese había sido el plan inicial.

La sala estaba completamente vacía. Al fondo había una barra de madera. Encima, una jaula con un loro que repetía:

—Buenas noches, Urbano. El mago que esconde la flor en la mano. Buenas noches, Urbano. El mago que esconde la flor en la mano. Buenas noches, Urbano....

—Calla, ya. Bicho feo.

Una mujer gorda como solo pensé que podía serlo doña Juana, la patrona de las telas de cortinas y manteles con bordados de la tienda de la plaza de Cervantes, colocó un terciopelo rojo sobre la jaula y el loro se cayó al instante.

—Así estás mejor. ¡Calladito, eh!

Me senté en uno de los taburetes y encendí un cigarrillo.

—La función no empieza hasta las once —dijo la mujer dirigiéndose a mí.

—¿Están cerrados?

—No, puedes pedir lo que se te antoje.

—Un batido de vainilla, por favor.

Me sentí ridícula pidiendo un batido de vainilla a esas horas, en ese lugar donde, indudablemente, debían servir cervezas, licores y combinados de alta graduación.

—No tenemos eso, nena. ¿Quieres un refresco?

—Tomaré agua con gas.

—Agua con gas. Agua con gas —repitió la mujer gorda.

Sacó una copa de debajo del mostrador, puso hielos y abrió una botella de agua con gas. Me la sirvió con cierta desgana, como si no fuera con ella el oficio de servir en la barra.

—Pues me pillas de casualidad, ¿sabes? Hoy se puso de parto la Lupe y he tenido que salir yo, ¿entiendes? Conocerás a la Lupe, digo yo.

—No tengo el gusto, señora —contesté.

En ese momento fui incapaz de asociar a nuestra vecina con esa tal Lupe de la que me estaban hablando.

—La Lupe se lleva de calle a la clientela, ¿sabes? Antes de quedarse preñada, tenía un cuerpecito de dulce, pero el bárbaro de su marido le hizo un hijo, una hija para ser más exactos, y se jodió el invento. Los clientes ya no quisieron saber más de ella. La pobre estuvo viniendo hasta hoy, que se ha puesto de parto. Esperaba la niña para dentro de unos meses, pero ya ves, la

naturaleza es caprichosa. A lo mejor le ha provocado el parto la bestia del marido. Le mete unas palizas que no veas. Aquí ha venido a trabajar con los ojos amoratados y hasta con el labio roto. No tiene vergüenza. Si yo lo pillo, lo reviento. Y, dime, hija, ¿qué te trae por aquí?

—Salí de misa ahora y me apeteció tomar algo.

—Vaya. Aquí no entran fieles, ¿sabes? Solo gente de mal vivir. Casados, aburridos y así. Tenemos fama de discretos. La función de magia es purita fachada.

—Urbano, Urbano, el mago que esconde la flor en la mano. ¡Urbano, Urbano!

—¿Será posible que no calla? ¡Cállate, *Lolo*, o te saco a la calle! Urbano es nuestro mago. ¿Ha oído hablar de su función? Aquí podemos presumir de tener a los mejores. Urbano sustituyó al Muecas. ¡Ese sí que era bueno! Llevaba la magia en las venas. Pero se nos murió de repente. Sin avisar. Teníamos la sala a rebosar. Cientos de clientes y muchas chicas, ¿sabes? Y, de repente, al Muecas le dio un *telerín* y se nos murió en vivo y en directo. Sí, señor. Como los artistas de verdad. Ahí, ahí, mira... —dijo señalando la pista donde imaginé que se subía Urbano para hacer sus números.

—Vaya —musité sin demasiadas ganas de seguir escuchando a la mujer.

—Menudo disgusto —continuó—. Casi nos da algo. Los clientes se quedaron lívidos. Pascualín, que es médico de carrera, el que tiene la consulta ahí, en Altamira, corrió a atenderlo, pero nada. No pudo hacer nada por salvarle. Le dio una embolia. Fulminante, oye. No he visto cosa igual en los días de mi vida, chica. ¡Qué barbaridad! Qué manera de morir. Ya le podía dar un perrengue así al marido de la Lupe. Menudo sinvergüenza. A mí, sí, a mí me iba a poner una mano encima. ¡Lo que yo te diga! A ver, espera, a ver quién llama. ¿Sí?

El teléfono interrumpió el monólogo insaciable de aquella mujer. No me quedaba más remedio que simular mi atención. No callaba ni debajo del agua. Hilaba una conversación con otra.

—¡Ay, hijita! Tú, a lo tuyo. Y si no puedes venir mañana, no te apures, Lupita. Una niñita... a ver si trae felicidad a tu casa. Descansa, descansa, descansa, hija.

La mujer gorda colgó el teléfono y retomó la conversación en el punto exacto donde la había dejado.

—Era Lupe. Que mañana tampoco viene, ¿sabes? ¡Normal, está recién parida! A mí me iba a poner la mano encima. Antes muerta que apaleada. El marido de Lupe era cliente de esta casa, pero lo echamos una noche. Estaba borracho como una cuba y le dio por insultar a los clientes que pedían copas a la chica. Mi marido casi lo mata. Lo tuvieron que sacar entre tres hombres y dejarlo ahí tirado, en la escalinata de San Martiño Pinario. Al muy desgraciado se le hizo de día. Tuvo que venir una ambulancia y todo. Tenías que haberlo visto. ¿Quieres unos cacahuetses, hija? Agua con gas, ¡qué aburrimiento!

Sacó un plato con cacahuetses, quicos y almendras. Tenía cuatro o cinco ya preparados debajo de la barra.

—¿Y una patata? ¿Te apetece?

—No se preocupe, señora. Estoy bien.

—¡Ay, hija! No me llames señora. Me llamo Dori. ¿Y tú?

—Mariana, sí. Me llamo Mariana.

—¿Y dices que sales de misa? Pues a buen sitio has ido a parar.

—Tenía sed.

—Bien, bien. Aquí todos los clientes son bienvenidos. ¿Trabajas? ¿Estudias?

—Estudio. Todavía estoy en el colegio.

—No son horas para una colegiala.

Tenía razón la buena de la señora. No eran horas para mí.

Pasó la bayeta por la barra, salió a encender la luz de la puerta y enchufó la máquina tragaperras.

—A ver si hoy das perras a alguno, condenada —le dijo a la máquina, que empezó a dar vueltas a su rodillo de la suerte y a emitir músicas triunfales—. Aquí, sobre todo, repartimos ilusiones, ¿sabes? Llevamos más de veinte años ofreciendo espectáculos. Han pasado cantantes, músicos, echadores de cartas, contadores de cuentos y magos. Al final, lo que más le gusta a la clientela es el mago. Pasan un ratito agradable viendo los números, toman sus copas y, oye, si se tercia y empatan con alguna, salen de aquí acompañados. Nuestras chicas son de lo más limpio. Nunca hemos tenido

pega alguna. Son discretitas. Hacen lo suyo donde el cliente quiere y se marchan. Y baratas, no te vayas a creer. Que han crecido como champiñones los clubes de alterne, pero te sacan hasta los ojos.

—¿Son prostitutas? —pregunté asombrada.

—Sí, hija, prostitutas. No irás a asustarte a estas alturas. ¿Cuántos años tienes, dime?

—En diciembre cumpliré dieciocho.

—Pues nada, de dieciocho en adelante ya se puede. Con menos, no, ¿sabes? No queremos líos. En los clubes de la carretera, echan de todo. Yo lo he visto. Son niñas, ¿entiendes? Aquí, no. Gente seria. Chicas maduritas, que saben lo que hacen.

¿Estaba diciéndome que podía ser prostituta? No daba crédito a lo que escuchaba. Sacó otra botella de agua con gas y la cambió por la que ya había bebido.

—Ya me marcho, no se preocupe. ¿Qué le debo?

—Anda, mujer. ¡Que bien la tomas! La juventud de hoy en día está demasiado bien educada. Antiguamente, si te invitaban a una botella de agua, no se te ocurría rechazarla.

El patio de butacas constaba de mesas bajas y sillones de felpa granate. La pared que quedaba justo frente a la barra estaba forrada con un espejo. El escenario se alzaba a un metro. En medio tenía una especie de barra en la que me imaginé a las prostitutas bailando al son de la música.

—Venga, *Lolito*, que van a empezar a llegar los clientes. Ándate con ojo, que te saco a la calle, ¿eh?

—Urbano, Urbano...

—¡Y dale con Urbano!

Aquel loro cabreado le había dado más de un disgusto a Dori. En tiempos de Franco, se dedicaba a canturrear con acento gallego y todo:

—¡Viva Franco! ¡Viva Ferrol del Caudillo!

Cuando Suárez llegó a la Presidencia del Gobierno, la mujer colgó un cartel en la puerta que decía:

*Este local no se hace responsable de las monsergas políticas de su loro.*

Por un instante me quedé sola en aquella sala vacía. Me recorrió un escalofrío por la espalda. Urbano había desaparecido. No lo había vuelto a ver ni a oír desde que atravesó la puerta del local. En ese preciso instante, fueron entrando un montón de chicas. Rubias y morenas. Con el pelo largo, corto o rizado. Delgadas como sílfides. Cada una llevaba una bolsa en la mano con sus trajes de faena. Eran, sin duda, las prostitutas y nunca antes las había visto tan cerca.

—¡Semejante desgracia! Dori, ¿dónde estás?

—Estaba aquí hace un minuto —dije.

—¡Dori!

La mujer contestó desde la cocina. Salió secándose las manos en un trapo que tenía más manchas que el delantal de un carnicero.

—¿Sabes lo que dice ahora Urbano? Que se va. Que tiene necesidad de volver a su casa. Que se le hace grande la ciudad. ¡Grande, Dori! Le he dicho que le pago más, que le acorto la función, que no venga todos los días si no quiere... Y nada, que se va. Ponme un romero doble con hielo.

El hombre era el marido de Dori, el dueño del local, el patrón que contrató a Urbano tras la muerte súbita de Julián Antolín *Muescas*. Tenía las dos cejas juntas por la misma mata de pelo y un bigote afilado por las puntas sobre el labio, que se relamía con evidente ansiedad.

—Sacá de ahí un puro.

—Tomás, no te angusties. Ya encontraremos a alguien. ¿Cuándo se va?

—Mañana, Dori, mañana.

La mujer gorda sacó el puro de una caja de madera, salió de la barra y se acercó a él. Si quería, podía abrazarlo hasta asfixiarlo. Tomás no debía medir más de un metro y medio y era fino de contorno. Flaco hasta tener que darse dos vueltas de cinturón para sostener los pantalones.

—Sobrevino la desgracia, Dori. Los magos se nos mueren o se nos van.

—Calma. Tómate tu ron y aguanta. Hemos pasado media vida aguantando. Ahora no vamos a venirnos abajo por una ventolera. Quizá necesite volver a su pueblo, pasar una temporada y luego retomar el trabajo. ¿Le diste esa opción?

—Le di todas las opciones, Dori. Pero se va. No ha habido manera de convencerlo.

Urbano apareció por el pasillo oscuro con su bombín de terciopelo en la mano y la camisa del espectáculo abierta casi hasta el ombligo.

—Dori, yo ya no puedo seguir aquí —musitó.

Tenía la cabeza gacha, la mirada en los dobladillos del pantalón y los ojos húmedos.

—Yo digo que tienes que marcharte y si decides volver, bienvenido serás. Tendremos que buscar a algún mago, claro está, pero de los profesionales nunca hay que prescindir. Aquí te has hecho un mago de verdad y sé que nos lo tendrás en deuda para tus oraciones.

La mujer gorda que me había hablado de las mayores perversiones que jamás podía haber imaginado en mi vida corriente se convirtió en un ser compasivo. Acariciaba a dos manos a su marido Tomás y a un avergonzado Urbano que, por razones que solo entiende el alma, había decidido abandonar la ciudad de Santiago de Compostela. No volvió a abrir la boca. Enmudeció como un pájaro asfixiado. Yo no sabía si debía abandonar el local o debía quedarme con ellos, acompañándolos en el duelo. Tenía cierta sensación de desamparo. Me sentía igual que Dori. Sentía la marcha de Urbano como si me estuviera abandonando a mí. Había interiorizado tanto su presencia que esa despedida estaba doliéndome. Así estamos, despidiéndonos siempre. Era una máxima en mi vida. Se me fue mi santa madre como se fue Nicomedes y, pese a mi particular aforismo, ni siquiera pude despedirme de ellos. Tampoco lo haría de Urbano. A fin de cuentas, ignoraba mi existencia y yo solo tenía la suya en un cartucho imaginario que se disparaba solo en circunstancias tan casuales como esta. La casualidad nunca es un desenlace, pensaba yo. Pero lo cierto es que las casualidades a veces conseguían desatascar muchas situaciones. Sin pretenderlo, me había topado con las botas y los dobladillos de Urbano en plena calle y, sin pretenderlo, había acabado en una barra de bar, escuchando historias de vidas ajenas que me habían hecho olvidar que Jorge no tenía madre. Era, sin duda, una forma de desbrozar la zozobra que me abotargaba la cabeza desde el instante mismo en el que mi amigo vomitó su confesión. Quizá debió apuntarse conmigo a vagar por el Santiago de las emociones, que siempre reconcilia.

Andaba pensando en todo eso, calmando la sed de la ansiedad con los últimos sorbos de agua con gas, cuando la puerta del local se abrió de par en par y empezaron a entrar los clientes de Dori. Eran hombres vestidos con trajes oscuros y alguna mujer engalanada con pieles al cuello. Como si cada cual tuviera su sitio asignado con antelación, fueron sentándose sobre la felpa.

—¡Dori, lo de siempre!

—Va, hombre, va. No acabas de llegar y ya estás pidiendo. El cliente siempre manda, hija.

Fue la última vez que me dirigió la palabra. Dori desapareció en una nube de humo blanco. A Tomás le contagié una mueca triste y Urbano se retiró a su camerino compartido con aquellas chicas a las que solo volví a ver en mi imaginación, con los pechos al aire, contorneando sus figuras en la barra del escenario, contando billetes en una esquina o sonriendo con desgana al último conquistador de la noche.

A *Lolo* lo encontré en la puerta del local. A la soledad de la fría noche, le repetía:

—¿Sabes lo que ahora dice Urbano? Que se va. Urbano se va. Urbano se va. Urbano dice ahora que se va.

Dicen que en Galicia se celebran quince entierros por cada bautizo. Y además se regocijan en la parafernalia de la despedida. Lo celebran largamente y pasean al muerto por sus lindes para que no ose olvidarse de dónde lo meció la vida. Tenía yo muy vista la liturgia aunque mis muertes hubieran sido rápidas y sin ornamentos. En la aldea se vestían todos de negro y esperaban el momento del entierro. Entonces el cura engolaba la voz y cantaba la misa porque así parecía que le daba empaque. Otra solemnidad.

Lo de Urbano fue algo así como un entierro. Allí estábamos todos, a las puertas del semisótano, aguardando la partida del mago. El cazador de pensamientos, Fernando, doña Rosa y yo. Aunque yo fuera transparente.

—Serás eternamente recordado, Urbano —le dijo Timoteo.

Lo abrazó como a un hijo y lo besó en las mejillas como dicen que solo se besan las mujeres. Urbano apenas se movió de la puerta del semisótano, a la que había llamado con los nudillos para anunciar su marcha.

—Lo venía pensando desde hace días. Lo barruntaban mis redes, amigo —le susurró al oído.

—¿Volverás para leer mi novela, mago? —preguntó Fernando.

—Volveré si la bicha me pica de nuevo. El tren sale dentro de dos horas. No quería dejar de despedirme de vosotros como merecéis.

—La bicha pica si uno deja que pique, amigo —contestó Fernando.

El escritor parecía tener los ojos aguados por la pena de la despedida. Nunca le habían gustado, y eso que había protagonizado muchas a lo largo de su historia. Siempre retornaba a Lisboa y de Lisboa siempre partía, como si fuera una condena en vida. Entonces, su madre se restregaba los ojos con el mandil negro que no se había quitado en los días que recordaba la memoria

de Fernando, *el Portugués*. Siempre la vio de esa guisa y siempre la vio, para más *inri*, secándose las lágrimas con él, de tal forma que, desde bien niño, relacionó el delantal con el sufrimiento.

Fernando abrazó a Urbano con los dos brazos.

—Ya te lo digo yo, buen hombre. Si te pica la tentación, volverás. Y aquí estaremos. Bueno, yo no sé si estaré, pero Timoteo te recibirá como el primer día, ¿verdad, viejo?

—Dices verdad, amigo. Aquí estaremos. ¿Te buscaron ya sustituto?

—Andan en ello. ¡Menudo disgusto se llevó la Dori! No se lo esperaba.

—Ni yo me lo esperaba, ¡mira tú! —contestó Timoteo.

El viejo no tenía el alma para demasiadas explicaciones. No quería saber más de Urbano. No por despecho, no. Ni por desinterés, que tampoco. Era por pena.

Mi particular balcón se llenó de turistas japoneses que querían fotografiar la vista de la ciudad. Me presté a hacerles la foto con una cámara de lo más moderna. Tuvieron que explicarme por señas cómo funcionaba. Eran cuatro y se colocaron en fila, uno al lado del otro. Las chicas sonreían y decían algo así como «patata, patata». Tuve que repetir la foto porque no era del gusto de las mujeres. Por fin, a la tercera, quedaron satisfechas. Cuando recuperé mi posición, Urbano ya no estaba. Se había esfumado en cuestión de minutos. Se había ido de Santiago y yo no había podido verlo.

—¡Maldita sea! —dije—. Malditos japoneses.

El cazador de pensamientos, Fernando y Rosa también habían desaparecido. Maldije mil veces más a los turistas. Me asaltaron las ganas de salir corriendo hacia la estación, pero me detuvo la prudencia. ¿Qué iba a conseguir con ello? ¿Ver cómo Urbano sacaba el billete de tren? ¿Verlo subir a un vagón? ¿Acaso iba a despedirme de él? ¿Iba yo a abrazarlo? ¡Me había perdido el desenlace! Pensaba contárselo a Dori, narrarle cómo se abrazó a Fernando, a Timoteo y a Rosa; cómo se deshizo en palabras de agradecimiento hacia ella y hacia su marido Tomás; con qué cariño habló de las chicas a las que seguramente amó entre bambalinas y del loro *Lolito*, *Lolo*, que siguió semanas enteras repitiendo la cantinela y recordando a Dori que Urbano se había ido para siempre.

Las gaitas empezaron a sonar. No era domingo ni fiesta de guardar, así que alguien célebre debía estar llegando a Obradoiro.

—Pasen y vean. Son los más famosos titiriteros, acróbatas, saltimbanquis y payasos del reino. ¡El circo llega a la ciudad de Santiago de Compostela!

Una corte de hombres y mujeres despampanantes descendieron de una furgoneta y saludaron a los turistas, que eran los únicos ociosos que estaban allí para darles la bienvenida.

—Mañana empiezan las funciones. Los mejores ejemplares del mundo y las actuaciones más espectaculares... ¡Es el circo, señores! ¡El circo!

La voz del megáfono salía de un enano de un metro y diez centímetros de altura que, subido en una especie de taburete, animaba el ambiente.

—¡Miren qué chicas! Son las mejores bailarinas del mundo. ¡Miren qué porte!

Las chicas fueron entrando al Hostal, donde las esperaban los periodistas. Sentí una curiosidad enorme por ver cómo trabajaban. Nunca había asistido a una rueda de prensa, así que aquel parecía el mejor momento para descubrir cuál sería mi trabajo dentro de unos años.

Los hombres iban ataviados con pantalones brillantes, botas de caña alta de charol, frac rojo y camisa negra. Sin dudar, entré en el Hostal. La música me fue llevando hasta una sala donde habían colocado una tarima de madera. Las chicas estaban en la segunda fila, y en la primera, habían colocado a los hombres. Estaban posando para los fotógrafos. Los flashes de las cámaras inundaban el escenario de luz. Ellas sonreían. Ellos arrugaban el entrecejo. El enano volvió a coger el megáfono y anunció la ya anunciada llegada del circo a Santiago. Todos los focos se volvieron hacia él. Con toda la coquetería de la que pudo hacer gala se colocó entre los artistas y, sin necesidad de sentarse, se dejó retratar con todos aquellos titiriteros, acróbatas, saltimbanquis y payasos. Eran los mejores del reino y habían llegado a mi ciudad. Sentí un orgullo inmenso. No podía dejar de sonreír ante semejante espectáculo. Busqué a los periodistas. Estaban empezando a coger sitio en unas sillas de plástico colocadas, una al lado de la otra, frente a la tarima. Un hombretón cogió al enano en volandas y lo colocó ante un atril adornado con

guirnaldas de colores. El enano agarró el micrófono y, con el mismo garbo, fue presentado a las actrices y actores que, según prometía, harían vibrar el público.

—¡Adelaida! Nuestra bailarina más experimentada. ¡Katy! Recién llegada de los Estados Unidos de América. ¡Carolina! Una de las mujeres más sugerentes del planeta. ¡Andrea! La virtuosa de la danza. ¡Susan! ¡Camelia!

Y así, Adelaida, Katy, Carolina, Andrea, Susan, Camelia y todas las demás fueron desfilando, contorneando sus caderas y saludando con reverencias a los que quisieran mirarlas, que, según me pareció, eran todos.

—¡Richard! El hombre bala, el único ser humano capaz de volar. ¡Andrés! Nuestro payaso. ¡Pedrito! El domador de tigres más experimentado del mundo.

Y así, Richard, Andrés, Pedrito y todos los demás fueron levantándose de la primera fila donde los habían colocado.

—Y al mando del micrófono, quien les habla: Carlos *el Invencible*. ¡Un aplauso!

Los periodistas apuntaban con entusiasmo.

—Se admiten preguntas. ¡Pregunten lo que deseen! Aquí estamos casi todos porque faltan nuestros animales. Caballos, perros, tigres, elefantes, búfalos y el inigualable rinoceronte blanco.

—Yo quisiera preguntar —dijo de repente uno de los periodistas—. ¿De dónde viene el rinoceronte blanco?

Aquella voz me resultó familiar.

—Póngase en pie, amigo —dijo el enano—. Pregunte, pregunte...

—Sí —contestó el periodista de pie—. Le decía que cómo han conseguido un rinoceronte blanco.

Era mi padre. En vivo y en directo. Mi padre actuando de periodista ante aquellas mujeres prodigiosas y aquellos hombres sublimes que brillaban por las costuras de los pantalones. Mi padre en persona. En pie. Mi padre. ¿Era emoción lo que sentía? Nunca me había dicho que se dedicara a hacer informaciones de titiriteros, acróbatas, saltimbanquis y payasos.

—Solo hay quinientos rinocerontes blancos en todo el mundo y la dirección de este circo hizo realidad el sueño de adquirir uno de ellos en Sudán. La especie está en extinción, por eso cuidamos al máximo sus condiciones de vida. Se llama *Arturo*, pesa tres toneladas. Es la gran atracción para niños y mayores.

A mi padre debió satisfacerle la respuesta porque no volvió a preguntar por el rinoceronte blanco llamado *Arturo*. De repente me asustó la posibilidad de que pudiera descubrirme en medio de una rueda de prensa a la que no había sido convocada. Decidí salir de allí cuanto antes. No sabía si aquel hallazgo me había producido alegría o profunda tristeza; si encontrármelo había sido una sorpresa o una tremenda decepción. No sabía, en definitiva, a qué se dedicaba mi padre en el periódico. De buenas a primeras, lo había descubierto y no estaba muy de acuerdo con ello. Aquel encontronazo improvisado me había helado las expectativas que había depositado en él. Era un don nadie. Un don nadie que salía a beber vino con otros oficiantes del periodismo sin categoría. Un periodista de cuarta dedicado a transcribir las explicaciones de un enano sobre el rinoceronte blanco. Mi decepción podía resultar absurda porque, a fin de cuentas, él nunca me había especificado de qué escribía. Nunca me había dicho que fuera jefe de nada o que tuviera un equipo a su cargo. Nunca. Eso solo estaba en mi imaginación.

Volví a casa apesadumbrada, con el sabor del desengaño enredado en el estómago, con la desilusión a cuestas, multiplicada por la imagen de mi amigo Jorge, de Urbano en su despedida y de mi padre, el periodista de los titiriteros, los acróbatas, los saltimbanquis y los payasos. Algo se me estaba rompiendo y no sabía cómo iba a pegar los pedazos de porcelana que rodaron escaleras abajo cuando llegué a la puerta de nuestra casa de Caldeirería.

Estaba más vacía que nunca. El despacho de mi padre me pareció el camerino de un artista. Abrí los cajones de su mesa de trabajo y busqué entradas caducadas de circo, las plumas de la frontalería de un caballo o varitas con purpurina.

Pero no había nada de eso.

Solo encontré las cartas que dedicó a mi madre muerta y algún que otro recuerdo que ya conocía de memoria. Lo más parecido a lo que yo buscaba era un recorte en el que podía leerse: *Marcial Pérez inventó un coche*

*eléctrico y quería vender la patente al gobierno por mil millones de pesetas... no para él, claro, sino para invertirlo en la humanidad. Industrias, conservatorios, etcétera.* El tal Marcial Pérez podía ser un personaje del circo, pero también podía tratarse del inventor más célebre de las últimas décadas.

En medio del desorden de los cajones hallé una cajita de latón cuadrada. La tapa tenía una pegatina blanca y alguien había escrito mi nombre a mano: *Mariana*. Pensé que encontraría una medallita de oro de la primera comunión o un alfiler para el chupete de esos que encargan las abuelas el mismo día que saben que van a serlo. Sin embargo, no había nada de eso en la cajita de latón cuadrada. Al abrirla encontré un camafeo de unos cinco centímetros por cada lado, grabado en oro con la imagen de perfil de mi madre y una leyenda en la que podía leerse: *Mamá*. Mamá, a secas. Mamá. Cerré la cajita de latón cuadrada y me eché a llorar como una niña pequeña. ¿Cuándo pensaba entregármela? Odié a mi padre con todas mis fuerzas. ¿Tenía acaso un plan preconcebido? Yo quería tener esa estampa debajo de mi almohada para llorarla a gusto cada noche, y soñarla como si fuera ella la que de verdad soportara el peso de mi llanto. ¿Estaba esperando a colocarla en mi sudario como si fuera la dentadura de la madre de Nicomedes? Lo odié sinceramente. A rabiar. Deseé que entrara en casa en ese preciso instante para descargar sobre él toda la ira que había almacenado en mi cabeza desde el momento en el que le vi preguntando al enano del circo por *Arturo*, el rinoceronte blanco.

Nadie abrió la puerta. No sonó el timbre, ni escuché la sintonía de las noticias en la radio. El día siguió su curso y a la tarde le sucedió la noche. Y a la noche le crecieron las alas del sueño y solo el grito de Lupe, la Lupe recién parida, me despertó de madrugada. Entonces me acordé de mi madre y coloqué la mano debajo de la almohada.

Decidí que volvería al colegio con regularidad. Los últimos acontecimientos estaban poniendo en duda mi cordura y no debía dejarme consumir por ellos. No. Debía coger las riendas de mi vida y seguir con el plan trazado el mismo día que me encontré fortuitamente con Timoteo y Urbano en El Gato Negro.

Aquella mañana me desperté antes de que el despertador sonara. Eran las ocho menos diez de un día oscuro. Me duché, desayuné y me vestí en un tiempo récord. Al girar las llaves en la cerradura de la puerta apareció mi padre.

—¿Vas al colegio?

—¿Dónde si no? ¡Vaya pregunta! —contesté con cierta insolencia.

—Podríamos vernos esta noche y cenar juntos. Ya le hablé de ti al director del periódico. Estará encantado de que hagas prácticas cuando empieces la carrera.

—Ya veremos. Queda mucho.

—¿Ya no quieres ser periodista?

—Sí, pero antes tengo que aprobar los exámenes del colegio. Llego tarde, papá.

Abrí y cerré la puerta en menos de un segundo. Bajé las escaleras a trompicones, revisé el buzón y me dirigí al colegio con prisa. Como si fuera el primer día. O el último. Pensaba organizar los apuntes, pedir las fechas de los exámenes y actualizar mi agenda escolar. Un suspenso significaría volver al calvario de las aulas. Y no estaba dispuesta a ello.

Las profesoras siempre me habían tratado como una pobre huérfana, hija de un padre despreocupado que no hacía los deberes conmigo. Desde que tuve uso de razón luché contra ello con dientes y uñas. Mi padre no era ningún despreocupado. Más bien, todo lo contrario. Trabajaba a destajo para mantenernos en un nivel de vida aceptable, que no contemplaba excesos, pero

tampoco miserias. Que volvía tarde del trabajo, sí, pero yo se lo había perdonado porque los fines de semana los dedicaba enteramente a mí y a mis lecciones de historia, lengua, literatura o matemáticas. De matemáticas sabía más bien poco, pero se empeñaba en aprender raíces cuadradas o logaritmos. Y lo de mi madre, qué decir. Ser huérfana de ella no era una deshonra. Era, sencillamente, una circunstancia sobrevenida de la que yo no era responsable. Tampoco mi padre, claro está. Durante un tiempo esas condiciones de mi vida me la hicieron algo más fácil porque las profesoras me soplaban las preguntas de los exámenes y hasta me perdonaban si me pillaban con una chuleta en el dobladillo de la falda. Pero esas raciones de indulgencia se acabaron cuando cumplí los quince. De repente, las mismas profesoras que asumieron el papel de madre en las tutorías se dejaron de contemplaciones y yo empecé a llegar a los exámenes a pelo. A pelo y sin chuletas por miedo a que me expulsaran del colegio. Aquel día en el que decidí encauzar mi vida, la profesora de Latín me llamó a su despacho.

—Mariana —me dijo—, llevas acumuladas muchas faltas. ¿Pasa algo en casa?

—¿Y qué iba a pasar?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

—Nada de particular.

—Pues entonces quiero que sepas que nos planteamos citar a tu padre para que tenga conocimiento de tus reiteradas faltas.

—Estuve enferma.

—Debes traer un justificante firmado por tu padre o tutor.

—¿Tutor? ¿A qué se refiere?

—Suponemos que sigues viviendo con tu padre, pero si no es así, alguien tiene que hacerse cargo de ti mientras sigas siendo una menor de edad.

—No sé qué insinúa, profesora. Sigo viviendo con mi padre y no tenemos problemas con nadie.

—No lo dudo, Mariana, pero debes entender que tantas ausencias acabarán costándote el curso.

—De ninguna de las maneras. Yo me he comprometido a aprobar porque en septiembre voy a empezar mi carrera. No suspenderé. Le doy mi palabra.

—Está bien, hijita. Pero trae el justificante.

—Entendido.

Salí del despacho de la profesora rabiosa, sudorosa, pese al frío, y colérica. Tenía ganas de encerrarme en un baño y llorar largamente hasta que no me quedaran lágrimas.

Era la hora del recreo, así que salí al patio a tomar el aire. Me apoyé en la pared y me dejé caer hasta el suelo. Me tapé las manos con la cara en un intento de calentarme las manos con el aliento hirviente de mi boca.

—Hiciste bien en irte.

—¡Qué!

Me asusté. Era Jorge, pero yo estaba tan absorta en mis pensamientos que no acerté a identificar la voz.

—Jorge, ¡vaya susto me has dado!

—Te llevó Paloma a su despacho, ¿verdad?

—¿Por qué lo sabes?

—Te vi irte con ella.

—Sí, me dijo que justificara mis faltas de las últimas semanas.

—Yo también tengo que hacerlo. Matilde me las firmará. Seguro.

Matilde. Matilde. Matilde. Mamá había desaparecido de su diccionario sentimental.

—¿Por qué dices que hice bien en irme?

—Tuvimos una buena bronca. Le recriminé que no me hubiera dicho nada hasta ahora. Ella se escuda en que quería esperar a que yo cumpliera dieciocho años.

—Tiene lógica, ¿no crees?

—Seguramente. Mariana —dijo—, creo que no debemos volver a vernos. Por lo menos en un tiempo. Necesito saber quién soy y, sobre todo, necesito estar solo, sin nada que me recuerde a Matilde, al pasado con Matilde. Y tú estás ahí, en esa otra vida de mentira en la que llevo instalado dieciocho años.

Aquello era lo último que me faltaba por escuchar. Jorge estaba echándome de su vida. Quería que desapareciera como si la vida fuera un truco de magia de Urbano. La furia del principio se convirtió en una tristeza inmensa, complicada de describir con palabras. Apática. Tristeza lánguida. Áspera. Me sentí colosalmente frágil. Débil. Mariana, al fin. La Mariana de siempre. Me dieron ganas de explicarle en qué consistía el tránsito en soledad. Yo podía contarle muchas historias para que eligiera el patrón que más le conviniese. ¿De qué me estaba hablando? Podía ser su maestra.

Pero no.

Jorge estaba despidiéndose. A su manera, pero despidiéndose. Me estaba pidiendo distancia. «Vete, Mariana. Aléjate.» Eso me estaba diciendo. Reordené como pude la confusión y cuando iba a contestarle («Sí, claro, Jorge. No volverás a verme. Necesitas tiempo y espacio. Por este orden. Camina solo y si me necesitas, me encontrarás»), Jorge ya no estaba allí.

El aliento de mi boca ardía. Sapos, culebras, fuego en un pajar. Jorge también se había ido para siempre. Ejercité los mecanismos de supervivencia que había entrenado durante años y volví a mi aula. Había empezado la lección de historia.

—La clase ya ha empezado y llegas tarde, Mariana.

—Disculpe. ¿Puedo pasar?

—Puedes —contestó la profesora.

Intenté coger anotaciones sobre la Revolución francesa, pero no podía retirar la vista de la espalda de Jorge. Cuando terminó la clase, María Vidal Gómez de las Heras me ofreció su cuaderno de anillas para que hiciera fotocopias de todos los apuntes que me había perdido.

No recuerdo exactamente qué noche le dejé a mi padre la nota que debía llevar al colegio y que decía algo así:

*Cuando puedas, fírmame un justificante por los días que he faltado a clase.*

Mi padre lo hizo sin pedir demasiadas explicaciones.

Y así fui poniéndome al día en mis estudios. Las profesoras volvieron a recuperar la confianza en mí y yo hice verdaderos esfuerzos para sonreír a mis compañeros de pupitre, los únicos que no me habían pedido tiempo, espacio y distancia.

El orden de mis cuadernos no me devolvió, sin embargo, la calma. Seguía pensando en Timoteo. A Urbano lo había archivado convenientemente, aunque acordarme de él significara rememorar a Dori y a Tomás, a las prostitutas que solo vi de pasada y al loro *Lolo*, al que imaginaba canturreando su cantinela. Ni un día dejé de pasear por la ciudad, meciendo mis pensamientos al albur del ritmo de las calles. Así había conseguido toparme con todos los personajes de mi primera e imaginaria crónica periodística y no había razón alguna para pensar que los encuentros no iban a producirse nunca más. En esas estaba cuando, en la escalinata de los Literarios, descubrí al borracho del Arco de Palacio. Estaba sentado junto a un grupo de flautistas de pelo largo, apoyado en el lomo de un galgo escuálido. Entre sus dedos se deslizaba un cigarro de hierba que nublaba su mirada en cada calada hasta fundirla con los flequillos de maleza de la fachada de la Catedral.

Intenté pasar inadvertida y seguir mi rumbo sin concederle demasiada importancia, pero él se empeñó en hablarme.

—No hay dos sin tres, chica. Te pasa lo mismo que a mí, pero yo ya me he cansado de andar de aquí para allá con la dichosa crucecita.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando. ¿A qué crucecita se estaba refiriendo? Pensé que estaría borracho o que la munición de su cigarrillo había machacado su sentido.

—¿De qué me hablas? No tengo mucho tiempo —le dije.

—Tenemos más en común de lo que tú crees. ¿Buscas a un viejo, verdad?

—En estos momentos, no.

—¿Siempre eres igual de cursi?

Sus palabras me enfurecieron. ¿Por qué demonios le concedía mi tiempo? ¿No tenía suficientes problemas en mi vida como para buscarme otro? Al borracho no le importó que mi gesto delatara mi enfado y siguió hablando:

—Si buscas al viejo, lo encontrarás en Bonaval. Todos los jueves, al anochecer, lo verás tras la tapia del cementerio, en alegre conversación con los muertos. Y toma —dijo entregándome una bolsa de terciopelo azul—,

devuélvele esta cruz. Dile que ya no creo en los milagros. Yo me sigo muriendo de hambre.

Sus palabras quedaron ahogadas en una carcajada atemorizante. La plaza estaba vacía, sin los telajes de los turistas y el jolgorio de los artistas urbanos.

Estaba tan asustada que me largué corriendo. Al llegar a casa, abrí la bolsita y saqué una extraña cruz, parecida a la cruz de Caravaca. Le di la vuelta y estaba completamente negra. La rasqué con la uña, pero el tinte era imborrable.

Guardé la cruz en su bolsa, y la bolsa en una caja en la que conservaba otras reliquias de chatarrería, pulseras de tela y pendientes de tuercas oxidadas. No daba ningún crédito al borracho, pero no podía sacarme de la cabeza lo que me había dicho. Estaba claro que conocía a Timoteo. Lo que no era tan seguro es que supiera su secreto. Pese a todo, decidí que tenía que hacerle caso y sacaría fuerzas de donde fuera para ir a Bonaval.

Bonaval.

El cementerio de Bonaval.

Solo lo había visitado una vez con mi padre y me dejó impresiones imposibles de olvidar.

Recuerdo que hacía un viento inclemente. Las nubes recorrían el cielo con rapidez y sin dirección precisa. De repente, chocaron y sobre nosotros cayó un aguacero impresionante. Mi padre desplegó un chubasquero azul y nos resguardamos debajo de un roble hasta que todo pasó. Estaba asustada, muerta de miedo, aunque decir eso en un campo santo resultara irreverente.

En la entrada del cementerio había un ciprés que parecía que iba a partirse en dos. El árbol marcaba la mitad exacta entre la hilera de nichos de la derecha y de la izquierda.

—Aquí residen las ánimas —me explicó mi padre.

—¿Y qué son las ánimas? —pregunté.

—Es lo que tenemos aquí —dijo tocándose el corazón—. Es lo que nos hace reír, llorar y sentir.

—¿Y por qué las ánimas viven aquí? —volví a preguntar, colocando la mano en mi corazón.

—Porque las ánimas nunca mueren. Unos segundos antes de que se cierre el nicho, se escapan y echan a volar, como si fueran pajarillos. Se quedan revoloteando en el aire.

—¿Dónde está el ánimo de mamá?

Mi padre meditó un rato y dijo:

—Donde tú quieras que esté. Seguramente ahora mismo nos está viendo porque pensamos en ella. Si piensas en ella con todas tus fuerzas, ella se posará en tu hombro y te acompañará allí donde vayas.

—Tengo miedo.

Fue lo último que dije.

Mi padre me abrazó y juntos congelamos la mirada en el cielo de Santiago de Compostela, que, en Bonaval, está lleno de ánimas que revolotean en el aire. Se sientan sobre los tejados, escriben historias y luego las leen a la sombra del ciprés, que marca la justa mitad entre los muertos de la derecha y los de la izquierda.

Esos recuerdos me hicieron meditar durante los días que transcurrieron en el calendario hasta que llegó el jueves. Pensé en llamar a Jorge, pero cuando descolgué el teléfono me sentí egoísta. Si no quería verme, tampoco querría acompañarme a una expedición que, así de primeras, resultaba absurda. Me armé de valor, rescaté la cruz de la caja donde la había guardado y salí de casa, no sin antes coger un paraguas y escribir una nota a mi padre que decía:

*Estoy estudiando en casa de Jorge. Si se hace tarde, me quedaré a dormir allí. Mariana.*

La ciudad estaba tranquila. No llovía ni hacía viento. Me crucé con unos estudiantes de la universidad que iban de fiesta a Carpe Diem. Al encaminarme hacia Porta da Pena entré a saludar a Dori. Quizá había encontrado un sustituto para Urbano y ya había consumido su llanto. La puerta del local estaba entornada. Me asomé con sigilo y comprobé que Dori no estaba en la barra. En su lugar había una chica de pelo largo y lacio. Lo llevaba recogido en una trenza, larga hasta casi rozar la cintura, brillante por efecto de algún poderoso suavizante o de la misma suciedad que, pasado el tiempo, se hace visible y parece que da lustre. Estaba secando copas y

colocándolas en un trapo extendido sobre la madera. Solo veía su espalda. Los huesos del lomo se le marcaban a través de la camisa negra. Llevaba una falda, negra también. Y medias del mismo color.

—¿Se puede? —pregunté.

—Sí, pasa. Ya está abierto.

—Venía a ver a Dori —dije.

—Dori hoy no está. Libra.

La mujer no se giró ni un centímetro para ver quién le estaba hablando.

—Lupe —dijo alguien desde la trastienda del local—, la nenita está llorando. Creo que tiene hambre. Anda, ven y ponle la teta.

—No estoy para tetas. Tengo que secar cincuenta copas. Cuarenta vasos. Treinta cuencos para las patatas. Ponle el chupete y que aguante un rato.

Una chica de deslumbrante figura abrió las cortinas que separaban el salón de actuaciones de la trastienda del local.

—Lupe, te digo que la niña tiene hambre. ¡Deja de secar vasos! Ya lo haré yo si es necesario.

—¡Tiene que aguantar! ¡La niña tiene que aguantar!

—¡Pero si no tiene ni dos semanas, mujer!

La escultural prostituta pasó por debajo de la barra, le quitó el paño de las manos y ordenó, casi a gritos, que fuera a darle leche a una criatura de tan débil llanto que ni yo era capaz de escucharlo.

—¿Y tú qué quieres? —me dijo.

—Disculpe las molestias. Vine a visitar a Dori, pero, ya que no está, vendré en otro momento.

—Ay, hija. Discúlpanos. No damos abasto. ¿Quieres tomar algo?

Movía las caderas con gracia y desparpajo, casi al compás del hilo musical que sonaba en la sala.

—No, muchas gracias —contesté.

—Mañana ya estará Dori. ¿Le dejo recado?

—No se preocupe. No creo que se acuerde de mí.

Me marché con una sensación extraña. Sin duda alguna, la recién parida era Lupe, la mujer de la que me habló Dori.

Retomé mi camino por Porta da Pena, Casa Felisa y el bonito hotel Costa Vella. Su jardín siempre me había parecido uno de los lugares más encantadores de Santiago. Mi padre y yo habíamos ido a desayunar allí algún domingo o así. Sentados frente al camelio, veíamos las torres del monasterio de San Francisco. Detrás de sus muros milenarios, los monjes custodiaban ochenta mil libros en una biblioteca de dimensiones espectaculares.

—Algún día pediremos permiso para ir a visitarla —me dijo mi padre.

—Algún día —pensé yo.

No había ni un alma en Hospitaliño. El taller de zapatería estaba cerrado y en el Café Zurich los clientes echaban las horas viendo la televisión y jugándose la suerte en la tragaperras de la entrada. En la plaza, un perro chupaba los restos de vino que los vagabundos tenían por costumbre beber frente a la fuente para sosegar antes de buscar un cobijo donde acomodar las pesadillas. Bajé por San Roque y Valle-Inclán y, al llegar a Santo Domingo, me santigüé. De la frente al pecho, del hombro izquierdo al derecho, invocando a la Santísima Trinidad. Era una manía heredada de mi padre, que siempre hacía lo mismo cuando pasábamos por allí:

—Santíguate, niña, que Rosalía te está mirando.

Y Alfredo Brañas. Domingo Fontán. Cabanillas y Asorey.

Mi padre y yo solíamos visitar el Panteón de Gallegos Ilustres una vez al año. Nos sentábamos en el escalón que antecede a las sepulturas y cada uno elegía con quién hablar. Supongo que por ser mujer, yo me sentía bien hablándole a Rosalía. O quizá era porque sabía de ella más que del resto. Entre las reliquias de papel que conservaba mi padre había una pequeña foto tomada con una polaroid a la página de *La Gaceta de Galicia* del 17 de julio de 1885 en la que publicaron la esquila de su muerte. Decía algo así como que la redacción entera *derrama una lágrima sobre su tumba*, entonces situada en el cementerio de Andina en Iria Flavia. Aquello debió impresionarme tanto que lo recuerdo como si Rosalía fuera una de las mías. Seis años después abrieron la tumba y la poetisa hizo su último viaje a Santiago. Y ahí se quedó para siempre, al calor de la eternidad que concede la piedra.

En esa época, aún no habían traído a Castelao de su exilio bonaerense. Eso ocurrió en junio de 1984 y mi padre me llevó al entierro como si fuera uno más de la familia. Lo vi llorar cuando sonó el *Laudate* de la Coral Polifónica de Pontevedra, que el propio Castelao fundó y llevó en sus recuerdos.

—*Pobre Castelao* —dijo cuando bajaron la caja del coche mortuorio engalanado por las autoridades para la ocasión—. *Morreu sin facer de Galicia un paraíso.*<sup>1</sup>

Gracias a aquel entierro, conocí la vida y milagros de Castelao, que, en realidad, no se llamaba Castelao a secas como yo creía, sino Alfonso Daniel. Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Había nacido en Rianxo en 1886. Hijo del marinero Manuel Rodríguez y de Joaquina, que le dio el apellido con el que se hizo célebre. Sus hermanas Teresa y Josefina firmaron la esquila publicada en *La Voz de Galicia* el 17 de enero de 1950, diez días después de su muerte en Buenos Aires.

#### SUS HERMANAS, JOSEFINA Y TERESA

*RUEGAN a sus amistades la asistencia a los funerales que por el eterno descanso de su alma se celebrará en la Iglesia de Santa Columba de Rianjo (parroquia natal del finado), el próximo viernes, día 20, a las once de la mañana, por cuyo favor quedarán eternamente agradecidas.*

*Rianjo, 17 de enero de 1950*

Eran los años duros del régimen. La prensa sobrevivía maniatada ante una censura que obligaba a escribir un «Rianjo» castellanizado y daba de comer a muchos ilustres que vivían o habían vivido de ella.

Leí en una biografía, poco cariñosa con el escritor, que Cela fue censor. Mi padre nunca me lo desmintió. Es más, me contó que cobró por ello:

—Trescientas setenta y cinco pesetas al mes. Se dedicaba a apuntar las irregularidades que cometían los periodistas en unos partes de incidencias que se enviaban a la Dirección Nacional de Prensa.

Aquello sí que me dejó helada. ¿Un Nobel censor?

—Es que entonces no sabía que iba a ser escritor, hija.

La tinta roja chorreaba sobre el plomo de las linotipias y parecía imposible una reconciliación con los vientos que soplaban de Europa. El régimen se resistía a practicar una máxima que repetían los corresponsales acreditados en España:

—Información que no das, información que te da la oposición.

Cuando un extranjero se desmadraba, Franco sentía la tentación de expulsarlo del país.

Mi padre no era de mucho hablar, pero cuando le venía en gana me contaba historietas que me entretenían tanto o más que los Zipi y Zape o los dibujos animados de Televisión Española. Mientras armaba con palabras sus recuerdos, yo intentaba ponerles color en mi cabeza. Pocas veces lo conseguía porque lo que revoloteaba en su memoria eran reminiscencias en blanco y negro de talleres malsanos donde los obreros —trabajadores o productores en el argot franquista— se jugaban los pulmones confeccionando páginas enteras a mano, respirando el hedor de la brea y el humo del plomo. Según mi padre, los talleres estaban en sótanos mal ventilados donde olía a cuerno quemado y hacía un calor insoportable. Los operarios tenían que beber mucha leche para limpiar la sangre contaminada por los tufos que desprendían las futuras letras del periódico. Eran tipos valerosos; algunos ni siquiera tenían conocimientos de gramática, pero eran capaces de hacer un diario sin cometer una sola falta de ortografía. Las manos de aquellos hombres soportaban a peso la pluma de célebres que ya no vivían para contarlo y en sus pies nunca faltaban calcetines. No se los quitaban ni en verano por si saltaba el plomo de la máquina. Seguro que Antonio Gades, que antes de bailarín trabajó en los talleres de *Abc*, se anduvo con ojo de no quemarse los juanetes.

—Eso no lo he llegado a ver yo —me decía mi padre—, pero lo cuentan los viejos. La verdad es que aquellos linotipistas eran los verdaderos artistas del periódico. Iban confeccionando las páginas línea a línea. En cada una cabían treinta y dos matrices, a razón de 6000 pulsaciones a la hora. Imagínate lo que suponía aquello... Decían que algunos articulistas se sabían de memoria las medidas y escogían las palabras para ayudar al cajista a justificar los márgenes.

Los titulares se siguieron haciendo así casi hasta que llegaron los ordenadores, ese invento milagroso que acabó con los talleres y modernizó las redacciones que conoció mi padre. Se apagó para siempre el redoble de las máquinas de escribir y los reporteros se fueron convirtiendo en gentes de cierto prestigio, que se retiraban a casa cuando terminaban su jornada. Con la modernidad, las mujeres de los periodistas dejaron de cenar solas y la bohemia se sintió tan traicionada que abandonó los cajones atestados de recortes y petacas enmohecidas, y se acomodó en otros fogones. Atrás quedaron los años del pan negro y los cines llenos de parejitas que se tocaban a hurtadillas en las últimas filas, al resguardo del acomodador que, en cuanto vislumbraba que un chico se excedía más de lo razonable, encendía la linterna. A los enamorados que se burlaban de la moral franquista los multaban, pero eso no era lo peor. Lo peor sucedía con el amanecer, cuando los padres de la muchacha descubrían su nombre en el espacio que los periódicos reservaban para este tipo de sanciones. Más de una fue desheredada por fulana. También las había que acababan en una de esas Casas de Tolerancia que proliferaron en la época hasta 1956, cuando el régimen debió rendir cuentas por su doble moral y prohibió la prostitución.

Si las cosas andaban así, no era de extrañar que en las aldeas se redactara el bando municipal que perseguía a los enamorados. Y mucho menos extraño resultaba imaginar cómo se las apañaron los periódicos para elogiar sin elogiar a Castelao.

*Habiendo fallecido en Buenos Aires el político republicano y separatista gallego Alfonso Rodríguez Castelao se advierte lo siguiente:*

*—La noticia de su muerte se dará en páginas interiores y a una columna.*

*—Caso de insertar fotografía, esta no deberá ser de ningún acto político.*

*—Se elogiarán únicamente del fallecido sus características de humorista, literato y caricaturista.*

—*Se podrá destacar su personalidad política, siempre y cuando se mencione que aquella fue errada y que se espera de la misericordia de Dios el perdón de sus pecados.*

—*De su actividad literaria y artística no se hará mención alguna del libro Siempre en Galiza ni de los álbumes de dibujos de la guerra civil.*

*Cualquier omisión de estas instrucciones dará lugar al correspondiente expediente.*

Esta orden de la Dirección General de Prensa sobre lo que podían y no podían publicar se remitió a todas las redacciones un día después de la muerte del escritor. Siguiéndola, *La Voz de Galicia* publicó:

*Dejando aparte en esta hora piadosa de la muerte, la actividad política de Castelao y los errores ideológicos en que haya podido incurrir, es de justicia proclamar que Castelao con su lápiz de caricaturista y su pluma de literato fue un artista genial que deja en pie una obra duradera.*

No menos recatado fue *El Correo*:

*Con la salvedad que imponen distancias ideológicas, o la actividad del hombre en el terreno político —que no somos los llamados a juzgar ni entrar en los rigores que ello pudiera suponer— se ciñe nuestra nota a la memoria del artista y del gallego (...).*

Por suerte, a diez mil kilómetros, la inmigración no recibía órdenes y acomodó a Castelao en el panteón del Centro Gallego del cementerio de la Chacarita, construido sobre un lecho de tierra de las cuatro provincias.

Cuando el escritor volvió a su querida *Galiza*, solo Teresa quedaba con vida para ver cómo se resarcían las imposturas de la censura. La anciana mujer contaba entre palabras recortadas por la emoción que la última vez que lo vio con vida fue en el 36, en un mitin en Vilagarcía, adonde su madre la mandó de recadera para darle un beso. Como si fuera un presentimiento, se convirtió en una despedida improvisada que precedió al estallido de la guerra.

A partir del segundo entierro, el de Compostela, yo incorporé a Castelao a mis favoritos y empecé a leer cuanto había en la biblioteca de nuestro salón.

A los jardines de Bonaval se accedía por el Museo do Pobo Galego. Resultaban tenebrosos, pero los recovecos y la frondosa vegetación me garantizaban la transparencia a la que debía encomendarme para no ser descubierta por el cazador de pensamientos. Las hojas chirriaban a mi paso. Los árboles movían sus ramas, como si estuvieran estirándose antes de dormir la noche. Las luces de las farolas prolongaban las sombras hasta el infinito. La mía también. La mía me precedía. Hacía de escolta fiel y guardesa de mis miedos.

—Tranquila, tranquila, yo voy primero.

Recuperé los recuerdos de la primera visita a Bonaval y cerré un instante los ojos para pensar en mi madre, en el alma de mi madre que debía de estar revoloteando en el aire, contemplándome, quizá orgullosa, por mi gallardía.

—Tranquila, tranquila, yo te cuido.

Me toqué el corazón y el hombro. Confié en mi padre y luego en ella. Miré hacia los tejados, en los que imaginé el séquito de ánimas, y a él me encomendé para vencer el pánico salvaje que me recorría el cuerpo. Me subí los cuellos del abrigo y abrí el paraguas. No llovía, pero así, si alguien merodeaba por allí, podría advertir mi presencia antes de chocarnos en la oscuridad. Rodeé la fachada del panteón y encaré los veintidós escalones que me llevarían hasta el cementerio. Un gato saltó desde una de las ventanas y pasó delante de mí maullando desesperadamente. Otro le siguió y empezaron a pelearse en medio de la explanada de césped verde y húmedo, antesala del lugar escogido por los vivos para dar descanso a sus muertos. De repente comprobé que aquello no era una pelea. Estaban retozando como animales que eran. La luz de los farolones iluminó sus bocas afiladas y sus rabos erguidos de placer. Me pareció un sacrilegio. Respiré hondo y seguí subiendo escalones. No quería hacer el más mínimo ruido. Me atemorizaba que Timoteo pudiera descubrirme. O que mis pasos despertaran a algún otro bicho. Cuando hube subido los veintidós peldaños, a escasos diez metros del lugar santo y el ciprés que marcaba la mitad exacta entre los nichos, me senté a escuchar la noche. Un pajarraco se sacudió las plumas y emprendió el vuelo justo encima de mi cabeza. Descubrí que Bonaval era un paraíso de aves nocturnas que se desperezaban al abrigo de las sombras y la luz de la luna.

Emitían sonidos que solo ellos eran capaces de descifrar, un ritual fantástico de melodías perfectamente acompasadas. La vida secreta de aquellos pájaros me entretuvo unos minutos, pero enseguida volvió mi congoja.

—¿Qué demonios hago yo aquí?

Se tambalearon todos los cimientos sobre los que me había apoyado durante los últimos meses. Timoteo. Urbano. Fernando, el escritor portugués. ¿Y si aquello era una mentira rabiosa, una fabulación carente de sentido? No era la primera vez que las dudas se apoderaban de mí, pero sí la única en la que me sentí desbordada por el devenir de los acontecimientos. Quizá el borracho, del que no sabía ni su nombre, me había engañado para traerme hasta aquí y descuartizarme bajo las tinieblas endemoniadas de la noche. Ciertamente mi padre solo me había hablado de las bondades de las ánimas, pero también debía de haberlas malvadas y pendencieras. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No sé si de arriba abajo o a la inversa, pero lo cierto es que en el estómago sentí la efervescencia del miedo. Un miedo espeso y cruel que, según caía la noche, se fue transmutando en soledad. Me sentí exactamente igual que el día de la muerte de mi madre.

Sola.

Sentí los dedos de la abuela en mi frente, su ardoroso rezo y sus peticiones al aire. ¡A saber quién las escuchó! A lo sumo, el abuelo Ramón oyó aquellas plegarias desde su refugio de mármol en el que fueron creciendo hongos, musguitos de todos los colores y caracoles azules que brillaban con la luna llena. ¿Cómo habría sido la vida con mi madre? La pregunta me zarandeó la cordura. Lo peor de perderla no fue perderla, sino fabularla. Imaginarla a mi lado. Imaginarme con ella.

Con ella al otro lado del teléfono.

Con ella el primer día de colegio y el último de cada año.

Con ella en las tutorías y con ella esperando a mi padre en las largas noches de ausencias.

Con ella.

Abrazarla por la mañana y que ella me abrazara. Solo eso.

Habríamos compartido lecturas y películas de vídeo. Sesiones de cine y de parchís en casa de la abuela o en nuestro hogar de Caldeirería. Con ella habría descubierto la metamorfosis de mi cuerpo, el sublime despertar de mis

sentidos, la cálida (y caótica) acogida de la pubertad. Las lucubraciones solían desembocar en sueños, pero aquella noche no podía permitírmelo. Miré al cielo para buscar la estrella que más brillaba y miles, millones de ojos se posaron sobre mí. Miradas y más miradas. Parpadeos brillantes a ritmos distintos y desordenados. Me froté los míos y comprobé que aquello que estaba viendo era del todo cierto. Yo estaba allí, en aquel preciso instante ante un sinfín de pupilas.

—¿Y quién te dijo que no vendría nunca más?

—Habladurías, ya sabes. La gente habla y habla, y a veces hay que creerlos.

Las voces rompieron la abstracción de mis pensamientos y me pusieron en guardia. Me levanté del murete de piedra sobre el que me había sentado a pensar en mis cosas y me concentré en los ecos. Venían del otro lado de la tapia. Alguien estaba allí. Debían ser, por lo menos, dos personas. Un hombre y una mujer. Dos.

—¡Pamplinas, mujer! Anduvimos de despedida. Se marchó Urbano, ¿sabes?

—¿Y dónde fue?

—Volvió a su casa para custodiar el panteón familiar.

¡Urbano! El nombre del mago me dio la clave. Uno de los que hablaban era Timoteo. No había duda. La mujer preguntó:

—¿Y quién le sustituirá?

—Aún no tiene sustituto. Buena le liaron Dori y Tomás. Trataron de retenerle por todos los medios, pero se le puso entre ceja y ceja que debía marchar y marchó. Casi como tú.

—Yo tenía una cuenta pendiente. ¿No irás a reprochármelo a estas alturas?

—*Neniña*, yo no te puedo reprochar ni las heridas que aún supuran de la cabeza a los pies. Yo a ti no te reprocho nada. Nadie sabe lo que pasé, pero ahora me consuela tenerte cerca, poder charlar así, despreocupadamente. ¡Mira! Hoy estuve a punto de traerte empanada de *chouvas*, pero luego pensé: ¡para que se la coman los cuervos, mejor lo dejo estar!

—¡Ay, viejo! No cambiarás.

El silencio volvió a invadir las penumbras. Las sombras se impusieron y la negrura de la noche se comió las palabras. Se evaporaron, se perdieron en el aire entre las ánimas que pueblan la ciudad de Santiago de Compostela. No me sentí dichosa por haber conseguido el fin último de mi expedición. No. Todo lo contrario.

—¿Dónde vas así de rápido? ¡Siempre corriendo, Arminda!

Un cortejo de libélulas brillantes se llevó a la mujer, que se perdió para siempre en aquel cementerio maravilloso.

Ya no podía seguir agazapada. Debía presentarme ante Timoteo y explicarle que yo también era partícipe de su secreto. Había hecho mío su cazamariposas y empezaba a hacerse urgente el uso de sus servicios.

Cerré el paraguas, lo dejé en el suelo y empecé a andar con el mismo sigilo con el que había llegado hasta allí. La hierba mojada me caló los zapatos y los dobladillos. La humedad fue escalando por el pantalón. La sentí en los tobillos, ya fríos y entumecidos tras las horas de espera. Los minutos se hicieron eternos. Interminables. Odiosos. Cogí aire, cerré los ojos, di un paso al frente y dije:

—¡Buenas noches!

Ignoro por qué grite, pero lo cierto es que lo hice. Alto y claro pronuncié aquel «buenas noches», que en la inmensidad del cementerio vacío debió resultar indecente.

—Buenas noches —repetí conteniendo el tono—. ¿Hay alguien por aquí?

Me sentí ridícula. ¡Claro que había alguien! Lo había escuchado hacía unos minutos. Otra cosa es que los moradores quisieran contestarme. Una pequeña llama de cerilla prendió en la oscuridad, pero, apenas aprecié la chispa, se desvaneció. Quien la hubiera encendido debía estar lejos, al fondo de la campa. El tufillo de un cigarro invadió el aire. Era la prueba irrefutable de que alguien merodeaba cerca de mí, más cerca de lo que yo podía imaginar. Más cerca que el destello de la cerilla.

—Está bien. Ya me voy.

Me di media vuelta con el firme propósito de salir corriendo.

—Cuanto antes, mejor —pensé.

El silencio que siguió a mis palabras, lejos de estremecerme, me enfadó: si allí no había nadie, yo podía estar volviéndome loca. Tenía la certeza absoluta de que había oído las voces, pero empezaba a ser más que probable que solo estuvieran en mi imaginación. En esas andaba, a punto de ser yo la que prendiera un cigarrillo, cuando una mano se posó sobre mi hombro.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! —aullé.

Empecé a llorar desconsoladamente. El miedo paralizante impidió que me diera la vuelta y mi cuerpo cayó sobre la hierba empapada de aquel cementerio.

—Mamá, mi mamá.

El llanto apenas me dejaba conciliar el caudal de emociones que recorría mis venas. Solo podía llamarla a ella. Solo a ella.

—¿La has pensado lo suficiente, hija?

Reconocí inmediatamente a Timoteo, el cazador de pensamientos.

—Cada minuto de mi vida.

Fui incapaz de decírselo. Me levanté y salí corriendo, dejando allí, sobre el suelo mojado de lágrimas, un cigarrillo rubio, un mechero rojo y una cruz de Caravaca con el revés negro como el carbón.

Apacigué la congoja del encuentro de Bonaval con una expedición al circo. La había ido aplazando y, dado mi estado de desconcierto, no encontré mejor manera de pasar la tarde de aquel día de principios de mayo. La carpa del circo ocupaba una enorme explanada cercana a la universidad. De la noche a la mañana, quedó sembrada de caravanas donde vivían las mujeres, los hombres, el enano y las fieras. Caravanas con duchas incluidas y armarios para guardar las botas de charol de caña alta y los fracs rojos. Dormían de cuatro en cuatro, en dos literas plegables. Las duchas de cable con cisternas de depósitos recargables habían quedado instaladas en un recinto contiguo, al lado de un prado donde pastaban los caballos; los perros dormían panza arriba sobre el suelo de serrín y los elefantes jugaban con el agua del abrevadero. Un gato ajeno al clan merodeaba entre las tinas en busca de alguna raspa para llevarse a la boca. Me acerqué a la valla para curiosear, pero enseguida un hombre vestido con un mono verde advirtió mi presencia y no tardó ni un minuto en reprenderme:

—Oiga, oiga, ¿dónde va?

—Disculpe, señor. Solo quería ver de cerca los animales.

—Están descansando. Si quiere comprar entradas, vaya a la taquilla.

—Correcto. Perdone.

El hombre regresó a su silla plegable de rayas azules y blancas convertida, improvisadamente, en un puesto de guardia para proteger a las gentes del circo.

Las entradas costaban todos mis ahorros. ¡Y no eran ni siquiera de primera fila! La función de la tarde empezaba a las cuatro. Agoté el tiempo dando vueltas a la carpa hasta el redil de los animales y vuelta a la taquilla. Desde la distancia vi como el hombre del mono verde se llevaba a las bestias a una especie de cuadras portátiles donde los emperifollaban para el

espectáculo. Cuando solo faltaba media hora, una comitiva de hombres y mujeres se desplegó en la explanada para dar el visto bueno a los disfraces. A los perros les habían colocado gorritos de papel y un pompón en el rabo. A los caballos, plumas en las crines y a los elefantes, absurdos lazos de colores en la trompa. Se dejaban hacer con tanta docilidad que me dieron pena. Se miraban los adornos de reojo y parecían llorar sin lágrimas.

Las puertas se abrieron y algunas de las hermosas chicas que había visto en Obradoiro se encargaron de pedirnos las entradas. Las luces del circo se encendieron y miles de focos iluminaron las gradas inundadas de una marea humana que sonreía.

Niños con padres.

Parejas sin niños.

Viudas y viudos.

Recién casados.

Los brillos me cegaron hasta que Carlos *el Invencible* apareció en escena. Disimulaba su estatura subido en una especie de escalera metálica decorada con guirnaldas. En una mano llevaba una bengala y en la otra, el micrófono desde el que hablaba con desparpajo.

—Y con todos ustedes, ¡los caballos del circo!

El Circo. El circo de los nómadas que recorrían las tierras del mundo sembrando sueños. Aunque solo fuera por protagonizarlos, hice un esfuerzo por retroceder a la infancia y me concentré en el show que desfilaba ante mis ojos. Quizá mereciera la pena.

Los caballos trotaban en la arena, disfrazados con minifaldas de volantes sujetas a la cincha con enormes imperdibles. Al grito de «¡alehop! », saltaban, se arrodillaban en la arena o hacían una cabriola que los mantenía en el aire unos segundos. La vida de ese circo tenía un doble maquillaje. El que veían los niños y los abuelos, y el que escondía las penas de todos esos artistas vagamundos, que quizá soñaban con dejar de serlo para echar el ancla en alguna aldea con vistas al mar. Eché la tarde observando el desdén de los elefantes, el poco lustre de sus trompas y su andar errante, torpe y dolorido. Me estaba empezando a sentir mal cuando, por fin, apareció en escena *Arturo*, el rinoceronte blanco. Los flashes de las cámaras de fotos se dispararon hasta iluminarlo por completo. Estaba amaestrado para quedarse

parado en medio de la arena y cabecear hacia los lados como si estuviera saludando a su público. Una palmada de las gradas superiores desencadenó una ovación. Arturo apenas se inmutó, pero su cuidador sí reaccionó con entusiasmo al entusiasmo de la gente. Cogió el micrófono de Carlos *el Invencible* y empezó a hablar sin parar, apoyado en las espaldas del rinoceronte con una pose que me pareció ridícula.

—*Arturo* proviene de latitudes que solo se estudian en los libros. Jamás visitaréis la tribu de indígenas que vio nacer a este rinoceronte blanco, ¡el único de España! ¡El más grande de Europa! Disfruten de este momento único.

El domador-cuidador de *Arturo* le acarició primero el cuerno grande y luego el pequeño y, de un salto, se sentó sobre su lomo y lo azuzó con los talones como si fuera un caballito de feria. *Arturo* empezó a andar más lento y torpe que los elefantes, avanzando escasamente un metro por minuto. Me pareció que sus ojos diminutos estaban cerrados. Resignados.

—¡Vamos, *Arturo*! ¡Vamos!

Desde la barrera, una mano invisible agitó una tralla. El rinoceronte blanco aligeró el paso y el domador-cuidador se puso de pie sobre él al tiempo que tiraba al aire pelotas de colores. El número de *Arturo* apenas duró unos minutos más. El animal parecía cansado o quizá es que los rinocerontes son vagos por naturaleza. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que se oyeron algunos abucheos y grititos de niños que pedían más.

—¡Que vuelva *Arturo*! ¡Que vuelva *Arturo*!

—¿Para esto hemos pagado? —preguntaban los padres.

Una manada de perros acalló las quejas. Unos cincuenta dálmatas salieron a escena con una actuación digna de los mejores elogios. Los chuchos atravesaban aros de fuego, se colgaban del trapecio y caían en una colchoneta elástica que los rebotaba hasta una plataforma. Sí, los perros parecían encantados, los únicos satisfechos con sus exhibiciones de agilidad y destreza. Movían el rabo satisfechos, quizá porque les esperaba una buena recompensa cuando terminaran la faena.

A los perros les siguió el lanzamiento del hombre bala. Durante un minuto el circo se apagó. Los trabajadores aprovecharon la oscuridad para colocar una enorme cama hinchable en medio de la arena. Las luces

volvieron y, desde un extremo que yo no podía ver, salió disparado el hombre bala. Llevaba un traje de astronauta blanco, botas azul galáctico y casco brillante. Su lanzamiento estuvo precedido de un estruendo ensordecedor. ¡Pum! Los más pequeños empezaron a llorar, pero el hombre bala no los oyó porque tenía tapones de cera en los oídos. Al aterrizar rebotó varias veces en la cama hinchada, hizo un par de piruetas para disimular y se levantó tambaleante con los brazos abiertos hacia su público.

El hombre se quitó el casco y pude comprobar que no era ningún jovencito. Era un hombre entrado en años, casi calvo, de nariz afilada y mentón protuberante. Sonreía y de sus paletos salían destellos dorados que se confundían con los haces de luz de los focos.

La función estaba a punto de terminar, pero antes de echar el telón, por fin vimos a las chicas. Iban ataviadas con trajes militares, de los que fueron desprendiéndose al ritmo de la música hasta quedarse casi desnudas. Tapaban los pechos con unos sostenes minúsculos que brillaban casi más que los dientes de mentira del hombre bala. Los acordes animaron el graderío con palmas y silbidos de los padres más atrevidos. Antes de retirarse, abrieron una especie de alforjas que llevaban colgadas de sus culotes y empezaron a repartir caramelos, piruletas, globos de colores y confeti. Era la guinda a la fiesta del circo.

Carlos *el Invencible* volvió a escena y, sentado en el trapecio, dio por finalizada la función:

—Señoras y señores, niñas y niños, ¡cuenten lo que han visto y nunca dejen de soñar!

Los aplausos se fueron difuminando en el aire, se perdieron entre los armatostes del escenario y los bufidos de las bestias.

Esperé a que desalojaran las primeras filas. ¿De qué pensaba escribir mi padre? ¿Acaso se había convertido en un periodista de la sección de espectáculos? Desde luego que no estaba obligado a informarme de cada artículo que escribiera, pero debía reconocer que encontrarlo en la presentación del circo seguía impresionándome.

Olía a lluvia en los alrededores del circo. Compré un vaso de granizado y me senté a beberlo al lado de la taquilla. El guardián del mono verde ya no estaba en su silla de rayas, así que pensé que nadie podría prohibirme estar allí, contemplando la trastienda del circo. Imaginé lo que yo haría si fuera artista. Estaba claro que no despertaría la misma pasión que las mujeres de las piruletas y los globos. Tampoco tendría futuro como mujer bala, porque solo imaginarme por los aires me provocaba mareos. Quizá sería una buena directora del show de los perros. Sí, sería domadora de perros. Me sorprendí sonriendo con la pajita del granizado entre los labios. Había conseguido aparcar por unas horas los pensamientos atormentados de mi noche en Bonaval. Ni siquiera había pensado en Timoteo. Ni en Urbano. Ni Jorge había vuelto a mi cabeza. El circo no había estado del todo mal.

Me disponía a volver a casa cuando, de repente, un alboroto de aullidos llamó poderosamente mi atención. Lancé el vaso vacío a una papelera y, sin dudar, me acerqué a la valla. Lo que descubrí se grabó a fuego en mi memoria, tanto que aún hoy el recuerdo teñido de una especie de tristeza infantil me sigue removiendo por dentro. El hombre del mono verde había atado a un cordel a los cincuenta perros y, estropajo en mano, restregaba sus cuerpos peludos para borrar los lunares que les hacían pasar por verdaderos dálmatas. Evidentemente, no lo eran. Todo lo contrario. Eran simples fierecillas de perrera, amarillentas por el amoniaco o lo que fuera el ungüento con el que aquel hombre frotaba sus pieles irritadas.

Cuando terminó la operación, los animales corrieron despavoridos a tumbarse sobre el serrín de los caballos para aplacar el dolor y secar las heridas. El agua los había mermado hasta dejarlos cadavéricos, escuálidos. Escocidos.

El circo.

Nada es lo que parece. Y según iba creciendo, me reconcomía más la sensación lúgubre y tenebrosa de estar viviendo en un escenario que, en cualquier momento, podía evaporarse para siempre.

El circo.

Nadie me lo había contado. Fui descubriéndolo sola, a golpe de golpes, de lunares que se disolvían con una manguera, magos que se ahorcaban con sus pajaritas y madres que, a la larga, no eran de verdad.

Mi vida empezaba a ser un circo en sesión continua.

Aún no había anochecido, pero el día se estaba desmoronando y un velo nebuloso se apoderaba de nuestra calle. El recibidor de nuestro portal estaba oscuro. Solo se colaba la luz tenue de las bombillas del bloque de enfrente. Resultaría insignificante para buscar una moneda, pero resultaba suficiente para localizar nuestro buzón, abrirlo y recoger las cartas. Me detuve un minuto y comprobé que no había ninguna para mí. Como siempre, eran cartas del banco y de la eléctrica.

La puerta de uno de los pisos se cerró de golpe. El estruendo seco me paralizó por completo. Salí precipitadamente a la calle, me coloqué bajo el soportal de la casa de Nicomedes y esperé. Una sombra con perfil de mujer se precipitó bajo la bruma. Vestía un abrigo marrón y una boina de lana. Se perdió como un espíritu por las callejuelas, pero me dio tiempo a ver la trenza larga, muy larga, casi hasta la cintura, que brilló cuando torció en la primera esquina.

La vivienda estaba cerrada, pero no con llave. El manillar cedió y se abrió. Las charnelas oxidadas chirriaron.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Nadie me contestó. Parecía evidente que el piso estaba absolutamente vacío. Dejé entornada la puerta y entré de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible. La distribución era muy parecida a la de nuestra casa. A la derecha, la pequeña cocina con ventana al patio y, a la izquierda, el salón con ventanales a Caldeirería. Frente a mí se abría un pasillo con habitaciones a los lados. Husmeé en la cocina y en el salón antes de enfilear el lóbrego corredor, tan oscuro como el nuestro. Las paredes debían llevar años sin retocar. El techo estaba descascarillado y el amarillo original de la pintura parecía más bien un sucio verdoso. En una esquina había un barreño que recogía el agua de una gotera abultada con forma de manzana pocha que supuraba la mugre de las cañerías. Me invadió una sensación de frío. Hacía frío allí, sí. Lo recuerdo con nitidez. Frío y una humedad endiablada. El parquet había perdido todo el brillo. Las tablillas de madera estaban pringosas

y ennegrecidas. Imaginé a la bestia del hombre correteando por ese pasillo, cinturón en mano, persiguiendo a Lupe, que, a todas luces, era la mujer de la trenza. La cama del dormitorio principal estaba deshecha. Los cajones de las mesillas, abiertos, y en el armario empotrado colgaban pantalones y faldas de unas perchas de plástico rojas y azules. Los sostenes y las bragas compartían espacio con los calzoncillos de algodón blanco. El desorden era monumental, reflejo de una vida azarosa, entre palizas y licores baratos. ¡Santo cielo! Las sábanas estaban manchadas de sangre. Aquella visión me revolvió el estómago. Di media vuelta y, luchando contra el pavor que me provocaba estar fisgando en casa ajena, abrí la puerta de la habitación contigua. Las persianas de la ventana estaban bajadas, de tal forma que el espacio se iluminó con la escasa luz del pasillo. Al fondo, pegada a la pared, había una cama pequeña, más pequeña incluso que las camas de los niños. Un cuerpo yacía bajo el edredón abultado. Me asusté al comprobar, sin ningún género de duda, que alguien dormitaba allí.

No sé cómo fui capaz de seguir adelante, de acercarme a aquel nicho con colchón donde descubrí a una anciana completamente ausente. Estaba calva y respiraba entre ronquidos y gemidos solo perceptibles a los pies del jergón. Sobre una mesa redonda, alguien había dejado un plato con restos de puré y un vaso de agua. Quise salir corriendo cuando el llanto de un bebé rompió el silencio de la casa. Atemorizada, no pude evitar encender la luz. Al lado de la cama había un canastillo y dentro, arropado entre toallas, un bebé recién nacido lloraba desconsoladamente. Creo que la anciana era sorda porque ni se inmutó. Estaba tapada hasta la boca y sujetaba el edredón con sus manos huesudas y deformadas. Las uñas eran largas y amarillas. Las ojeras, violetas y los labios finos se fundían con los surcos que la piel había ido formando desde la frente hasta el cuello. La cara de aquella mujer era la vívida imagen de la muerte. Más que Nicomedes en su balancín, más que mi madre desplomada en el mármol de la cocina de la abuela. Sí, la muerte estaba en aquella anciana, en el hilillo de baba espesa que se descolgaba de la comisura de una boca que temblaba en cada respiración como si la vida se le fuera a escapar por ahí. El bebé se calmó de repente. Debía de estar acostumbrado a la soledad de aquella habitación, a que nadie meciera su cuna. Me acerqué y

comprobé que había perdido el chupete. Se lo puse y lo mordió como si fuera el pecho de la madre. De su mano derecha colgaba una pulsera de plástico con un nombre escrito a rotulador negro: *Flavia*.

Inmediatamente coloqué las piezas del puzle. Aquella niña era la hija de la mujer que había visto salir de nuestro portal. La Lupe. La misma Lupe que trabajaba en el bar de Dori. La dueña del pecho cansado y la espalda molida de secar vasos. La que parió a destiempo y provocó un vahído considerable en las ánimas que sobrevolaban Compostela.

Ya no podía aguantar más tiempo allí. Apagué la luz y salí apresuradamente. Al llegar al recibidor reparé en una foto que no había visto al entrar. En ella aparecía la mujer con un niño sobre sus piernas. Los dos sonreían.

Tampoco era la primera vez que yo veía esa sonrisa.

En aquel momento no podía imaginar que estaba empezando a desmaquillar a los dálmatas del circo de mi vida.

Bajé hasta el portal a toda prisa, entre furiosa y asustada. La mujer de la trenza podría haberme encontrado allí, husmeando entre sus cosas, descubriendo el que podía ser su secreto mejor guardado. Me sentía un poco intrusa, ladrona de una intimidad que no me pertenecía. ¿Acaso me creía superior a los demás? ¿Me creía dueña de las vidas ajenas? ¿Quién era yo para violar la cama de una anciana moribunda o la cuna de una inocente criatura?

La calle era un cenagal de fantasmas. Habían cortado la luz en Caldeirería, Xelmírez, Preguntoiro y alrededores. Cualquiera podía camuflarse entre las sombras y pasar inadvertido después de cometer un crimen. Me asaltaron pensamientos horribles: un asesinato a cuchilladas, un robo en la puerta de la Catedral... El miedo me había sobrecogido. Notaba el pulso acelerado. La noche siempre daba coartada a quien pudiera necesitarla. Y la noche, sin el reflejo de los faroles, más todavía. Las mujeres encendían una cerilla para acertar en la cerradura del portal y los hombres parapetaban con las manos los mecheros para alumbrarse y no perder la dirección de sus pasos.

No había ni un alma en Obradoiro. Las luces también se habían fundido para los curas del seminario y los políticos. La fachada del Pazo de Raxoi estaba completamente a oscuras y del Hostal de los Reyes Católicos solo se escapaban los reflejos de unas enormes velas colocadas en la puerta principal. Creo que nunca había visto apagado el luminoso del hotel El Peregrino, tal y como estaba aquella noche. Las nubes galopaban a trancos de gigante en el cielo y una inminente tormenta nos amenazaba con su aliento húmedo. Allí mismo, en aquel preciso instante, el mundo podía ser devorado por los

elementos. ¡No había ni estrellas! Era como si hubieran perdido todo su lustre. Como si los astros también estuvieran necesitados de las tinieblas para obrar una fechoría sobre la humanidad.

No me dio tiempo a guarecerme bajo los soportales cuando empezó a llover con furia. Rayos y truenos cayeron sobre Santiago de Compostela con tal ímpetu que consiguieron sobrecogerme. Aquello sí que era una tormenta en toda regla. Los destellos de los rayos iluminaban la Catedral. ¡Santo cielo! Duró seis o siete minutos, ¡pero qué larga se me hizo la espera, caladita como estaba, asustada y ansiosa al mismo tiempo! El aire se preñó de las esencias que porta la lluvia. Una mezcla de cangrejos y langostinos; de humo de horno de pan y musgo; de tierra fértil y vaca; de lo nuestro. Respiré profundo y me reconcilié con mis miedos, pensando que así me serenaría.

Había luz en el semisótano, pero el estudio de Fernando, en cambio, estaba apagado. Me sorprendió sobremanera que el escritor no estuviera escribiendo. Dudé unos minutos sobre si debía llamar a la puerta. Saqué un cigarrillo y lo fumé frente a la casa. Me pareció que una suerte de sombras escalaba la fachada de San Fructuoso, como si cada cual estuviera volviendo a su aposento reptando por las piedras mojadas de la iglesia. Me acerqué al portal y encontré tres postales. Estaban arrugadas y empapadas por la lluvia. Las recogí y traté de descifrar el significado de aquellas letras borrosas. Una de ellas era totalmente ilegible. La segunda podría darme alguna pista, pero en la tercera, aunque el agua había corrido la tinta, fui capaz de leer el nombre de Timoteo. A él estaba dirigida y la firmaba Arminda.

*Querido Timoteo,  
Mi vida mexicana solo me depara las recompensas de  
los recuerdos que llevan tu nombre. Deseo que algún  
día nos encontremos y volvamos a compartir la  
felicidad que sentí durante mi estancia en la ciudad  
de Santiago de Compostela.  
Siempre tuya, Arminda.*

La apoyé en el alféizar de la ventana del semisótano para que se fuera secando y me marché de allí.

Más ribeiro.

Fernando el escritor sorbía de la taza y aspiraba el humo del puro más grande que jamás había visto.

El viento se colaba por las rendijas de la puerta de El Gato Negro dando brío a los ánimos de la barra.

Más ribeiro.

Y el vino cuajaba en las almas azoradas por los quehaceres diarios.

—Ponme un ribeiro, Carolo.

Me sumé a la colección de soledades que, ordenadamente, se habían dispuesto frente al mostrador de Carolo. En aquella barra se podían escuchar las historias más bonitas del mundo contadas de primera mano. No era de extrañar que Fernando también se hubiera hecho un hueco para dejarse imbuir por la magia de quienes hablaban sin reparos ante una audiencia preparada para creerse las fantasías más inverosímiles. Aquel día solo faltaban Timoteo y Urbano.

A la derecha de Fernando estaba Vitorín, el jardinero del pazo de los González de Armiña, herederos del ducado de Montirón. Lo conocía porque una vez salió en el periódico por su magistral labor de conservación del seto de boj que los nobles originarios diseñaron en el claustro del palacio. Era una filigrana natural que recortaba tres veces al año manteniendo la remota traza de su creador. El artículo fue la recompensa al trabajo esmerado de aquel hombre rechoncho, barrigudo y zambo. Además de pulir el boj, Vitorín domaba los fértiles jardines que crecían tras los muros de la propiedad: palmeras, robles, magnolios... hasta cien especies distintas de las que alardeaba como si los árboles fueran sus hijos. No en vano, cuando nació Camelia, su primera y única hija, pidió permiso al duque para plantar una al lado de su casa bajo un camastro de hojarasca y serrín, en el que creció como si aquel rincón fuera un pedazo de tierra oriental. Cada día, antes de que despuntara el sol, Vitorín se colocaba su chubasquero, se calzaba unas botas de goma y, de mata en mata, buscaba las flores más bonitas con las que adornar el desayuno de la duquesa, que acostumbraba a tomar té y pastas danesas en el mirador acristalado de su dormitorio. Cuando abría el ventanal, entraba el aroma fresco y el olor de los capullos. El jardinero contaba que las doncellas masajearan los pies y los tobillos de la noble mujer mientras ella

retaba con la mirada la belleza milenaria que asomaba ante sus ojos. Vitorín no falló ni un día en su entrega. Ni el día que su esposa parió la más bella de sus creaciones.

Vitorín paraba de cuando en cuando en El Gato Negro. Era bienvenido porque amenizaba las veladas con cotilleos que escuchaba a las amigas de la duquesa cuando paseaban por los senderos del pazo.

—Dicen mis señoras que se avecinan cambios en el gobierno de la Xunta. Y que viene para aquí un ministro de Franco.

Podía equivocarse en los plazos, pero no en el fondo. Y así fue. Muchos años después de que Vitorín diera la voz de alarma, un ministro de Franco, don Manuel Fraga Iribarne, fue presidente de Galicia.

—¡Ojo con el de Villalba, debe ser de armas tomar! Mis señoras cuentan que hasta le plantó cara al Generalísimo. Al parecer, Franco se lo llevó a dar un paseo por El Pardo y, entre encina y encina, le ofreció ser ministro de Información y Turismo. Y ¿a que no sabéis lo que le dijo? Pues ni corto ni perezoso, Fraga le puso condiciones: «Acepto, pero no le pienso consultar nada. Yo tomaré mis decisiones y cuando crea que me tiene que cesar, me cesa». Oye, y funcionó. Dicen que Franco solo lo llamó una vez para hablarle del indulto de un comunista.

—¿A favor o en contra, Vitorín?

—Mis señoras no llegan a tanto.

—¡Siempre te quedas a medias!

Al tiempo de esta charla, Vitorín volvió a la barra de Carolo con los ojos como platos.

—Fraga ha estado en el pazo. Y ha hablado conmigo. ¿Y sabéis lo que me ha contado?

Jamás olvidaré el relato del viejo jardinero de los González de Armiña. Por boca de Vitorín yo conocí a aquel político, al que muchos años después vi en carne y hueso en la plaza del Obradoiro, descendiendo de un coche de lujo adornado con banderines de color azul y blanco. Y de la misma forma descubrí cómo aquel ministro de Franco camelaba a los periodistas de la época: aquellos redactores que trabajaban a sueldo en los periódicos de la cadena de prensa del Movimiento, que es lo que había.

Cuando Fraga llegó a El Pardo, le enseñaron la sala de prensa en la que debía comparecer después de cada Consejo de Ministros.

—Aquí se sienta el ministro y aquí los periodistas —le explicaron—. Y aquí tiene usted dos botellas, una de coñac y otra de anís. La habilidad del ministro consiste en que nadie tome.

—¿Tan mal estamos de presupuesto? —preguntó Fraga.

—No, es para que no pregunten más de la cuenta.

Ser ministro de Información significaba ser el jefe del libro de la censura que especificaba lo que se podía decir o, mejor dicho, lo que no se podía decir en los periódicos. Fraga lo heredó de Arias Salgado. Nada de bikinis, nada de palabras de mal gusto, nada de referencias a la República, al suicidio, al obrero, a la homosexualidad...

Nada.

Aquel librito era el credo de todo el que quisiera ganarse el jornal como periodista.

Los clientes del Carolo escuchaban al jardinero como si fuera un mesías. Nadie en aquella barra se había sentido más cerca del poder que cuando Vitorín largaba sin contemplaciones secretos de Estado. Nunca supe por qué mi padre no se sumaba a aquellas borracheras. Yo, que entonces creía que era cronista político, me sentía tentada de contarle cuanto allí se decía, aunque corriera el riesgo de que me prohibiera volver.

Siguieron bebiendo y bebiendo, y yo con ellos, hasta que me di cuenta de que el ribeiro me había emborrachado. Creo que solo una vez en mi vida mi padre me había dejado mojar los labios en un vino blanco que hacía el panadero de la aldea. Y desde entonces no recordaba haber repetido. Pero ni siquiera en tal estado fui capaz de romper la frontera que nos colocaba a unos a un lado de la barra y a otros, al otro. Sin posibilidad de intercambio.

Fernando sacó unas monedas del pantalón, pagó su consumición y se largó de El Gato Negro sin que mediáramos una palabra, sin que nos presentáramos y yo pudiera estrecharle la mano y preguntarle si el viejo

Timoteo existía de verdad. Pagué lo mío y salí detrás de él, pero los pasos del escritor se escabulleron en la noche de Rúa do Vilar y fui incapaz de alcanzarle.

Empezaba a amanecer cuando llegué a nuestra casa de Caldeirería. Abrí la puerta sin hacer ruido para no despertar a mi padre. El pasillo parecía un túnel sin salida. Bebí un poco de leche y comprobé, sin equivocarme en mis sospechas, que de la nevera solo salía un aullido de lobo. Nuestra casa tenía un pequeño recibidor con un aparador envejecido donde solíamos dejar las llaves de casa o las cartas del banco. También había una foto de mi madre a la que saludaba cuando me acordaba de que ella me estaba mirando. Aquella noche no quise cruzarme con sus ojos. Solo deseé que estuviera conmigo para dosificar tantos sufrimientos.

(Escucha, te necesité a mi lado, mamá.)

Me acerqué al dormitorio de mi padre y lo vi durmiendo boca abajo con la cara hacia la ventana. Me sorprendió que no se hubiera preocupado por mi ausencia, pero no quise envenenarme. A fuerza de asimilar los olvidos, había encontrado mecanismos para que las heridas solo fueran superficiales. La clave estaba en no dejar que el vacío lo inundara todo. No estaba dispuesta a alimentarlo con obsesiones que me sacudieran la conciencia. A fin de cuentas, los días eran mareas: un día traían muertos y otros, sirenas.

Y a nadie parecía importarle.

A nadie.

Los patrones confeccionados a mi medida quedaban despellejados a medida de la realidad. Y siempre era así. Y lo que era peor: nada podía impedir que aquello fuera exactamente así.

Nada es lo que parece. Salvo la soledad.

Mi padre enfermó por circunstancias que no fui capaz de calibrar en aquel entonces. Fue de la noche a la mañana, días después de la cogorza de ribeiro y del encuentro en Bonaval. Amaneció tosiendo y vomitando flemas manchadas de sangre. Le subió la fiebre y perdió el apetito. De la noche a la mañana, ya digo.

El médico diagnosticó una neumonía y le recetó cajas y cajas de antibióticos de todo tipo. Expectorantes y grageas para la infección pulmonar. La tos le despertaba por la noche y a duras penas conseguía contenerla. Parecía que iba a expulsar el intestino, que la vida misma se le iba a escapar por la boca en uno de aquellos arrebatos. Si lo oía toser, saltaba de la cama y corría a los pies de la suya con un vaso de agua del tiempo y una pastilla de regaliz. Cuando volvía a mi habitación, me arrodillaba ante la imagen tallada en madera del apóstol Santiago y le pedía que no me lo llevara tan pronto. Pese a que escribiera sobre el rinoceronte *Arturo*, había sido un buen padre, un trabajador infatigable, un hombre de bien. Apretaba las manos con tanta fuerza que alguna vez llegué a hacerme heridas con las uñas. Naturalmente, lo que sentía era una rabia inmensa porque algo debía estar haciendo mal para que sobrevinieran tantos infortunios y tan seguidos.

La enfermedad no mejoró con las semanas. Al contrario. Fue empeorando hasta que se nos agotó el dinero que teníamos en la cuenta del Banco Pastor. Entonces sugerí a mi padre la posibilidad de hablar con el señor Cuco, el contable del periódico. Había oído de él en múltiples ocasiones. Cada vez que teníamos un gasto extraordinario de libros para el colegio o así, mi padre decía: «Hablaré con Cuco». Y Cuco obraba el milagro de multiplicar las pocas perras que figuraban a nuestro nombre en la cartilla.

Aquella vez fui yo la que decidió poner en marcha la maquinaria de la multiplicación y, sin dejar que mi padre lo pensara demasiado, me planté en el despacho del señor Cuco.

Para llegar, había que bajar unas escaleras que quedaban a la derecha de la centralita del periódico, antes de entrar en la redacción. Tuve que agacharme para no darme con el canto de la puerta. Hasta ese momento ignoraba que el despacho de todo un contable pudiera estar en el sótano del diario, en una especie de rincón mal cuidado que olía a cebollas y a sardina. Me sorprendió sobremanera teniendo en cuenta que de él dependían las finanzas de un periódico y las nóminas de decenas de trabajadores que, como mi padre, sobrevivían con las exiguas ganancias que proporcionaba el oficio de escritor de periódicos. En las paredes descansaban portadas históricas enmarcadas como obras de arte.

*Franco ha muerto. El óbito se produjo a las 4.40 de la madrugada. Carrero Blanco asesinado. Honda conmoción en el país.*

Me entretuve con la tragedia del hundimiento del *Titanic*. La crónica, enviada por correo y publicada el viernes 19 de abril de 1912, relataba el naufragio del buque. Un dibujo a plumilla negra ilustraba el viaje de Southampton a Nueva York, vía Cherburgo y Queenstown. Una cruz señalaba el lugar exacto en el que el barco se había estrellado contra un iceberg. Debajo de la ilustración, en letra minúscula y cursiva, reproducían la fuente: «*The Daily Mirror*», *llegado anoche*. Fui leyendo con interés todo lo que en esa página, ya amarillenta, había quedado escrito para el conocimiento de generaciones posteriores:

*En Southampton habíase embarcado una enorme cantidad de víveres: 75.000 libras de carne fresca, 11.000 de pescado, 6.000 de mantequilla, 2.500 de embutidos, 40.000 huevos, 10.000 libras de azúcar y 40 toneladas de patatas. Todo esto, que parece una inundación de comestibles, solo era para componer el menú de cuatro días de viaje.*

¡Qué maravilla! ¡Cuarenta mil huevos! Seguramente habrían ideado algún sofisticado sistema para que no se rompieran, pero el periódico no lo desvelaba.

Cuando el señor Cuco entró en su despacho, dejé de inmediato mis lecturas y me concentré en improvisar una simpatía que, en aquellos momentos, no me salía natural. Jamás me lo habría imaginado tal como era. Había idealizado al contable hasta pintarlo como un hombre alto y bien parecido, con pelo en la cabeza y, a lo sumo, sí, en mi retrato imaginario aceptaba unas gafas, pero en ningún caso la antigualla de pasta que reposaba sobre su nariz afilada y torcida ligeramente a la izquierda. Bajo la chaqueta de cuadros, vestía un chaleco gris y, bajo el chaleco, una camisa blanca con cuellos puntiagudos y corbata marrón. La barriga, a la vista flácida, recaía sobre la cinturilla del pantalón y apenas dejaba ver el reloj finamente colocado en una de las trabillas. Los remates del pantalón cubrían unos mocasines de suela de goma. Sus pies miraban a la derecha el derecho, y a la izquierda el izquierdo, pero eso no me impresionó porque los tenía muy vistos en los andares de nuestra gata *Dinga*.

Cortésmente me ofreció asiento y, antes de aceptarlo, le alargué mi mano derecha. Supongo que lo hice como muestra del son de paz con el que había asaltado su despacho.

—Tranquila, mujer, no hay que dejarse llevar por los remilgos.

Carraspeé varias veces antes de empezar a hablar y, transcurridos solo unos minutos, me interrumpió sin miramientos:

—¿Adelantos, dice? Se refiere específicamente a que le adelantamos a su padre el salario de dos meses... Y digo yo, ¿y si no se recupera?

—Dice usted bien, señor Cuco. Supongo que esa posibilidad existe; pero, en caso de que así fuera, yo misma repondría con mi trabajo los adelantos que tenga a bien facilitar este periódico.

—¿Y usted qué sabe hacer?

—Señor Cuco, no me llame de usted —objeté sonriente—. Yo sé escribir. Mi padre tiene apalabradas unas prácticas con el señor director para ir introduciéndome en la profesión, ¿entiende?

—Permítame que lo consulte, señora Mariana —contestó con el acento más repipi que jamás había escuchado—. Permítame que lo haga.

Descolgó el teléfono y en un melindroso gallego hizo su consulta, tras lo cual volvió a colgar el auricular y me dijo:

—Vuelva usted mañana.

Mi padre nunca supo los términos en los que se produjo la entrevista con el señor Cuco. Así de primeras, me extrañó que aquel cursi, arrogante y altivo contable nos hubiera sacado de algún que otro apuro, pero en su honor, de la misma manera que mi padre enfermó, debo decir que el milagro se consumó: aparecieron dos mensualidades por adelantado en la cuenta y recibimos la visita del director del diario, don Valentín, todo un periodista con sombrero de fieltro y abrigo de lana.

—Mira que pillar una neumonía, Manolo. ¿Qué te dice el médico?

Mi padre apenas podía contestar porque se le había llenado la boca de llagas por culpa de los antibióticos, así que si quería decir algo, tenía que escribirlo en unas cuartillas que le había preparado, con todo mi esmero, cortando a cuchilla un taco de folios. Yo hacía de fiel intérprete.

—Dice que el médico cree que en un par de semanas volverá al periódico, pero ya le digo yo que no, que no cuenten con él tan pronto.

—Vaya, vaya.

El director del periódico prendió un cigarrillo con tanta impostura que no fuimos capaces de reprocharle que lo hiciera delante de un enfermo de neumonía. Fumó lo que duró el pitillo y, cuando hubo terminado de chupetear la boquilla de nácar, se despidió de nosotros, dejándonos una nube de terciopelo blanco en la habitación.

—Cuídalo, hija.

Y eso hice. La enfermedad me sirvió para centrarme en mis estudios y llevar una recta vida de colegial. Mi compañera María Vidal Gómez de las Heras acudió en mi auxilio y, cada viernes, me dejaba los apuntes. Me transmitió las condolencias de las profesoras, que nunca más se atrevieron a pedirme un justificante por mis ausencias.

—Tenga por seguro que de aquí no me muevo —le dije un día a mi tutora.

—Bien, bien, que así sea.

La enfermedad de mi padre no remitía y el médico solo sabía prescribir más y más fármacos, hasta tal punto que un día acabamos discutiendo delante del paciente.

—Usted dirá lo que quiera, pero este hombre lleva ya un mes encamado y al paso que va, no lo volvemos a levantar. La fiebre no remite y no ha dejado de vomitar ni un solo día. Podrá decir misa, pero hay pocas opciones. Lo que hay es lo que queda y ya le advierto de que es poco.

Tan poco era que ni nos llegaba para hacer fotocopias de los apuntes. Pasé noches en vela copiándolos en un cuaderno que dejé a cuenta en la tienda de Avelino. La verdad es que copiar me resultaba útil para memorizarlos.

Durante el tiempo que pasé al lado de mi padre comprendí que la vida es de cristal, que por mucho que nos empeñemos en actuar al dictado de nuestros caprichos, acaba imponiéndose con una fragilidad pasmosa. Un absurdo resfriado derivó en una neumonía y, de ahí, a una realidad: mi padre no volvería a ir al periódico en los días de su vida.

Apuramos los dineros como bien pudimos, pero acabamos dejando deudas. Primero en la farmacia, donde la señora Trinidad me abrió una cuenta para anotar todas las medicinas que me llevaba sin pagar. Después fue en la droguería, a la que no tuve más remedio que ir cuando se nos agotaron todas las pastillas de Lagarto. Le siguieron la frutería y la carnicería. Como último reducto de mis penas, acudí a la pescadería de Filitas a última hora de un día en el que nuestras tripas rugían sin piedad. La mujer debió de sentir tal lástima que me regaló cabezas de gambas para una sopa y dos truchas. Por descontado queda que mi padre jamás se enteró de todo esto. De haberlo sabido, creo que se habría muerto al instante. Del disgusto. Y también de la vergüenza. Nunca habíamos sido de finanzas rebosantes, pero siempre tuvimos para comer, vestir y cuadernos de Avelino.

Una mañana, cuando me disponía a revisar la correspondencia, preparada para encontrarme con alguna carta de impago o similar, la vida quiso volver a ser sorprendente. Una mano anónima había dejado sobre el felpudo una caja de pastillas para la tos, un antiséptico para las llagas, una empanada de atún envuelta en papel de plata y un taco de apuntes fotocopiado. Cerré la puerta de un portazo y corrí al dormitorio de mi padre.

—¡Mira lo que nos han traído! Esto es para la tos y esto para que te enjuagues la boca. ¡Y mira, una empanada de atún! ¡Cómo huele!

Se la acerqué para que pudiera olerla, pero él la despreció de un manotazo.

—Aquí no vivimos de la compasión de otros. Tira esa empanada y devuelve las medicinas.

—Pero, papá, no nos quedan pastillas, no tenemos más dinero. Los adelantos del periódico se han acabado. Así no vas a curarte y tienes que hacerlo, aunque sea por mí.

—*Se hai que morrer, mórrese, pero con dignidade.*<sup>2</sup>

Su voz se me grabó con eco en la memoria y la mirada se me nubló de rabia. Pasaron por mi cabeza mil argumentos para rebatirle, pero decidí no cruzar más palabras con él. Recogí la caja de pastillas, el colutorio, la empanada y los apuntes, y salí de aquella habitación en la que empezaba a oler a muerto.

Como no tenía a quién devolver los enseres, comí tres días del bollo de atún, utilicé el antiséptico para frotarme las encías y dejé que mi padre se fuera consumiendo en su dignidad. Lo oía toser por las noches, pero ya no me levantaba a ayudarlo. Él sacaba fuerzas para llegar hasta el baño y sorber agua del grifo. Se mojaba la cabeza y el cuello, y volvía a la cama. De vez en cuando abría las ventanas para escuchar los acordes del *Canon* de Pachelbel que tocaban los artistas callejeros. Otras, encendía la radio a la hora de las noticias de las doce.

Como solían decir en la aldea, teníamos *mal de ollo*. Un espíritu maligno nos había entrado por la mirada y, de buenas a primeras, me había cargado a la espalda un saco de calamidades, más propio de una vida agotada que de una existencia de apenas dieciocho años. Trataba de buscar explicaciones, pero no las encontraba. Mis recursos de supervivencia estaban bajo mínimos y me sentía tan débil que empecé a sudar por las noches y a delirar de miedo. Solo veía la calle por la ventana. La abría por las noches y respiraba los aires de Caldeirería en compañía de *Dinga*, que, sobra que les diga, adelgazó a un ritmo galopante y se quedó fina como una raspa de pescado. Fue en ese escenario calamitoso cuando estudié la posibilidad de visitar la casa de empeños de Prudencia Gómez. Había oído hablar de ella a

la abuela Angustias, que, cada vez que nos visitaba en Compostela, pasaba por su despachito de Orfas y volvía a casa con un taco de billetes. No le daban para mucho, pero al menos le servían para asegurar el pienso de las bestias durante algunos meses. Mi padre le reprochaba esas prácticas porque, en aquel entonces, no estábamos tan escasos como ahora, pero la abuela hacía caso omiso de las reprimendas. Creo que empeñaba más por gusto que por necesidad.

Hice un cálculo aproximado de lo que podríamos necesitar para vivir hasta que terminara el colegio, incluyendo las deudas y los recibos impagados de la luz y el gas. La suma me dio tal friolera que, sin pensarlo demasiado y aprovechando uno de los largos sueños de mi padre, entré en su habitación y cogí la caja de zapatos en la que guardaba las joyas de mi madre y otros recuerdos contantes y sonantes. Me senté en el sofá del salón y fui colocando el catálogo de empeño encima de la mesa.

Pendientes de oro.

Reloj (aparentemente de acero y oro).

Gargantilla de oro.

Varias pulseras de oro.

Collar de perlas.

Junto a las joyas había dos sobres.

Uno contenía las partidas de defunción de mi madre, de la abuela Angustias y del abuelo Ramón, y una carta de arrendo del siglo pasado, de marzo del 83. Era un acuerdo entre labradores en el que, a juzgar por el apellido de uno de ellos, debió mediar algún antepasado nuestro.

*A 15 de marzo de 1883, Antonio Cascales, labrador, arrenda a Avelino Vila, de igual profesión, tres herdades por catro anos para que as coide como se foran de seu pola cantidad de 25 reais cada ano.*<sup>3</sup>

El otro sobre, con el logotipo del periódico, conservaba una esmerada colección de billetes. Fui sacándolos uno a uno y colocándolos sobre la mesa, al lado de los pendientes y la gargantilla. Parecían recién salidos de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. Cada uno llevaba prendida una nota.

Billete de 500 pesetas. Última serie. Por un lado aparecía impreso el busto de Rosalía de Castro clavado al del monumento de la Alameda, con su pelo corto y unas suaves ondas sobre la frente. Por el otro, una imagen de su

museo de Padrón, tantas veces visitado por los de mi familia, y unos versos en gallego: *Non follas novas, ramallo...*

Benito Pérez Galdós aparecía en el billete de 1000 pesetas cuidadosamente conservado por mi padre. En el reverso, con caligrafía del canario, pude leer: *Y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.*

Los billetes de 5000 pesetas estaban dedicados al rey Juan Carlos. El modelo lo tenía muy visto, pero justamente este debía tener un valor especial porque mi padre escribió en sus anotaciones: *Primer billete con la representación del monarca.*

Según iba sacándolos del sobre sentí una pena inmensa. Estaba robando a mi propio padre, hurtándole un dinero que quizá había conservado para regalármelo junto a las partidas de defunción y la carta de los labradores. Pero no tenía demasiadas opciones. El valor de cuanto había allí, en total unas veinte mil pesetas, era suficiente para pagar las deudas. No nos sacaba de la ruina, pero iba a permitirme pagar lo que debía y, sobre todo, evitaría que empeñara las alhajas de mi madre. Lo envolví todo en papel de cebolla y lo coloqué de nuevo en la caja de zapatos. Respiré hondo, volví a la habitación de mi padre, dejé la caja donde la había encontrado y salí a la calle con el fajo de billetes en una mano y el cuaderno de las deudas en la otra.

En la plaza de Abastos las mujeres empezaban a descorrer las persianas de hierro de los puestos, y los hombres regresaban de las lonjas de Ribeira, A Coruña, Muros y Burela con las furgonetas cargadas de peces. Los pollos correteaban por los pasillos empantanados del agua que sudaban las cajas con hielo en las que esperaban el turno del peso los percebes, las angulas, las centollas y las merluzas. En San Fiz, los tratantes de ganado cerraban los acuerdos con los ganaderos de la comarca. Fui sorteando los cestos y las valijas de fruta y verdura hasta alcanzar el mostrador de Carmiña Perelleda, donde extendí a Rosalía. En la droguería de Adamina y en la carnicería pagué con Galdós, y el Rey me dio para rendir cuentas en la farmacia y en la pescadería de Filitas. La buena mujer volvió a sentir lástima y me regaló otras dos truchas. El padre Apelito, que aprovechaba el primer sol de la mañana

para surtir la despensa del seminario, resbaló la mano por su vestidura y me soltó cien pesetas que me supieron a gloria bendita. Ese día descubrí que las sotanas llevaban bolsillo.

Cuando me marché de allí, el reloj de la plaza marcaba las siete y media de la mañana. En los cincuenta, cuando empezaron las obras de aquel mercado, los compostelanos no utilizaban reloj. Los canteros que trabajaban la piedra para darle la forma actual de puesto de verdura y mostrador de pescados marcaban el ritmo de toda la ciudad. Sus martillos sonaban hasta la una del mediodía. A esa hora exacta, ni un minuto arriba ni uno abajo, se hacía el silencio y toda Compostela sabía que había llegado la hora del almuerzo. Dicen que el que paga descansa y algo de cierto debe haber en el dicho porque, cuando saldé todas y cada una de mis deudas, sentí una tranquilidad de espíritu comparable a la expiación de un pecador. Tal fue la satisfacción que, por un momento, olvidé de dónde habían salido los billetes. Me sentí libre y recuperé el ánimo para volver a casa y perdonar a mi padre por abandonarse a la dignidad del pobre. Sí, lo éramos, éramos pobres, pero no por ello podía dejarse morir de cualquier manera. Anduve a paso ligero, respirando el aire fresco de la mañana. Hacía tanto que no salía a la calle que Compostela volvió a revelarse como una ciudad mágica. Recobré la fascinación y todo me parecía grandioso. La Catedral mantenía la impostura para recibir a los turistas más madrugadores. El amanecer de las calles, con las tiendas a medio abrir, el ir y venir de las mujeres y de las bicicletas de los repartidores de pan y periódicos eran la constatación de que la vida no iba a detenerse por nosotros. La enfermedad de mi padre me estaba empujando a un abismo del que debía salir cuanto antes. Y eso fue exactamente lo que me propuse al girar la llave en la cerradura de nuestra casa.

No volvieron a aparecer apuntes en el felpudo, ni medicinas, ni nada que pudiera llevarme a la boca. Y lo lamenté sinceramente porque las truchas dieron para poco y lo que quedaba del asalto a la caja de zapatos acabaría gastándose poco después.

Decidí volver al colegio por las mañanas y cuidar de mi padre por las tardes. En clase todos me recibieron con bastante alegría o eso me pareció el primer día que ocupé de nuevo mi pupitre. María Vidal Gómez de las Heras se había encargado de difundir que mis apuntes eran suyos y que sabía de buena tinta que los había copiado a mano porque no teníamos para fotocopias. La constatación de que sus auxilios nunca fueron gratuitos me desconcertó tanto que la borré de la lista de amigas en la que nunca debió estar. Aunque no viene al caso escrutar los oscuros pasadizos del comportamiento de María Vidal Gómez de las Heras, lo cierto es que solo escribir su nombre me trae su recuerdo y la imagen que ha quedado en mi memoria: una niña demasiado débil para enfrentarse a nuestra realidad adolescente, programada para no colgar el vestido de nido de abeja, incapaz, seguramente, de poner en sintonía los miedos que la acechaban por aquel entonces y que no eran otros que abandonar el aula en el que había crecido sin mirar más allá de la valla de nuestro recreo. Gustosamente me habría cambiado por ella durante solo unos minutos para que entendiera que cotorrear las miserias ajenas no es de buen gusto.

Mi tutora me llevó a su despacho y me ofreció el apoyo de todos los profesores para que pudiera aprobar los exámenes en junio y empezar la carrera universitaria. Ella misma me aleccionó sobre cómo debía hacer la matrícula y pedir una beca. Agradecí su gesto y retomé las clases con todo el empeño. En realidad lo que deseaba era sacar adelante el curso y la selectividad para no tener que volver a ese colegio y empezar cuanto antes las

prácticas en el periódico. Ya no soñaba con sentarme en la redacción a escribir noticias. Me conformaría con que me contrataran de recadera y recibir a cambio unas perras. Desde mi puesto, ordenaría el diario y presentaría al director el reportaje del cazador de pensamientos. Ningún periodista en su sano juicio podría despreciar semejante material. Una vez publicado, estaba segura de que daría el salto a la redacción.

Lo mejor de mi vuelta fue reencontrarme con Jorge.

—Estás en los huesos —me dijo.

—Así son las cosas —contesté con vergüenza.

Mi aspecto debía de ser deplorable. No solo él se había percatado de mi extrema delgadez. También las chicas habían hecho comentarios sobre mi cuerpo y mi pelo, que había crecido desordenadamente.

—¿Cómo estás? —conseguí preguntarle al rato.

—Mejor de lo que pensaba.

—¿Fuiste tú el que nos dejaste la empanada, las medicinas y los apuntes sobre el felpudo?

—¿Y qué más da? —contestó Jorge sin mirarme a los ojos.

—Por supuesto que es importante y me gustaría agradecértelo.

—Me enteré de que tu padre estaba enfermo. Podías haberme llamado. Sé que los estáis pasando mal. Nos lo dijo María Vidal.

—Bueno, tampoco quería molestarte. Me dijiste que no querías volver a verme y eso hice.

—Si me necesitas, llámame.

Tuve ganas de decirle que nos habían cortado la luz y el gas. Que estudiaba con velas y había descubierto que era posible sobrevivir a base de sobrecitos de almendras. Tuve ganas, digo, pero me contuve porque más que todo eso, lo que yo necesitaba era que me abrazara fuerte y me invitara a su casa a comer un caldo con condimento y un filete de ternera.

Aquella breve conversación con Jorge me permitió entender a qué se refería mi padre cuando reivindicaba dignidad.

Mis ocupaciones diarias habían conseguido que olvidara a Timoteo y todo lo que le rodeaba. Estaba tan concentrada en estudiar que el encuentro de Bonaval me parecía lejano. Irreal. Hasta dudaba de que hubiera acontecido tal cual se lo he contado. Por fortuna lo había dejado escrito en mi diario y

recurría a sus páginas cuando me asaltaba la incertidumbre. Los jueves marcados con boli verde en el almanaque pasaron sin pena ni gloria, uno detrás de otro sin que ninguno significara nada especial. Tal fue el empecinamiento por seguir una rutina disciplinada que olvidé que el 17 de mayo mi padre había cumplido años. Con una semana de retraso y tratando de olvidar nuestros desencuentros anteriores, entré en su habitación con un trozo de pan pringado en mantequilla y azúcar, agujereado por una ristra de palillos prendidos en su extremo como si fueran velas.

—¡Felicidades! —exclamé—. ¿A que no sabes qué día es hoy?

—25 de mayo —contestó con una firmeza aplastante.

—Efectivamente. Hace siete días que fue tu cumpleaños y vamos a celebrarlo.

Subí las persianas, re Coloqué los almohadones de la cama, estiré las sábanas y le hice soplar los palillos.

—Me encuentro mejor, Mariana —dijo de repente.

—Lo noto. Estás recuperando el color de la cara, pero deberías hacer un esfuerzo por comer.

—Prefiero que comas tú, hija.

Su contestación me encogió por dentro. Lo abracé con todas mis fuerzas y así estuvimos unos minutos en los que creo que lloramos juntos por primera vez en nuestras vidas. Sorbimos el llanto antes de mirarnos a la cara. Los dos sentíamos una clase de pudor por descubrirnos tan indefensos. Tan solos.

—Ayer por la mañana volvió a verme el director. Me ha propuesto que escriba una columna de opinión sobre lo que se me ocurra y así podrá justificar un sueldo. No sé cómo agradecerse, pero llevo tanto tiempo sin leer periódicos que no sé por dónde empezar.

—Quizá te pueda ayudar. ¿Quieres que baje al quiosco? Aún tengo algo de dinero...

—¿De dónde sacas tú el dinero, hija?

—Eso no se pregunta. ¿Quieres que lo haga?

Asintió dócilmente con la cabeza. La debilidad había aplacado su mal carácter y eso contribuyó a que volviéramos a entendernos. Respiré aliviada. De una caja de conservas vacía convertida en hucha, cogí unas monedas y compré a mi padre el periódico del 25 de mayo.

—No te quedará alguno de ayer, ¿verdad?

José, el quiosquero, me dejó rebuscar en la pila de diarios amontonados en un rincón. La fortuna se puso de mi lado: encontré un ejemplar de *La Voz de Galicia* y el hombre tuvo a bien cobrarme dos a precio de uno.

Enfrascado en las lecturas actuales y atrasadas, mi padre recuperó el habla y las ganas de vivir. Se leyó los dos periódicos desde la primera a la última página y, después de meditar durante unas horas, me dictó el primero de una serie de artículos que se publicaron bajo el título «Desde o exilio».

Cada tarde, a eso de las cinco, mi padre me llamaba a su cama y me iba dictando los escritos en un pulcro gallego. Yo los escribía a mano, los pasaba luego a máquina y los dejaba en la centralita del diario. Así fueron pasando y mejorando los días. La fiebre nunca desapareció del todo, pero mi padre ya no tosía como antes ni empapaba el pijama en sudor.

Fue en uno de mis viajes de vuelta a casa, después de haber entregado el artículo, cuando descubrí la nota que cambiaría para siempre el rumbo de mis días.

*Si quieres ayudar a tu amigo Jorge, te espero en las escaleras de Bonaval a las nueve de la noche.*

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Releí varias veces el texto, tan escueto que resultaba imposible sacar conclusiones ciertas sobre su autor. O autora. Noté que la sangre abultaba mi cuello, que el corazón palpitaba a un ritmo incontrolable, que las manos empezaban a sudarme y hasta la vista se me nubló de repente. Este tipo de cosas solo las había visto en el cine o en las películas de la sobremesa de los domingos. Sin embargo, yo misma estaba siendo protagonista de un envío anónimo. Arrugué el papelujo y lo guardé en el bolsillo de la cazadora.

¿Quién lo había escrito? ¿Cómo había conseguido el autor abrir el portal de nuestra casa? ¿Cuándo lo había hecho? La mano anónima había deslizado la nota por nuestro buzón y sabía que era justo a esa hora, coincidiendo con mi vuelta del periódico, cuando yo revisaba la correspondencia. Mis cábalas empezaban y acababan en Timoteo. Pero ¿y si no era él quien me estaba sugiriendo el encuentro? ¿Y si se trataba de un engaño? ¿Y si el borracho vagabundo me espió la primera noche que visité el cementerio y ahora me planteaba una cita fantasma para asesinarme y rociarme con gasolina hasta

dejarme carbonizada a los pies del ciprés? Aquellos pensamientos me aturdieron el resto de la tarde. Encontré la manera de sacudirme el pánico creyéndome la historia que le conté a mi padre para justificar que tenía que salir de casa a las nueve menos cuarto de la noche de un miércoles cuya fecha exacta no recuerdo. Le dije algo así como que mis compañeros habían organizado una velada literaria y debía acudir imperiosamente para que no pensaran que vivía enclaustrada sin ningún contacto social. Él no solo no se opuso, sino que me animó a recuperar mis amistades.

Aún no había anochecido cuando enfilé Caldeirería rumiando el miedo y rezando absurdas oraciones que, en aquel momento, creía que podrían salvarme de un asesinato. El cielo se iba enrojeciendo y asomaban las estrellas por encima de los tejados agrietados por el sol de la primavera. Aquel día había brillado con todo su esplendor y la noche se antojaba cálida y apacible, una invitación irrechazable para pasearse por las *ruelas* y las *praciñas*. Los acordes de una guitarra española se impusieron a los murmullos del gentío que subía y bajaba Platerías. Me detuve a escucharlos y descubrí a un artista que hasta la fecha no había visto. Calcetines blancos, gorro de paño negro, pantalones de cuadros y camisa blanca abierta hasta rozar la obscenidad. Del pecho brotaba una mata de pelo que se enredaba en una cadena de oro macizo (o eso me pareció) de la que colgaba una cruz de idéntica laca. Resultaba casi imposible seguir ordenadamente el baile de sus uñas, largas como solo gustan a las féminas, y ágiles como garras de gato. O patas de araña. La campanada de menos cuarto me sorprendió ensimismada en la melodía del *Concierto de Aranjuez* que aquel hombre tocaba con maestría. Me despedí de él dejando una moneda de cinco pesetas en un cartón de vino, que hacía las veces de platillo para las limosnas. Recuperé el tiempo perdido a paso veloz. Opté por subir por Bonaval, en vez de adentrarme en los jardines que lindaban con el Panteón de Ilustres.

El ciprés que marcaba la mitad exacta entre la hilera de nichos de la derecha y de la izquierda asomaba por el muro del cementerio cual centinela siempre en guardia. Moncho ya había cerrado su taller de carpintería. Tampoco había luz en Curtidos Jemi.

La verja estaba abierta. Respiré hondo y traté de controlar el pulso acelerado de mis emociones. Cualquiera que estuviera viéndome desde una ventana tendría motivos para catalogarme como una loca. Agarré los barrotes de hierro con las dos manos y me asomé cautelosa esperando encontrar al autor de mi nota. La última luz del día me permitió descubrir un escenario que no recordaba tal cual aparecía ahora ante mis ojos. La entrada principal estaba flanqueada por dos enormes bloques de piedra, una cruz de hierro oxidado y una placa en la que podía leerse *Cementerio General. 1847*. El ciprés parecía grandioso y las tumbas intimidaban más de lo que había percibido en la primera incursión. Me recordaron al viejo cementerio de aldea donde, según contaba mi abuelo Ramón, enterraron a las brujas, a las hechiceras y a las endemoniadas, a las mujeres que se calentaban con sartenes de aceite hirviendo debajo de las sábanas y a las poseídas que canturreaban a los *nubeiros* los días de tormentas. Con el tiempo, aquellos nichos de aldea fueron abandonados. Creo que nadie reclamó los restos y los huesos acabaron cedidos a los estudiantes de Medicina, que, cuando empezaba la temporada de los libros, buscaban calaveras para barnizar.

En la alfombra de césped que cubría Bonaval no quedaba huella alguna de los charcos que yo recordaba con húmedo espanto, ni de la cruz de Caravaca. Aquel cigarro que jamás encendí y el mecherito rojo debieron servir para suministrar alquitrán a otros pulmones porque tampoco había rastro de ellos. Mi pecho retumbaba, aunque cada palpito fuera un golpe sordo para el resto de la humanidad, igual de indiferente que el llanto de un muerto en su sepultura, desacompasado como el baile de fantasmas que aconteció entre esos muros cuando los franceses inauguraron Bonaval y trasladaron a los muertos desde la Quintana por razones de higiene general y salubridad colectiva.

La noche amenazaba con enfundar el cementerio en su manto lóbrego. Las estrellas empezaban a hacerse visibles en las alturas y las cruces que coronaban las iglesias parecían persignarse ante ellas, tentadas de desabrocharse de sus púlpitos y volver al altar mayor del reino de los cielos donde las concibieron.

Una manada de pajarracos descoloridos dispersó mis pensamientos. Saqué la nota arrugada y volví a leer las palabras que el autor había escrito para mí.

Hacía rato que las nueve habían pasado de largo.

—Sabía que vendrías.

La voz de hombre tenía un acento aflautado, más propia de un niño en su transformación adolescente. Me sobresaltó su rotunda aseveración y me inquietó su procedencia. Estaba más cerca de lo que podía imaginar y, sin embargo, no era capaz de verlo.

—No me asustes —dije de repente.

Compulsivamente empecé a mordirme las uñas. Tenía la sensación de que estaba siendo burlada por alguien a quien no podía ver.

—Te crees más listo que nadie porque no puedo verte. Entiendo, ¡perfecto! Si tratas de burlarte de mí, dímelo. No tengo demasiado tiempo que perder. No me sobra, ¿sabes? Sabía que vendrías, sabía que vendrías. ¡Tú qué vas a saber si no me conoces de nada! Qué gracia, ¿verdad? Si pretendes matarme a cuchilladas, hazlo antes de que empiece a gritar. Voy a gritar. ¡Hola! Voy a gritar.

Pero, en vez de gritar, me callé súbitamente al descubrirme hablando a los grillos y a la luna en cuarto menguante, que fue escalando posiciones hasta colocarse ante todos nosotros en línea recta, exacta, en la dirección de mi mirada al borde del llanto.

El silencio se podía palpar en Bonaval.

La desnudez de sus tapias me intimidaba.

El olor del musgo, de la piedra mojada, de los matojos agrestes, de las flores moradas que sobresalían de los nichos.

El horizonte apagado.

El sabor a noche. El dolor de mi locura. El miedo de mi duda. La verdad de aquel momento. La necesidad de escribirlo.

Las sensaciones se agolparon martillando mi cordura. Había escuchado la voz, pero no tenía dueño y ese abandono repentino me acongojó sobremanera. Me paralizó durante unos minutos que me parecieron una eternidad.

Consciente de mi realidad, de que aquello era verdad y solo verdad, planeé dar a mi asaltante el tiempo exacto que tardara en fumar un cigarrillo. Me senté en las escaleras que hacían de antesala de la gran explanada, saqué el pitillo y lo encendí. En aquel momento el miedo inicial había mutado en enfado y me reconcomía por dentro la sensación de estar haciendo un inmenso ridículo ante la mirada furtiva de quien estuviera moviendo los hilos de semejante patraña.

Silbé, canturreé, recité alguna monserga para mis adentros.

Volví a silbar, a canturrear, a recitar monsergas y a chuparme el dedo índice, herido por culpa de mi canino derecho.

El cigarro estaba a punto de consumirse entre mis labios. La verdad es que quería que durara más y más porque, en el fondo, yo no quería largarme de allí de cualquier manera. Deseaba ardientemente que apareciera mi asesino. La noche ya había caído sobre todos los compostelanos. La luz tenue de las farolas iluminaba la silueta de San Domingos, y la Catedral reaparecía con su monumental esplendor. Los que estuvieran planeando la felonía podían empezar a despacharse sin temor a ser descubiertos.

«Está bien, Mariana. Encenderás otro y te irás de aquí. Venga, enciéndelo.»

No estaba para demasiados derroches, pero eso fue lo que hice. Prendí el segundo cigarro y seguí esperando. Volví a sacar la nota y, cuando la había extendido sobre el peldaño de la escalera, tres insectos muertos cayeron sobre el papel. Asfixié el susto en un grito agudo que inflamó mis cuerdas vocales. ¡Santo Cristo! ¿De dónde demonios habían salido semejantes bichos? Miré al cielo, pero solo encontré el terciopelo de estrellas y la profundidad de su lecho. Encendí el mechero para certificar que, efectivamente, eran insectos: una mariposa, una araña y un saltamontes completamente muertos. No tenían aparentes muestras de violencia, es más, si no fuera porque no se movían ni tocándolos, podría haber pensado que estaban durmiendo. Aquello fue la gota que a punto estuvo de colmar el vaso de mi paciencia. Había resuelto marcharme de allí cuando, de repente, apareció mi asaltante. Ya no sé si fue producto de mi imaginación o qué, pero a mí me pareció que el hombre salió de uno de los nichos, coronado por una luz mate, que no brillaba ni

alumbraba su cara, de tal forma que en aquel preciso instante no fui capaz de identificarlo. Envolví los bichos muertos en la nota y, con más desenvoltura de la que podía imaginar, hablé a la imagen de la siguiente manera:

—No me han hecho ninguna gracia tus bobadas. Y te podías haber ahorrado los bichitos. ¡Menudo susto! ¿Qué hago con ellos? ¿Se los llevo al Apóstol o te los devuelvo?

—No sé de qué bichos me hablas, niña. Me alegro de que hayas venido.

Se sacudió el barro de los zapatos, se recolocó los pantalones y siguió hablando hasta que llegó al peldaño de la escalera en el que yo había reposado mis temores.

—Qué bueno que atendiste mi llamada. Eres una chica bien valiente. No todos lo son, ¿sabes? Bueno, no hace falta que me presente.

Timoteo me alargó la mano y me sonrió con una mueca torcida que dejaba al descubierto una dentadura picada por las caries y sacrificada al irremediable paso del tiempo.

—No me mires así. ¿Acaso dudabas de que fuera yo el que te invitó a esta velada?

Una vez recuperada el habla, le contesté sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Por supuesto que dudé de ti. No tenía ni idea de que tú hubieras dejado esa nota. No se pueden hacer invitaciones así a la ligera, sin identificarse, como si tal cosa. Podías haberla firmado, ¿no crees? Me habrías ahorrado sufrimientos. He pasado más miedo que el día que murió mi madre, que en paz descanse, hace diez años. Y bien, ¿en qué puedo ayudarte yo?

—Te equivocas, niña. Soy yo el que puede ayudarte. Venga, cuéntame, qué pasa, qué te tiene tan angustiada, a quién buscas...

—¿Buscar?

—Sí, buscar. ¿No has prometido buscar a una madre? ¿Miento? Quizá yo pueda ayudarte. O, mejor dicho, quizá podamos ayudarnos entre los dos. Tú tienes una clave. Yo tengo la otra.

—No sé de qué me hablas, pero puedes estar tranquilo. A nadie le conté tu secreto y prometo morirme sin contarlo.

—No mientas, Mariana.

—¿Mentir, dices? ¿A cuento de qué piensas que yo miento?

—Tú no guardarás este secreto. Es más, planeas contárselo a los picateclas del periódico, a los cuentistas del día a día. ¡Esos traidores que no saben nada, que tienen la imaginación seca!

El viejo parecía furioso, tocado por una rabia que no emparejaba con su aspecto de viejo bonachón, dulce soñador de Compostela. Se había levantado de la escalera y daba vueltas en torno al ciprés, agitando sus manos hacia arriba, mesándose los cabellos y el pelo largo y grisáceo de la barba.

—Malditos periodistillas. ¿Y tú quieres ser uno de ellos? No sabes dónde te metes. Créeme, Mariana. No hay madera en su pluma, ni pasión en sus escritos. Hay vacío. Solo vacío. La nada. No hay más. No te equivoques. No malgastes tu talento. No creas que harás carrera entre ellos. Tus escritos no encontrarán abrigo en las páginas cansadas de los diarios. Busca otro quehacer, otras ocupaciones. Estudia Medicina y ayuda a los moribundos. O Derecho, para defender a los pobres y a los necesitados de justicia.

—Oye, oye, oye, ¿quién te crees que eres?

Mis palabras retumbaron en la piedra y rebotaron con una insolencia que resultaba impropia de mí.

—Perdona si te hablo de esta manera, pero estás entrometiéndome en mis asuntos. No te pedí ayuda ni consejo. No te busqué ni te perseguí. No quiero que seas mi consejero.

—¿No me has buscado? ¿Estás segura de lo que dices, Mariana?

—Bueno, quizá sí te he buscado, pero no te he pedido consejo, ¿o miento? Tengo claro qué voy a hacer con mi vida cuando termine el colegio y no eres nadie para impedírmelo.

De repente, el saltamontes, la mariposa y la araña salieron del papelujo arrugado como cada uno tenía por costumbre deambular por el mundo. Precedió su marcha un remolino de viento que movió las costuras de la tierra y las raíces de los árboles. No llovía, pero una cortina de agua cayó sobre nosotros al tiempo que un arcoíris prendió del suelo tiñéndolo todo de mil colores. Me contuve antes de salir corriendo. El cazador se había agachado y parecía más acongojado que yo.

—Esto pasa por mentir, Mariana.

La paz se recompuso en Bonaval y el viejo volvió a sentarse a mi vera. Con una ternura que en nada se parecía a sus ademanes anteriores, me rodeó con el brazo y me besó en la frente.

—Hagamos un pacto, niña. Yo te cuento la historia y tú se la cuentas a Lupe.

—¿A Lupe? —pregunté intrigada.

—Sí, tu vecina del piso de arriba. La empleada de Dori. Sí, Lupe. Ahora dirás que no la conoces...

—La conozco, claro, pero no fui capaz de entablar conversación alguna con ella.

Le invité a un cigarrillo y decidí escuchar sin interrupciones un relato extraordinario.

—La Lupe es madre de dos hijos. Una niña recién nacida llamada Flavia y un niño que ella no bautizó con el nombre de Jorge, pero que hoy responde así.

Las lágrimas me sorprendieron tanto como a él. Se fueron derramando por los surcos de su cara, por las arrugas profundas de sus carrillos hasta llegar a la tirita ondulada de sus labios, donde murieron sorbidas por los lamentos.

—¡Ay, Mariana! Quiso el destino que tú y yo nos cruzáramos en el camino y que por fin encontrara consuelo. Mariana, Lupe es mi hija y sus hijos son mis nietos, y solo un hombre muere a gusto cuando mece en sus brazos a su descendencia. Entonces, puede rendir cuentas. Su madre era una linda señorita con la que nunca llegué a casarme. Se llama Elisa Dorte Martínez y siempre la culparé de alejarme de mi hija. Decía que no les daría buena vida, que no era el hombre que necesitaban, y se marchó a A Coruña en busca de un porvenir mejor que, visto el devenir de los tiempos, no debió de procurarse. Volvió a Compostela, pero tampoco entonces me permitió ver a Lupe y mucho menos presentarme ante ella como su padre que soy. Actuó por su cuenta y riesgo, dejándome más huérfano que la pobre Lupe, que nunca ha conocido el cariño de un varón. ¡Qué mala suerte ha tenido *a miña filla!* No ha dado con el hombre que la quiera, que la valore como lo que es: una mujer trabajadora y cariñosa, delicada y preocupada por los suyos, generosa como no conocí mujer. ¡Maldita sea! No me dio el tiempo para

remendar mi error y quiero, Mariana, que tú lo hagas por mí, que le presentes mis respetos, que intercedas entre nosotros, que remedies este dolor. Que lo apacigües. Irás a buscarla y hablarás con ella. Le contarás exactamente lo que dicen estos folios. Y pídele, de paso, que busque a su niño y haga lo propio. No todos encontramos almas solitarias como la tuya para cumplir las promesas que no hicimos al morir.

El viejo me hizo entrega de unos folios cosidos con hilo, que recogían su historia, la de Lupe y la de mi amigo Jorge.

En ese preciso instante, una tormenta de truenos y relámpagos iluminó Bonaval. Las campanas de San Domingos gimotearon en su atalaya, sacudidas por la mano transparente de un monje. La verja de la entrada se cerró de golpe y una nube espesa se enganchó en el ciprés, descargando una lluvia plateada de gotas que parecían agua, pero no mojaban, e insectos voladores que, como la mariposa, emprendieron un vuelo majestuoso. Los caracoles se fundieron con los musgos y los gatos pardos saltaron de los nichos vacíos y escaparon hacia los jardines maullando de miedo. Los pájaros huyeron en manada y el peldaño de piedra en el que estaba sentada se agrietó bajo mis pies. Una niebla húmeda se posó sobre la explanada y los espíritus allí hospedados aprovecharon para abandonar sus moradas. Las tumbas cedieron y el mármol con las inscripciones grabadas a relieve se rompió en mil pedazos. El suelo quedó cubierto de letras negras y cristales de los marcos de las fotos que, en algunos casos, decoraban la lápida para que nadie olvidara la sonrisa del muerto. O su mirada. Escoltados por un cuervo negro de pico encorvado y enormes alas, los cuerpos se fueron elevando hasta fundirse en la oscuridad. Lo último que escuché fueron las melodías de sus voces, el gritito de un niño, el lamento de una madre que bien podía ser la mía y una tos aguardentosa que se deshizo en el aire.

Aquel miércoles de fecha imprecisa fue la última vez que vi al cazador de pensamientos. Cuando cesaron los vuelos de ánimas y las mariposas se enredaron en la maleza, el silencio se apoderó de nosotros, aunque en realidad allí solo estaba yo. Timoteo había desaparecido. No quedaba rastro de su presencia ni volví a escuchar su voz.

Al volver la vista atrás solo vi la copa del ciprés y una estela brillante lejos, muy lejos del viejo cementerio general de Bonaval.

Así fue como supe la verdad de Lupe y las verdaderas historias de Jorge y de Timoteo. Aquella noche me acosté con el miedo prendido en los huesos y, aunque lo intenté, no conseguí pegar ojo en toda la noche. Las sábanas me sobraban, la almohada parecía deslizarse hacia el suelo cada vez que mis ojos se cerraban.

La primera luz del día despuntando sobre los tejados me dio fuerzas para salir de la cama. Calenté leche y eché un mendrugo de pan para espesarla como si fuera una papilla. Sentada a la mesa de la cocina, estiré los folios y corté con una tijera el hilo con el que Timoteo los había cosido. Ocupaban casi un dedo de grosor y estaban escritos a mano con tinta negra.

A medida que avanzaba, más fantástica me parecía su historia.

*En el año 1952, en el Hospital Xeral de Santiago, nació una niña bautizada en la Iglesia de San Roque, en noviembre del mismo año, con el nombre de Guadalupe y los apellidos de Dorte Martínez, coincidentes con los de la madre, Elisa Dorte Martínez, natural de Santiago de Compostela.*

*Elisa nunca contrajo matrimonio ni tuvo a bien reconocer al padre de su hija, Timoteo Rivas, natural del mismo Compostela e hijo séptimo de una familia de ocho.*

*Por no estar consagrada la relación, Lupe Dorte Martínez nunca tuvo conocimiento de quién fue su padre. La joven llevó una vida de cierto libertinaje y, fruto de otra relación extramatrimonial con Adolfo Pereira, nació y así quedó registrado, Mateo Dorte Martínez. Con diez meses, el niño fue adoptado por Matilde Amos de la Cruz. Madre e hija y madre e hijo tuvieron la coincidencia de retornar a Compostela en el año 1974, instalándose las primeras en la Rúa Caldeirería. Nada volvió a saberse de Adolfo Pereira ni del niño Mateo que pasó a llamarse Jorge, tal y como figura en el registro civil de la ciudad compostelana. Me prometí a mí mismo y juré a los demonios cumplir con la misión de procurar a mi hija y a mi nieto Mateo cuanto pudieran necesitar para abrigarse en los duros inviernos y apaciguar su sed en los calurosos veranos. Nada de ello cumplí y creo que fue de esa pena de la que, siendo ya un anciano sin mas posesión que una habitación en la Rúa das Hortas, morí en rigurosa soledad.*

*Habiendo sido creyente, amigo de las procesiones y devoto de las tradiciones eclesiales, el Apóstol me dio en vida el privilegio de leer los pensamientos y, ya muerto, me concedió el beneficio del cuerpo solo visible para los elegidos. Tú, Mariana, eres uno de ellos, la elegida para transmitir esta historia y ayudarme, ahora que solo soy pasto de las mariposas de Bonaval, a cumplir la promesa y a cerrar el círculo de una existencia ruinosa. Busca a Lupe y habla con ella.*

*Que la gracia de los cielos te tenga siempre a buen recaudo y que el alma que brote de tu cuerpo encuentre cobijo en el reino de los bondadosos.*

Cuando terminé de leer ya debían ser las diez de la mañana. Los folios contaban esto que les he transcrito, pero también relataba la historia de Urbano y la de Fernando y la de Arminda...

Tuve que pellizcarme varias veces para comprobar que yo, Mariana, estaba allí, en nuestra casita de Caldeirería, leyendo un legajo que un viejo me había entregado por la gracia de un destino que ni en sueños imaginé para mí. Aquel escrito, que recogía la vida entera de Timoteo, sus ilusiones y también sus fracasos, sellaba una verdad maravillosa.

En la casa reinaba un silencio sepulcral. Pensé en el viejo y en sus padecimientos. Pensé en el sufrimiento del que debe cumplir una promesa antes de morir y enfermo de una pena contagiosa se arrastra sin querer a un precipicio. Me di cuenta de que en la vida hay que obedecer a la palabra, que el remordimiento mata y solo a algunos se les concede el milagro de una segunda oportunidad. Timoteo había sido uno de ellos. Me sentía invadida por una fuerza superior que, o bien podía petrificarme allí mismo, o me daría las fuerzas necesarias para emprender la labor que se me había encomendado. Pasado el tiempo, he meditado mucho sobre mi elección. ¿Por qué el viejo posó su mirada en mí? ¿Por qué resulté yo la elegida? Timoteo no mencionaba, más que de pasada, al borracho de la Quintana. Pudo exclusivamente ser un intermediario para llegar a mí o, por el contrario, el viejo intentó penetrar en sus entrañas, pero no consiguió el fin último de sus intenciones. Sea como fuere, lo cierto es que aquella cruz de Caravaca que el vagabundo me entregó y yo abandoné sobre el césped de la explanada de Bonaval debió salir de la mano del viejo como ofrenda para curarle las desgracias, quitarle el hambre y, a cambio, cumplir su promesa. La incredulidad de los vivos suele desencantar a los muertos.

Consciente de que no podía defraudar al cazador de pensamientos, y ensimismada en mi futura creación periodística, me armé de valor, escondí el manojito de folios en un cajón del mueble de la cocina y enfilé las escaleras que llevaban hasta el piso segundo.

El descansillo y el pasillo estaban en penumbra. Sobre la alfombrilla de la puerta de Lupe había tres botellas de leche y una nota de pago con fecha atrasada. Puse la mano sobre el manillar de la puerta y la deslicé hacia abajo. Esta vez, estaba cerrada con llave. Me sudaban las manos y me temblaba el pulso. Retrocedí unos pasos hacia atrás creyendo absurdamente que alguien estaría mirándome por la mirilla y, así, podría reconocerme. Durante los minutos siguientes nadie abrió ni sentí pisadas al otro lado. La espera empezaba a inquietarme, así que decidí tocar el timbre una sola vez. Tal era el silencio que el pitido retumbó en el edificio ahuyentando a las ratas que se alojaban de prestado en las cañerías y en la buhardilla abandonada del tercero. Me apoyé en la pared y esperé, pero nadie atendió mi llamada. La casa entera se había sumido en una calma lóbrega, presagio de la cadena de desgracias que acontecería poco después. Sin ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo allí, aporreé la puerta con los nudillos de mi mano izquierda. Con la derecha volví a tocar el timbre hasta que alguien gritó desde dentro:

—¡Lárgate de aquí! No ves que no quiero abrirte. Márchate o llamo a la policía.

Aunque costaba reconocerla, era Lupe. No tenía ninguna duda. Su recibimiento era todo un despropósito, pero no podía irme sin hablar con ella. Si había llegado hasta ahí, de una u otra manera, tendría que escucharme. Y si no abría, sería yo la que avisaría a la policía. Y, tal cual, se lo dije:

—Lupe, ábreme o seré yo la que llame a la policía. Tengo un recado para ti, debes escucharme. No serán más de cinco minutos.

—¡Que te largues, he dicho! Maldita niña. ¡Métete en tus asuntos y déjanos vivir en paz!

Sus palabras se murieron en un llanto. Empezó a llorar sin parar y a patear el suelo. Me asusté tanto que salí corriendo con la intención de llamar a los municipales, pero, cuando ya estaba llegando al final del pasillo, la puerta se abrió de repente.

Un olor pestilente inundaba toda la casa. Las persianas bajadas impedían que entrara la luz. Resultaba imposible reconocer siquiera una sombra.

—¿Lupe? —pregunté.

Estaba asustada. Sí, claro que lo estaba. Palpé la pared del recibidor para encender la bombilla, pero la corriente estaba cortada. Por fortuna conocía la casa, así que a tientas entré en el salón y prendí el mechero que llevaba en el bolsillo. Aquello era un completo desastre. Restos de comida, bebidas, vasos, platos, bolsas vacías, colillas de cigarros, pañales sucios... No pude contener la impresión.

—¡Santo cielo!

El gimoteo de la mujer me alertó de su presencia. Levanté la llama y descubrí su cuerpo en un rincón, tras las cortinas del ventanal.

—No te muevas. No quiero que te muevas o llamaré a la policía.

—Bueno, si me has abierto, es porque has querido que entre. ¿Por qué no subimos las persianas?

—No quiero que subas las persianas. No quiero ver la luz. Solo quiero morirme, ¿entiendes? Morirme.

Encima de la mesa de centro encontré una vela. La encendí y, pese a su advertencia, me acerqué a Lupe. La luz tiritaba por culpa del temblor incontrolable de mis manos. Bruscamente ella se volvió y escondió su mirada entre las piernas. Estaba medio desnuda. Solo llevaba un sostén y una falda rota por la cinturilla. Tenía el pelo revuelto y la cara completamente deformada.

—Déjame que te ayude, mujer.

Lupe empezó a llorar de nuevo.

—No quiero que me ayudes, no quiero que me ayudes. Solo quiero morirme. E irme con ella.

No entendía a quién se refería. Quién era ella. Inmediatamente pensé en la anciana calva que dormía en la habitación contigua, pero mis sospechas se esfumaron cuando acerqué la vela y, a su lado, envuelta en una camisa de

gasa negra, encontré el cuerpo de la pequeña Flavia.

—¡Llama a un médico, Lupe!

—Está completamente muerta. Mi niña está muerta. Muerta. Y yo me quiero ir con ella.

No fui capaz de contestar. La abracé y sentí el manantial de su pena sobre mi hombro. La vela iluminaba el rostro de la criatura, muerta, completamente muerta, con los puños encogidos sobre el pecho y una pierna sobre la otra. Rígidamente. Inmóviles. La Lupe le había cerrado los ojos.

Estuvimos abrazadas más de media hora. Ella no dejó de llorar y yo lloré con ella pensando en Timoteo y en Jorge. Cuando por fin se repuso, comprobé que las heridas de la cara eran recientes. Cogí una bayeta de la cocina y con agua del grifo se las limpié tanto como ella me dejó. Le escocía el cuerpo y, por dentro, sentía el agujijón de la muerte.

—A tu marido lo vamos a denunciar a la policía y a esta niña hay que darle cristiana sepultura, así que vístete.

—Si mi madre me viera. ¡Ay, si mi madre me viera!

—¿Tu madre?

—Está postrada en la cama. Será la siguiente. Así no hay quien viva. Mi pobre madre.

—¿Elisa Dorte Martínez vive?

—¿Cómo sabes que se llama así?

Contesté con firmeza, sin dudar:

—Me lo ha contado tu padre, pero ¡venga, vístete! Ese es otro cantar.

No pareció impresionarle mi respuesta. Quizá ni siquiera entendió lo que le dije. La Lupe se vistió de riguroso luto, descolgó el auricular del teléfono de la cocina y, de la misma manera que anunció el nacimiento de su hija, dijo:

—Vengan a Caldeirería. Mi hija está muerta. Mientras esperamos a los servicios municipales, a los de la funeraria y a la policía, fui contándole la historia de su vida. No movió ni un músculo de la cara. No me interrumpió ni una sola vez, ni derramó una sola lágrima. Y eso que a mí se me aguaba el discurso cuando mentaba el nombre de Jorge. En determinados momentos volvía en sí y, en vez de Jorge, hablaba de Mateo y decía:

—Mejor vida tuvo mi niño. Mejor vida que esta.

Envolvimos a la cría en una toalla limpia y la colocamos en un extremo del sofá. Lupe acariciaba el bulto y me parecía que la niña respiraba de cuando en cuando. Fue ella quien me contó que había conocido a Matilde al poco de instalarse en Santiago. Cruzaron unas palabras y la señora le prohibió terminantemente acercarse a Jorge. La Lupe lo cumplió a medias porque una vez al mes lo esperaba a la salida del colegio y lo seguía hasta su nueva casa. Casi le dio un sopor cuando descubrió que aquella niña que siempre le acompañaba era yo, su vecina. En ese momento entendí por qué huía cada vez que nos encontrábamos. La Lupe tenía la locura incrustada en las pupilas; una manera de mirar inquietante, cargada de sufrimiento y de una aflicción que acabaría por llevársela bastante antes que a doña Elisa Dorte Martínez. El descubrimiento de su padre no pareció quebrantarle el ánimo.

—Pudo venir y no vino —dijo de repente.

—Lo mismo puede pensar Jorge. Tu padre, Timoteo, te tuvo bien presente, pero no quiso inmiscuirse. Tu madre lo echó de vuestras vidas y él cumplió a rajatabla su deseo, igual que tú has cumplido con el de Matilde.

La Lupe no quiso seguir hablando de su padre.

—Pudo venir y no vino —repitió—. No vino.

Bien pude haber insistido, pero creí que había cumplido con mi misión. Solo conseguí arrancarle un compromiso: buscaría a Jorge y hablaría con él.

Como bien me imaginaba, los de la funeraria tardaron en llegar un par de horas. Durante todo ese tiempo Lupe apenas habló salvo para decir lo que les he expuesto. La afonía de sus sentimientos no me resultó del todo impactante, teniendo en cuenta que Jorge había reaccionado con idéntica distancia cuando supo que Matilde no era su madre.

Cuando llegaron los funcionarios, nos pusimos en pie para recibirlos con la mejor de nuestras formas. Lupe rellenó innumerables formularios, declaraciones y partes varios que sirvieron para certificar la muerte por hambre de leche de Flavia Carrillo Dorte.

Introdujeron el cuerpecito de la niña en una caja de plástico del tamaño de una maleta y nadie preguntó nada más. Ni siquiera por las heridas de la cara de la Lupe. Yo tampoco abrí la boca.

Como era habitual cada vez que ocurrían fatales sucesos, tardé varios días en recuperar el ritmo estudiantil. Las noches se me hacían eternas, dando vueltas de un extremo a otro de la cama, leyendo y releiendo apuntes para enredar el miedo, y comiendo a deshoras sobras pasadas de caducidad. Tras mi encuentro con Timoteo en Bonaval, el viejo desapareció de la ciudad. O eso creía yo. Un extraño vacío se apoderó de mí. Ciertamente, tenía material de sobra para escribir mi crónica periodística, pero sentía una lástima tremenda por haber perdido la ilusión de encontrármelo por la calle o la emoción de visitarlo en el cementerio a horas intempestivas.

Nuestras penurias y la mala suerte que se había cebado con nosotros no impidieron que pasáramos un tiempo (breve) de prudente calma en el que yo acudía al colegio y mi padre escribía desde la cama. Puntualmente visitaba a Lupe. Como rara vez estaba en casa, utilizaba la excusa para darme un paseo hasta el local de Dori. Mantuve esa rutina hasta que me dijo que había decidido esperar a que Jorge finalizara sus exámenes para hablarle y explicarle el galimatías de su vida. La respeté y no volví a preguntar ni por él, ni por su madre Elisa, ni por la mala bestia que alojaba en su casa y, día sí y día no, seguía dándole palizas que traspasaban los tabiques.

El tiempo pasó sin clemencia y sin consentirnos el más mínimo capricho. Las semanas seguían siendo interminables, tanto como las noches en las que me metía en la cama con el estómago vacío, a veces desde la mañana. La vergüenza o la dignidad, que diría mi padre, me impedían volver a pedir a la plaza de Abastos con las manos en los bolsillos. De cuando en cuando, me homenajeara en la barra de Dori con cacahuets y patatas fritas de bolsa, que acabaron provocándome ardores permanentes en el estómago. Mis estudios, por fin, se centraron en la mesa de la cocina, donde, cada tarde, casi al anochecer, después de mecanografiar los escritos de mi padre y de

llevarlos al periódico, me dedicaba a pasar a limpio los apuntes y a memorizarlos. Mis tutoras se desvivieron por mí y salvé mis desencuentros con María del Valle, de tal forma que la vuelta a la normalidad fue un aterrizaje suave que sobrellevé bastante bien. Pero lo peor, ya digo, seguían siendo las noches de hambre y pesadillas. Aunque Timoteo ya no estaba, no había desaparecido del todo de mi vida. Reaparecía en mis sueños y los convertía en auténticas pesadillas. Me despertaba con el cuerpo empapado en sudor y el corazón tan acelerado como en los encuentros de Bonaval. Necesitaba caminar por el pasillo o salir al balcón del salón para comprobar que realmente estaba despierta y el guirigay de mis sueños solo había sido eso: un guirigay. En sueños.

Así pues, el sosiego y la paz que necesité para encarar la recta final del paso por el colegio nunca llegaron del todo. Tanto fue así que una noche, cansada de los desvelos, agotada por el miedo a cerrar los ojos y descubrirme en una procesión de muertos vivientes encabezada por Timoteo, Arminda y todos los demás, decidí volver al semisótano. Tenía la necesidad imperiosa de comprobar qué quedaba de todo aquello. Quería saber con certeza si lo que yo había visto eran alucinaciones propias de mi desdicha y el cazador de pensamientos era un espejismo. Solo pensarlo me reconcomía.

Con tal propósito, cuando pasaba la una de la madrugada de un día que solo recuerdo que era laborable, me vestí una gabardina sobre el pijama y salí de nuestra casa de Caldeirería. El aspecto de la noche no me sobrecogió tanto como en mis primeras expediciones a la Rúa das Hortas, pero me asaltó un sentimiento desconocido: la fragilidad. Mientras caminaba hacia la gran plaza de la Catedral, transitando por calles que conocía al dedillo, dejando atrás portales de vecinos a los que había visto al menos una vez en mi vida, me sentí inmensamente frágil. Débil. Vulnerable. Mortal. Como creía que era Timoteo. Tan de carne y hueso como yo. Tan débil, frágil y vulnerable como yo. Tan hambriento en las noches de escasez como yo.

Caminaba sigilosa, con miedo a encontrarme con algún conocido de mi padre. Me ajusté el cinturón de la gabardina, me subí los cuellos y, con las manos en los bolsillos, me fui acercando a la plaza sin apenas levantar la mirada del suelo, posición esta que me alertó sobre las pantuflas de estar en casa de mis pies. Me aturdió una especie de desolación. Quizá solo era

cansancio, pero me desconcertó el hecho de descubrirme vestida de aquella guisa, sin más consuelo que mis absurdas maquinaciones. Aligeré el paso. Tenía que cumplir mi misión cuanto antes para volver a casa con la tranquilidad que, ilusamente, creía que sería capaz de recobrar.

Los flamantes coches negros que solían aparcar en la sede del Pazo de Raxoi esperaban a sus clientes ante las banderolas de la entrada del Hostal de los Reyes Católicos. Debía de estar celebrándose alguna cena de postín. Atravesé la plaza casi corriendo y bajé directamente a Hortas. Las luces de todo el edificio estaban apagadas, sumiéndolo en una penumbra que ni siquiera reflejaba los brillos de las farolas. San Fructuoso aparecía ante mí como un gigantesco altar de piedra donde aguardaban los fantasmas para iniciar su expedición. Ahora era yo la que aprovechaba la coartada de la oscuridad para que nadie me viera a horas tan imprudentes. Me acerqué a la puerta principal y mi primer sobresalto se produjo al comprobar que los nombres de Rosa, Timoteo y Fernando habían desaparecido del cartelito que indicaba qué piso ocupaba cada uno. Crucé la calle y aguardé unos minutos. Pensaba que el tiempo me daría la cordura necesaria para valorar en su justa medida lo que acababa de ver. A lo lejos, oí la risa de un extraño seguida de unas pisadas de tacón de mujer o así. Me resguardé cuanto pude para no ser descubierta, pero no pude evitar cruzarme con sus miradas. Me había reclinado con el fin de esconder las zapatillas bajo la gabardina y encendí un pitillo para darme ademanes de mayor. Nada preguntaron a su paso. Nada les debió extrañar y el silencio volvió a escamar la noche.

—Vamos, que llegas tarde.

—Voy, viejo. La edad te está entumeciendo hasta el reloj. No ves que aún queda más de media hora para que empiece la función.

—Eres un deslenguado, Urbano. ¡Venga, largo de aquí!

Las sombras correataron de arriba abajo, desde el piso de doña Rosa hasta el estudio de Fernando. El semisótano se iluminó de repente y pude ver el contorno de dos hombres que me parecieron el mismísimo Timoteo y el mago Urbano. Me entró una tiritona incontrolable. ¡Válgame Dios! La luz volvió a apagarse, las siluetas se desvanecieron y la puerta de la casa se abrió. Las bisagras crujieron y el cristal esmerilado vibró como si fuera a caerse allí mismo. Me escondí tras un coche y los vi salir encorvados como dos

ancianos, envejecidos como no los recordaba. Al menos a Urbano, cuya imagen grabada en mi retina era la de la despedida en esta misma Rúa das Hortas, con doña Rosa, Fernando y Timoteo llorando a moco tendido. Al mago le había crecido el pelo y las uñas de las manos. La pajarita que solía vestir con coquetería lucía ahora sin encanto alguno, torcida, medio caída sobre la pechera de una camisa a todas luces raída por la eternidad. El aspecto de Timoteo era muy parecido al de mi último encuentro con él en Bonaval, aunque, esta vez, un gabán le cubría hasta la rodilla.

Pasó su brazo sobre los hombros del mago de cabaret y, renqueantes, los dos juntos subieron las escaleras que llevaban a la plaza del Obradoiro. Allí se fundieron en una neblina luminosa que desapareció al instante, como si solo les estuviera esperando a ellos, como si fuera un peaje al infinito, inalcanzable para los mortales entre los que yo, pese a todo, debía incluirme. Las lágrimas brotaron de pena. De impotencia. De miedo también. Y de emoción. Me tapé la cara con las manos, ahogando las ganas de gritar y de salir corriendo hacia esa nube imaginaria y derretirme con ellos. Porque ellos habían traspasado la frontera que me separaba de mi madre. Y no había nada que deseara más en este mundo de vivos que encontrarme a solas con ella y compartir mis penas. Hablarle de papá y su enfermedad. Del camafeo que me dejó en herencia. De la Lupe y de Jorge. Y también de Matilde, que a fin de cuentas, fue su mejor amiga.

Pero aquella noche la vida no me reservaba la infinitud que yo anhelaba.

Me levanté del suelo, me ajusté la gabardina y volví por el mismo camino que me había llevado a Hortas. Las zapatillas ya no eran motivo de vergüenza, así que no tenía prisa alguna. En la plaza ya no quedaba nadie. Los conductores de los coches dispuestos en línea a las puertas del Hostal se habían marchado y en la recepción del hotel solo quedaban algunas mujeres barriendo la piedra y pasando el polvo a los jarrones que adornaban las mesas centenarias de aquel hospital reconvertido en hotel de pudientes, políticos y artistas. Alojarse allí era motivo de honra para cualquiera que visitara Compostela. Salvo el día que los artistas del circo hicieron su presentación social para los periodistas, yo no había entrado allí ni para un café. Mi padre decía que cuando fuéramos ricos pasaríamos una noche en la suite real y dormiríamos en la cama que había soportado el lomo de reyes, reinas,

infantes e infantas de todos los tiempos. Ya podían ser buenos los muelles del colchón, porque lo de ser ricos era una posibilidad del todo improbable o al menos lejana.

Cuando llegué al portal de nuestra casa, me acordé de Nicomedes y, al mirar hacia su balcón, vi que las persianas estaban subidas dejando al descubierto el vacío del salón. La mecedora de mimbre en la que solía acunarse seguía en el mismo sitio donde él la dejó al morir. Me sorprendió que los señores repeinados de la inmobiliaria hubieran dejado la ventana abierta. Si llovía, el salón podría inundarse. No le concedí demasiada importancia porque el cielo no parecía anunciar chaparrones. Los repeinados aún no habían conseguido alquilar la vivienda, pero cada día pasaban por allí varios interesados. Creo que era el propio Nicomedes el que intercedía para que ninguno se instalara.

Al entrar en casa descubrí a mi padre en el salón. Dejé las llaves y me dirigí a él. Estaba recostado en el sofá con la gata *Dinga* sobre su barriga. Los dos me miraron como si fuera una intrusa.

—¿De dónde vienes a estas horas y con esa facha?

—Buena pregunta —repuse.

—No te hagas la graciosa, Mariana. ¿De dónde vienes a estas horas?

—De casa de Jorge.

—Mariana, no te lo voy a preguntar más veces.

—Vengo del cementerio, papá.

No sé por qué le dije eso, aunque seguramente lo hice porque, en el fondo, no estaba mintiéndole del todo. La ciudad de Santiago estaba plagada de ánimas que, a determinadas horas, abandonaban sus guaridas.

—¿Del cementerio? ¿Qué demonios pintas tú en un cementerio a las tantas de la madrugada? ¿Te has vuelto loca?

—Seguramente, papá. Esta vida me está volviendo loca. No sé...

No me dejó terminar. *Dinga* saltó de sus piernas cuando se levantó del sillón. Se acercó a mí y me entregó el camafeo de mi madre. Me besó en la frente y, antes de marcharse, me dijo:

—Ten cuidado. Guárdalo como si fuera un tesoro. Tu madre siempre quiso dártelo cuando tuvieras la mayoría de edad, pero no le dio tiempo. Por lo menos ahora me consuela que ya está en tu poder por si no estoy vivo

cuando la cumplas. No lo pierdas nunca, Mariana. Nunca.

—Ya era hora —susurré.

Creo que mi padre no me escuchó. Se volvió y a paso de viejo se encerró en su habitación y echó el cerrojo. Mi voz rebotó contra la foto de mi madre. Un remolino de viento cerró de golpe la puerta entreabierta del balcón y después, después todo volvió a sumirse en el silencio inquietante que me estaba volviendo loca.

Ya era hora.

No sé por qué contesté a mi padre de esa manera. Tampoco sé cómo habría reaccionado si no hubiera sabido con antelación que ese camafeo existía. El caso es que ese momento ha pasado a formar parte del archivo de mis obsesiones, temporalmente cerrado a cal y canto. Lo miré de cerca y la frialdad de la inscripción, el simple *Mamá* grabado en el oro, volvió a agitarme lo más profundo de mis entrañas. Pude haber preguntado a mi padre por qué ella quiso dármelo, cuándo lo encargó o dónde estaba el molde de su perfil, pero no lo hice y el tiempo se paró entre nosotros. Se congelaron nuestras miradas en el pequeño recibidor, en el cruce de caminos de nuestra casa de Caldeirería, entre el salón y la cocina. A los pies del pasillo y de la foto de Celeste.

Conseguí clavar un alfilercito en el cabecero de mi cama y de ahí colgué la medalla. Traté de dormir, pero no encontraba la manera de armonizar el manantial de emociones que me había sobrevenido. El perfil de mi madre parecía que me observaba, pero en vez de darme paz, enturbió mi ya de por sí tortuosa velada.

El verano parecía anticiparse en Galicia. Era normal que la naturaleza sorprendiera a destiempo con cambios imprevistos, pero aquel año fue especialmente visible. Empezamos a despertarnos con el sol llamando en las persianas y las noches se tornaron cálidas para disfrute de los turistas, que corearon que en Galicia no hacía mal tiempo, pese al sambenito. Vinieron semanas de tranquilidad. Del colegio a casa y de casa al colegio. Actualicé mi diario, abandonado tras la última cita con Timoteo, y ensayé cien veces la conversación que mantendría con quien fuera mi jefe en el periódico para convencerle de que mi historia merecía un espacio. No le pediría un hueco en portada, ni siquiera en la contraportada. Me contentaría con una página en la sección de Santiago de Compostela.

Las penurias se pasaron más rápido de lo que creía cuando apretaba el hambre y por fin llegó la semana de exámenes. Cuando lo pienso no sé cómo sobreviví, débil como estaba, hambrienta como me sentía, necesitada de un buen guiso para alimentar mis neuronas. Vitaminas. Hierro. Mi cuerpo se había instalado en un estado crónico de desesperanza. ¡Qué días aquellos! Me sorprendió mi innata fortaleza, atribuible, seguramente, al gen de aldea. Me mantenía despierta hasta las tres o cuatro de la mañana. Estudiaba como una hormiga, una y otra vez repetía los temas como si en ello me fuera una oposición a notario o a juez. Quité la medalla de mi madre del cabecero y la enganché en un cordoncito de cuero que me colgaba hasta la nuez. Cada vez que nos entregaban la hoja de examen, la tocaba con los dedos y, si me sabía las preguntas, creía que era por ella, que, después de todo, debía estar mediando para que aprobara de una santa vez. A ella atribuí el milagro de mis notas. En Latín y Lengua llegaron a ser sobresalientes.

—¡Mariana, parece increíble! —me dijo mi tutora.

—Se trataba de estudiar, ¿no es así?

—Sí, hija, pero con todo el sufrimiento que llevas padecido no dábamos ni un duro por ti.

—Hay que tener fe, mujer.

Mi felicidad habría sido mayúscula si Jorge también hubiera aprobado todas. Pero no fue así. El último día de exámenes, antes de que supiéramos las notas, salimos juntos del colegio.

—Bueno, ¿qué tal ha ido todo? ¿Apruebas o no?

—Me da lo mismo —contestó él.

Llevábamos un mes sin hablarnos, pero ciertamente hay amistades que no necesitan prolegómenos, ni introducciones previas; que permiten ir directamente al grano sin hacer paradas técnicas.

—¿Cómo va a darte lo mismo, Jorge? Necesitas aprobar para empezar la Ingeniería. ¿Ya no quieres ser astronauta?

Me parecía a mi padre preguntándome si ya había desistido en mi ilusión por ser periodista.

—Ya aprobaré en septiembre. No me preocupa, Mariana. No seas como Matilde, te lo pido por favor.

—¿No te ha pasado nada, seguro?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Los estudios han sido sagrados para ti. Y para mí también, pero yo he conseguido remontar.

—Mariana, no quiero seguir hablando. En septiembre aprobaré y punto. Y si no, repito.

—¡Qué tontería! No vas a repetir. Puedo ayudarte. Toma.

Me paré en medio de la calle, saqué una carpeta y le entregué mi taco de apuntes. Jorge no se negó a cogerlo. Lo guardó en su mochila puma y seguimos caminando, ya en silencio.

—¿Dónde vas? —dije.

—A ningún lado. ¿Y tú?

—A casa, ¿dónde si no?

—No quiero ir a casa. Matilde me va a preguntar por los exámenes. Si apruebo nos iremos a Foz y, si no, me va a apuntar a clases especiales de recuperación. Es lo que menos me apetece, ¿sabes?

—¿Se lo has dicho?

—¿El qué, que no quiero ir a la academia? Sí, claro que sí, pero no entra en razón.

Pese a que había acordado con Lupe que sería ella la que daría a Jorge las explicaciones de su vida, sentí un arrebató inexplicable y decidí, por mi cuenta y riesgo, hablar con él. Como si la vida te diera una única oportunidad, le pedí que me acompañara a la Quintana.

—Te invito a un refresco —dije, sin comprobar si había cogido alguna moneda antes de salir de casa.

La plaza estaba plagada de turistas. A mí me alegraba, pero a Jorge parecía molestarle. La terraza de Literarios estaba abarrotada, así que nos sentamos en la escalinata. Fue una suerte porque, efectivamente, no llevaba ni una perra en el bolsillo. Estaban montando el escenario para un concierto. Los forasteros y peregrinos se confundían con los operarios encargados del montaje. Una tela negra ocultaba la trastienda de aquel tinglado de quita y pon donde, al anochecer, se subiría algún artista de renombre. Era indudable que Jorge no había recibido la visita de Lupe porque, de haber sido así, creo que me lo habría contado. Rompí el silencio hablándole de mi padre. Le conté que había vuelto a escribir en el diario, que yo misma le pasaba a máquina los artículos y que tuve un golpe de fortuna con forma de caja de zapatos.

—Billetes de quinientas, de mil, de cinco mil. ¡No sabes cómo me vinieron!

—¿Y qué hiciste?

—¿Que qué hice? Pagar a todas las mujeres de la plaza de Abastos y a la farmacéutica. Estábamos tiritando de deudas. Pero ahora todo vuelve a marchar porque el periódico le paga los escritos a la semana. Te he echado de menos, ¿sabes?

—¿A mí?

—Sí, a ti. No me digas que te sorprende. Mira —dije, enseñándole el camafeo de mi madre—. Es mi madre. Bueno, su perfil. ¿Tú la recuerdas así?

—¡Qué bonito! —exclamó sin prestarle en realidad demasiada atención.

—Jorge, ¿tú recuerdas así a mi madre o no? Es lo que estoy preguntando.

—Creo que no.

—Vaya, coincidimos. Yo solo me acuerdo de sus manos largas. Siempre estaban calientes cuando me acariciaba.

Estaba en un punto de no retorno. Debía hablarle con toda sinceridad, pero de repente cambié bruscamente de opinión y pensé que lo mejor sería darle los folios de Timoteo. En la soledad de su habitación o en el mejor rincón que él encontrara, podría leer la verdad de su vida y así yo me ahorrraba la interpretación.

Le convencí para que fuéramos a casa y, sentados sobre mi cama deshecha, le hice entrega de aquel manojito de confesiones.

—¿Qué me das?

—Tu vida, Jorge. Aquí tienes tu vida entera. Solo te voy a pedir un favor, bueno, varios: que no los tires, que no los pierdas, que me los devuelvas y que no se los enseñes a Matilde. Tu verdadera madre te buscará y te hablará, pero mientras, lee esto.

Jorge se marchó de casa cuando ya era la hora de cenar. Rebusqué en la nevera y encontré dos filetitos de pollo que, aunque no olían muy bien, no tenían aspecto de estar pasados. Los freí, llevé uno a mi padre y el otro me lo comí yo, muy despacio, muy masticado, para que pareciera que daba más de sí.

Pasaron los días y no supe nada de Jorge.

Mi padre cumplió su palabra e inició las gestiones de mis prácticas. Descolgó el teléfono de la cocina y preguntó por don Valentín, el director del diario. Me moría de emoción por dentro. Me comí las uñas de los cinco dedos de la mano derecha mientras esperaba en el salón a que terminara la charla. El momento de mi incorporación al periódico había llegado.

Mi padre se sentó en una de las sillas de la mesa de comer y me dijo:

—El lunes, 1 de julio, empiezas a trabajar en el servicio de teletipos. Te esperan a las diez de la mañana.

—¡Oh, papá! No sabes cuánta ilusión me hace. Por fin ha llegado el momento.

—Y te pagarán, no te creas. ¿Conforme?

—¡Claro! ¿Cómo no iba a estarlo?

—Vuelvo a la cama. No me encuentro muy allá.

Le acompañé al dormitorio, retiré el plato con los restos de pollo y el vaso de agua recalentada y me encerré a ordenar el diario y a pensar en el comienzo de mi reportaje.

En la ciudad de Santiago de Compostela, entre piedras que lloran y lluvia que baila, vivía un viejo de nombre Timoteo. Siempre quiso ser escritor de historias, pero una cosa fue llevando a la otra y el tiempo acabó por consumirlo entre esas piedras que lloran y esa lluvia que baila en la capital del Reino de Timoteo, la ciudad de Santiago de Compostela.

—Demasiado literario, Mariana. Es cursi —pensé para mis adentros.

Mi crónica no podía ser literatura. Debía ser periodística, con su dureza, su desnudez gramatical y la ausencia de calificativos que solo conseguirían aburrir al lector matutino que busca titulares. Nadie compraría aquel comienzo. Seguí dándole vueltas, pero nunca llegué a borrar aquel. Era el primero que me había venido a la cabeza y, como tal, debía conservarlo.

Ciertamente, mi curiosidad por los periódicos venía de muy niña, de mucho antes incluso de que empezara a escribir. Mis padres me ponían el *Abc* y el *Ya* sobre las piernas y yo hacía que leía aunque no supiera leer. Cuando empecé a descifrar los significados de las sílabas, que juntas formaban palabras, descubrí que el papel de periódico tenía un olor especial y un tacto distinto al de los libros. En algunos casos contaba las historias más bonitas que jamás pudiera haber imaginado. Algunas superaban las leyendas más negras y también las más apasionadas de aldea. En aquellos años bisoños de emoción pura, cualquier artículo se me quedaba grabado durante días. Pero, claro, el tiempo había pasado y, aunque ahora me empeñara en recordar alguno en particular, no era capaz de rescatar su comienzo, su fin o la técnica para enjaretar un párrafo con otro.

Como yo era hija de mi padre, había herencias que no podía ocultar, pasara lo que pasara. Y una de ellas era la obsesión de guardar papeles. Yo también tenía mi particular carpeta de recortes, en la que conservaba algunos artículos que, en algún momento, me parecieron interesantes. Recurrí a ella y encontré justamente lo que buscaba: la noticia de un hombre al que dieron seis meses de vida y un año después posaba ante su lápida. ¡Qué barbaridad! Volvió a sorprenderme como el primer día. Un médico, con poco ojo clínico,

le había diagnosticado una enfermedad terminal. El bueno del hombre, asustado por la inminencia de la muerte, preparó su entierro como si fuera (como en principio iba a ser) lo último que hiciera en esta vida nuestra. La salud, que el médico no predijo, quiso que ese hombre recuperara el tono y, ni corto ni perezoso, revivió y, vivito y coleando, posaba ante su bonita tumba en un cementerio de Gales. El periódico contaba cómo se arruinó de tanto vivir, de tanto gastar a diestro y siniestro, como si cada acto en vida fuera (como en principio iba a ser) el último. Viajó a Australia. Recorrió el Oaks y condujo una caravana por la costa este hasta Sídney. Voló a Polinesia y ahí se perdió dos meses en los mares del sur creyéndose uno de los piratas de las novelas de Stevenson. El hombre tenía la sospecha de que descubrir aquel rincón del planeta lo había sanado, pero como su cuerpo tenía fecha de caducidad, hizo las maletas y viajó a Las Vegas. Su ilusión era recorrer el bulevar de los casinos, jugárselo todo al dieciséis, beber hasta perder el control en la ruleta de la suerte y, si acaso, trasnochar con una de esas camareras de las películas que llevan minifalda y corsé, y enseñan la mitad de los pechos. Y eso hizo. Cuando estaba allí ganó una cantidad suficiente para alquilarse un helicóptero y sobrevolar el Gran Cañón del Colorado. Suplicó al comandante que le bajara hasta la orilla del río para poder mirar hacia arriba y perder la noción con semejante espectáculo. El piloto, compadecido con aquel hombre que iba a morir, se jugó el tipo en una maniobra de alto riesgo.

La última noche en Las Vegas consiguió prenderse del cuello de una camarera de película, pero perdió lo poco que le quedaba y, con los bolsillos vacíos, volvió a Los Ángeles, donde embarcó rumbo a Gales para morir. Pero no murió. Y entonces, ya digo, posó para el mundo entero ante el epitafio que ordenó grabar en el mármol: *Hice lo que quise hasta el final de mis días*. Releer aquel artículo me devolvió las sensaciones de la primera vez. En la aldea, ¿ni por asomo había ocurrido algo semejante! Allí, cuando a uno le decían que iba a morir, acababa muriéndose. Aunque era muy corriente que lo pronosticara el propio enfermo. Y nunca le daba tiempo de ver la tapa de su tumba.

Se me hizo tarde revisando mi arsenal periodístico. La noche se posó en Caldeirería, tiñendo la calle de sombras alargadas. Me quedé dormida encima de los papeles y los folios en blanco en los que había empezado a escribir la

historia del cazador de pensamientos. Miles de flautistas vestidos con trajes coloridos desfilaron por mi cama y entonaron una música que me envolvió en un sueño dorado en el que yo danzaba como una bailarina. Llevaba unas zapatillas de suela de ante que me permitían deslizarme por el parqué de nuestra casa. Los flautistas abrieron la puerta de mi habitación y, cortésmente, me dejaron pasar para que yo los guiara. Salimos en fila, bailando por el pasillo al ritmo de la melodía.

Las semanas se me hicieron eternas hasta que llegó el 1 de julio, la fecha elegida por mis patrones.

Me vestí mis mejores galas: una faldita de hilo azul y una camisa blanca de cuello a la caja bastante aparente. Me calcé y rescaté del tendedero una bolsa de tela con asas de cordón en la que metí el monedero con tres perras, un bolígrafo y el diccionario de la Real Academia. Me despedí de mi padre con un beso y enfilé Caldeirería con tanta ilusión como nervios. La mezcla de mi estómago era explosiva. Respiré hondo varias veces. El aire fresco de la mañana apaciguó mis inquietudes, pero, al llegar a la sede del periódico, el corazón empezó a palpar más y más rápido. Con más y más fuerza. Como si fuera a salirse por la boca. La puerta del diario estaba entreabierta, pero opté por la cortesía:

—¿Se puede?

—Pasa, mujer, pasa. No hace falta llamar. Empiezas hoy, ¿verdad?

La recepcionista era la misma que recogía los artículos de mi padre por las tardes. Agradecí encontrar una cara conocida.

—¡Qué guapa te pusiste! Espera, que llamo a don Valentín.

¡Iba a recibirme el director! Un sudor frío empezó a empaparme las axilas.

Descolgó un teléfono y habló con su secretaria.

—Ya está aquí la hija de Vila. ¿Le dices al jefe que salga, por favor?

La mujer me sonrió al devolver el auricular a su sitio.

—Ya viene, Mariana. ¿Tienes ganas de empezar?

—¿La universidad? —pregunté absurdamente.

—No, mujer, tu trabajo aquí.

—Sí, claro, sí. Perdona. Voy a empezar tantas cosas este año que no sabía exactamente a qué te referías. Estoy un poco nerviosa, ¿sabes?

—Todos empiezan muy nerviosos, pero enseguida se adaptan. Los becarios aprovechan mucho el tiempo. ¡Hay trabajo para todos!

—¡Eso espero! —contesté.

La buena de la señora volvió a sus labores, a colocar los papelotes, las cartas y los montones de periódicos que tenía encima de la mesa. La secretaria de don Valentín tardó aún unos minutos más. Me senté en una butaquita de antelina azul y esperé. Traté de vivir intensamente aquel momento. «Estás aquí, Mariana, a punto de empezar a trabajar en un periódico. Fíjate en esos cuadros, ¡qué curiosos!» La recepción era un ir y venir de periodistas, carteros y recaderos. Me sentía como un mueble que nadie veía, pero aquella transparencia duró poco. La puerta que separaba la recepción de la redacción se abrió y apareció la señorita.

—¿Mariana Vila? Pasa por aquí, hija.

Me encaminé hacia el despacho del director siguiendo los pasos de la amable secretaria. Recuerdo el despacho de don Valentín como un lugar apacible, con grandes ventanales que daban a Preguntorio. Casi todos los despachos de periodistas tienen una cosa en común: las paredes están empapeladas con portadas históricas. Y siempre lo son del periódico que dirige el susodicho.

Las piernas me temblaban cuando me senté frente a él, ante una mesa de cristal con patas de elefante de mármol sobre la que reposaba, en una esquina, a modo de reliquia, una vieja remington con las letras desteñidas. Don Valentín me habló del oficio.

—Querida Mariana, qué te voy a contar que no sepas, hija. A veces a esto se llega por herencia, como es tu caso. Las generaciones de periodistas son muy comunes. No tanto como en los talleres, donde hemos llegado a tener hasta tres quintas de la misma familia puliendo páginas, pero las hay, las hay, no te creas. Y resulta curioso, hija mía, porque aquí heredar lo que se dice heredar, poco. No es como los puestos del mercado, que pasan de padres a hijos, o las tabernas. Debe ser cosa de los indescifrables códigos genéticos. ¡Qué sé yo, hija!

No sabía por qué se dirigía a mí llamándome hija. Ignoro si tenía descendencia y era un simple latiguillo de su conversa o si adivinó en mi mirada que estaba necesitada de que alguien me lo llamara.

—Bueno, tú a lo tuyo con buen tino y con entrega, hija, siempre con entrega. Que no te pueda el agotamiento. Esto no es la mina, pero habrá días en los que te sientas cansada de escribir o harta de tus jefes. El redactor jefe, Tomé, es un buen hombre. Un poco arisco, pero te tratará bien. ¡Ah! Y nunca olvides que las letras no están hechas para engordar la cuenta corriente. Esto es solo para pobres. No esperes hacerte rica escribiendo historias, pero si conservas el entusiasmo por contarlas, quizá puedas llegar a dirigir un periódico. Como decía Voltaire, quienes creen que el dinero lo hace todo terminan haciendo todo por dinero. Yo siempre lo he tenido muy presente. Al periodismo hay que llegar con vocación de pasar hambre y echar horas. Es un sacerdocio, hija.

Ganas me dieron de explicarle en qué consistía hacer todo por dinero en una familia como la nuestra. O de contarle cómo se sobrevivía al hambre, al corte de luz, a la nevera vacía y al agua fría. O cómo se las apañaba quien mendigaba en la plaza de Abastos una cabeza de gamba y una trucha para freír con aceite usado cientos de veces. Ganas me dieron, pero me contuve por respeto a la dignidad de mi padre, a esos indescifrables códigos genéticos de los que me habló don Valentín y porque era la segunda vez en mi vida que hablaba con un director.

Con el tiempo me di cuenta de que en el oficio del escritor de periódicos, la mitad del sueldo se pagaba con vanidad. Había cola de periodistas dispuestos a escribir a cambio de ver su nombre y su apellido en una página impresa. Era el sueldo más gratificante del mundo. El problema surgía cuando extendías tu firma ante el mostrador de la eléctrica y no te devolvía el suministro. Valía poco. Valía nada.

Después de la charla, don Valentín ordenó llamar al tal Tomé, de Bartolomé, que, a la postre, sería mi jefe directo, el encargado de los nuevos y los viejos.

Era uno de los mandamases del diario. Un tipo con poder para decidir qué se publicaba y qué no, quién podía salir a cubrir una noticia y quién no. Su aspecto, en cambio, no casaba con su autoridad. Barba descuidada, gafas de metal, pelo revuelto canoso y grasiento por la coronilla. No me gustaba clasificar a las personas por sus cualidades físicas, pero, en este caso,

resultaba imposible no contraponer sus dos circunstancias vitales. Desde luego, su garbo hacía honor a la fama de hombre rudo y eternamente cabreado que se había ido ganando con los años.

—Soy Tomé, el redactor jefe del diario —dijo—. Yo creo que nos hemos visto alguna vez, ¿no?

No quería contrariarle, así que me limité a seguirle la corriente:

—Puede ser, cada tarde vengo por aquí a entregar el artículo de mi padre.

—¿Y cómo está tu padre? Lo echamos de menos, hombre. Dile que se recupere. La investigación de los del circo quedó a medias.

—¿Mi padre investigaba a los del circo?

—Bueno, empezó un reportaje, pero no lo acabó. Al parecer, uno de los bichos que trajeron, creo que era el rinoceronte blanco, fue capturado ilegalmente y andaba detrás de eso... Ya sabes cómo es tu padre, ¡un defensor de las injusticias! No sé en qué quedó la historia. Lo preferimos escribiendo su columna. Hila muy fino.

Sonreí con agrado. Las lagartijas se acomodaron en mi estómago.

—Algo sabía del rinoceronte, sí, pero ignoraba que mi padre lo investigara.

—Le dio por ahí... Bueno, Mariana, aquí vas a trabajar hasta septiembre, pero tienes opción de quedarte hasta diciembre. ¿Sabes ya qué te gustaría hacer?

—Lo que ustedes me ordenen, claro. A mí lo que me gusta es contar historias...

Mi jefe Tomé esbozó una ligera sonrisa, nada entusiasta, por cierto.

—De momento habíamos pensado que te incorpores al servicio de teletipos. Los teletipos son las noticias que envían las agencias de prensa. Nosotros no podemos enviar un periodista a cada rincón del mundo. Para eso están las agencias, para reportar información. Será muy interesante para ti que te familiarices con el lenguaje periodístico y que aprendas a valorar lo que es una noticia. El servicio de teletipos está aquí, mira.

Recorrimos la redacción y Tomé me fue enseñando los distintos departamentos. La sección de Nacional, de Local, Internacional, Sociedad... Documentación, Administración, Esquelas... El periódico era como un

pequeño pueblo donde se cocinaban vidas ajenas en fogones de tinta. Resultaba realmente acogedor. Las paredes me recordaron al despacho del señor Cuco. De ellas colgaba historia viva en papel de un día. Algunos departamentos habían incorporado el ordenador. En realidad era un artilugio panzudo que ocupaba la mitad de la mesa. No había muchos periodistas porque, a esas horas, la mayoría estaba en la calle, a la caza de la noticia que salta o en alguna de esas odiosas ruedas de prensa en las que el periodista anota las palabras previamente convenidas por los políticos. Eso, la trastienda del poder, su maquinaria y su maquillaje fue uno de los grandes hallazgos de mi vida. Aunque tardé tiempo en adentrarme en sus inescrutables caminos, los mecanismos para dirigir al periodista sin que se notara demasiado me produjeron más desazón que entusiasmo. Pero, ya digo, eso ocurrió años después de que yo pisara por primera vez la redacción del periódico. Entonces mi mirada seguía teniendo el brillo de la inocencia.

El servicio de teletipos estaba en un cuartucho sin ventanas al que se accedía subiendo unos escalones. Tres hombres recortaban a cuchilla las noticias y las iban dejando en unas bandejas. Cada una tenía una etiqueta que identificaba el departamento.

—Andrés, Mateo y Boni, ella es Mariana. Vuestra nueva compañera.

Los hombres eran, en realidad, señores de edad, de aspecto parecido a Tomé, pero con alguna variación física. Los tres eran amables o, al menos, intentaban parecerlo. Habían establecido un sistema de turnos según el cual, cada media hora, uno de ellos se encargaba de acuchillar teletipos mientras el resto los clasificaba.

—Estas máquinas son el corazón del periódico —dijo Andrés.

—¡Sí, hasta que les da un infarto! —contestó Boni entre risas.

Así de primeras, aquella comparación me pareció un tanto esperpéntica. Con el tiempo descubrí que era del todo cierta y comprendí exactamente por qué aquellas máquinas eran el corazón del diario que, de cuando en cuando, se infartaba con una noticia que solía ser portada del periódico. Las bombas de la banda terrorista ETA, las muertes de celebridades, las explosiones en países árabes... Noticias, en definitiva, que alteraban la vida ordinaria de la redacción. Cuando un teletipo llevaba en el encabezamiento la palabra URGENTE, se activaban todas las alarmas.

—¡Urgente, urgente! —gritaba Boni de repente—. ¡Atentado en Bilbao! Un muerto. Aún no se conoce la identidad.

Sintiéndolo sinceramente por la familia del muerto, debo decir que ese tipo de sucesos insuflaba intensidad a la redacción. Tomé salía del despacho y, a su vera, se arremolinaban los redactores, las secretarias y don Valentín. La primera llamada se hacía siempre a la policía, después a la Guardia Civil (el orden podía alterarse) y, por último, al Ayuntamiento de turno donde se hubiera producido el atentado.

—¿Has llamado? —preguntaba el director.

—Comunican todos —contestaba Tomé.

—¿En el Ayuntamiento también?

—¡Comunican todos, Valentín!

—Pues que cuelguen, ¡coño!

La efervescencia de aquellos momentos merecía las largas horas esperando noticias. Era como el Gordo de Navidad. Cuando salía, se montaba un revuelo formidable. Los ojos de Boni, de Andrés, de Mateo y los míos se concentraban en la máquina expendedora de teletipos como el buitre que acecha a una oveja. Estábamos ávidos de datos para salir a vociferarlos y que alguien nos prestara un poquito de atención.

—¡Es un militar!

—¡Militar, Tomé! ¡Es un militar!

Las voces se iban corriendo de mesa en mesa hasta llegar a los despachos. Entonces Tomé y don Valentín volvían a salir como un rayo con más preguntas para las que casi nunca teníamos respuesta.

—¿Sabemos de qué ejército?

—No, Tomé, aún no lo sabemos —decía Boni.

—¡Y en Bilbao siguen comunicando, joder!

Se encerraba de nuevo y por la cortinilla de láminas de aluminio lo veíamos descolgar y colgar el teléfono con furia.

Era especialista en repartir órdenes al vuelo que no siempre sabíamos a quién iban dirigidas.

—¿Ha habido ya reacciones políticas? ¿Dónde está Felipe González? ¿Y Fraga? ¿Qué tenía hoy Barrionuevo?

Boni, que lo conocía como si lo hubiera parido, corría a la bandeja de teletipos nacionales y buscaba la agenda de previsiones de la agencia Efe.

—Hay pleno en el Congreso, Tomé. Estarán todos allí.

—Voy a llamar a Madrid —decía entonces aliviado.

Si había pleno, todo resultaba más sencillo, salvo que Moncloa contraprogramase con una comparecencia extraordinaria. Entonces, volvíamos a angustiarnos porque en Madrid solo había un corresponsal que, en días de muchas noticias, se conjuraba a la omnipresencia para poder llegar a todo.

—Niña, no quites el ojo —me decía Boni de vuelta al cartucho—. En cuanto salga el primer teletipo con declaraciones de políticos, me avisas.

Adoraba las noticias urgentes. Las palabras de los ministros o del propio presidente del Gobierno no me importaban nada porque siempre decían lo mismo, pero, entre declaración y declaración, teníamos carnaza para horas enteras.

La sucesión frenética de teletipos iba aminorándose según avanzaba el día. El último que esperábamos, ya a las tantas, era el que fijaba la hora y el lugar del funeral. Entonces todos nos entristecíamos un poco. Nos dábamos cuenta de que llevábamos todo el día manoseando el nombre del difunto sin tener remota idea de quién era en realidad. Incluso le habíamos mirado a los ojos cuando el servicio gráfico dispuso su fotografía junto a la del consabido coche bomba reventado. Esas dos fotos solían ser la portada: a toda página, el amasijo de hierros, y en el extremo superior derecho, la fotito tipo carné del militar con su nombre, su apellido y su rango. La información siempre precisaba su estado civil, si tenía hijos, cuántos años llevaba destinado en Bilbao y si alguna vez se sintió amenazado por alguna banda de asesinos. Con todo eso se confeccionaban páginas enteras.

Una vez enterrado el militar de turno y oficiado el consiguiente funeral, nos solíamos olvidar de él.

Hasta el siguiente.

El olvido formaba parte del oficio. Nadie me lo había contado, pero lo descubrí al poco de aterrizar en el cuartucho. Resultaba sorprendente comprobar cómo las agencias dejaban de escribir del muerto, y la viuda y los huérfanos enmudecían para siempre en los periódicos. Alguna vez me he

preguntado por qué las cosas son así. Aún no he encontrado respuesta convincente. Tampoco la he hallado para entender por qué se reservaban páginas enteras con entrevistas a curiosos líderes mundiales (etiquetados como tal por la pluma de un periodista) cuyas revelaciones pocas veces resultaban merecedoras de tanto espacio. ¡Con lo caro que salía un nichito de papel para anunciar una defunción!

Luego había otras noticias que duraban semanas e incluso meses y se convertían en verdaderos seriales. Tal fue el caso del hundimiento del *Casón* en Fisterra, que mantuvo a Galicia en vilo. El buque agonizó durante días interminables. Se deshizo en explosiones tosiendo humos tóxicos y dejando un reguero de pánico. Los vecinos fueron condenados a abandonar sus casas y a sus animales, y la Costa da Morte se quedó en ayunas.

El naufragio nos sorprendió una madrugada de noviembre. Sacaron de la cama hasta al apuntador, hasta a mí, que era la primera por atrás del organigrama del periódico. Cuando llegué, Tomé ya debía llevar horas encerrado en su despacho. Parecía un alma en pena, ojeroso y pálido, y con más mala leche de lo habitual. Ese día oí hablar, por primera vez en los días de mi vida, de los «testimonios humanos». ¿De quién iban a ser si no eran humanos?

—¡Quiero testimonios humanos! ¡Quiero hablar con los vecinos! — gritaba el redactor jefe—. ¡Quiero saber dónde se está quedando toda esa gente que ha dejado Corcubiión, Cee y Muxía! ¡Quiero saber si alguien se resiste a huir! ¡Joder, no aprendemos! ¡No aprendemos! Que no, coño, que no... Que no quiero que me cuentes lo que dice Laxe, que eso ya lo va a contar la Efe, joder, que no... ¡Que me cuentes lo que yo no veo! Que te olvides de las ruedas de prensa...

Desde el cuartucho, Boni escuchaba cómo Tomé dirigía la información del corresponsal en la zona y lo maldecía para el cuello de su camisa.

—¡Descuelga tú el teléfono, carajo! A ver si a ti te dicen qué demonios lleva ese barco en sus tripas.

Aquello fue lo peor: no saber qué estaba provocando la espesa humareda y las estruendosas detonaciones que tenían atemorizada a la comarca. Los periódicos contribuyeron a engordar el miedo. Decían que el *Casón*

transportaba combustible nuclear y nadie era capaz de desmentirlo. Se armó un lío monumental porque los políticos no acertaban a dar una explicación coherente ni una información rotunda que acallara los rumores.

Se movilizaron dotaciones militares y la Guardia Civil se apostó a las entradas de los pueblos para comprobar, DNI en mano, que los vecinos vivían donde decían que vivían y evitar así robos y saqueos en las cuadras.

El naufragio de aquel buque de bandera panameña es la única noticia que he archivado convenientemente en mi memoria. Quizá porque aquella genialidad de los «testimonios humanos» me permitió vestirme con las lanas de toda esa gente que sobrevivió al *Casón* y a los humos del *Casón*. Murieron veintitrés tripulantes y, a través de las letras de *El Correo*, fui poniéndoles nombre, apellido, cara y alma.

Resultaba conmovedor. De eso se trataba. Y Tomé tenía razón.

Mi ilusión aún se mantuvo intacta un tiempo más. Mis señores compañeros del servicio de teletipos eran hombres honrados que habían pasado media vida en el periódico. La pena es que no hicieron carrera de portada y acabaron cortando noticias o cantándolas a viva voz. A su lado fui descubriendo los entresijos del oficio. No necesité mucho tiempo para percatarme de que no se parecía en nada a lo que había vivido mi padre en sus comienzos. Don Valentín tenía razón: no heredaba nada. Ni los talleres con olor a brea, ni la tinta roja de la censura desangrando las páginas, ni las crónicas dictadas por teléfono, ni los números de la lotería tomados a oído. Lo que yo había heredado era una profesión con titulación universitaria y un hogar de compañeros que soñaban con ser invitados a las recepciones oficiales del Pazo de Raxoi. A mí eso me daba igual, pero estaba convencida de que algún día me picaría la bicha y desearía ardientemente ser convidada a esos ágapes que, a buen seguro, debían ser deliciosos. Sí, ese era otro de nuestros vicios: el gusto por comer de gañote. Y también lo heredé. Pero entonces era porque tenía más hambre que las ratas.

Precisamente, después de varias semanas de trabajar codo con codo, Boni, Andrés y Mateo me invitaron a comer en Casa Elisa unos huevos fritos con zorza y pimientos, helado de vainilla y café con pasta. El menú me supo a

gloria, pero mejor me sentó el melocotón que robé del frutero y que, finalizada mi jornada, me comí en el salón de nuestra casa de Caldeirería.

Mi padre me estaba esperando con el artículo redactado directamente a máquina. Me reconfortó que hubiera hecho ese esfuerzo, pero cuando volví de entregarlo y hablamos de mi jornada laboral, descubrí que mi padre se estaba muriendo de pena.

¿Se puede padecer la ausencia de quien vive a tu lado? Empecé a sentir que mi padre, aún presente, era una ausencia que me hacía llorar. ¿Por qué su presencia me resultaba más dramática que el vacío de mi madre? Era, en realidad, la causa de mi locura, el dolor de una realidad espantosa, que se cebaba conmigo sin que yo le hubiera dado motivos.

—Aprenderás mucho de Boni. Es un fenómeno. Te puede contar mil historias de la política de Madrid, de la trastienda que se cocía en el Palacio de la Moncloa. Tenía un pariente en la intendencia que le contaba, con todo lujo de detalles, lo que allí acontecía. Era el encargado de servir los pinchos de tortilla y el rioja en los aperitivos que los ministros tomaban en la Sala de Columnas antes de despachar con el presidente. Los Consejos se hacían en el comedor de invitados del palacio. Yo nunca estuve, pero él me contó que era una estancia maravillosa, iluminada por una lámpara de bronce impresionante. Una vez se presentó el mismísimo rey Juan Carlos. Su pariente lo vio en un pasillo y ¡casi se cae de espaldas! No era habitual que el jefe del Estado llegara a Moncloa sin avisar. Es más, cuando tenía una reunión con el presidente del Gobierno, todos la intuían desde primera hora de la mañana porque se montaba un guirigay de mil pares de narices. Sin embargo, aquella vez no se enteró ni el apuntador. Había sido una semana dura, de muchos atentados y, sin ningún protocolo, el Rey se plantó en el Consejo de Ministros para dar ánimo al gobierno. Después se marchó por donde había venido y creo que nadie dio cuenta de aquella visita. Salvo el pariente de Boni, claro... Dile, dile que te lo cuente.

»Nosotros solo fuimos a reportar a Madrid una vez en toda nuestra vida. Nunca se me olvidará. El redactor jefe de entonces, Paulino Amador, nos empaquetó en un autocar para que asistiéramos a la rueda de prensa posterior a uno de esos Consejos de Ministros del gobierno de Adolfo Suárez. Teníamos la misión de preguntar por el rumor incesante de que iban a subir la

gasolina. Te parecerá una simpleza, pero entonces era un secreto de Estado que siempre se convertía en noticia de portada. El gobierno intentaba silenciarla por todos los medios argumentando razones de seguridad. Era la única manera de que no se colapsaran las gasolineras. Así que, cuando llegabas con tu depósito vacío, te encontrabas, de buenas a primeras, con que el litro había subido una peseta del tirón.

»Aquel viernes de la gasolina hicimos una de las mejores crónicas políticas de nuestra vida. Se lió la de San Quintín. Todos los periodistas estábamos realmente ansiosos porque compareciera un tal Ignacio Camuñas al que tantas veces habíamos citado en nuestras informaciones y al que jamás habíamos visto en carne y hueso. Lo llamaban *Nacho de noche* y con ese apodo se quedó. Finalizado el Consejo, subía a una tarima de mármol y explicaba los acuerdos. Ese día, por razones que nunca acabaré de creerme, Camuñas no salió. Dijeron que se había puesto enfermo. Yo siempre he pensado que no quiso silenciar la noticia de la subida de la gasolina... El caso es que no apareció y en su lugar lo hicieron el jefe del Gabinete de Suárez, Alberto Aza, el portavoz de Moncloa y Ramón Castillo, el segundo de Prensa.

»Los periodistas preguntaban insistentemente al portavoz si el gobierno había subido la gasolina. Recuerdo que la cara del portavoz era la imagen misma del terror. Sudaba la gota gorda. Se le cambió el color de la piel y sólo acertaba a decir:

»—Mirad, yo no estuve en el Consejo de Ministros y, por lo que veo en la referencia, no parece que la hayan subido.

»El silencio de aquella sala quedó roto por el grito de un colega que, desde la última fila, dijo a viva voz:

»—¡Con Franco informaban mejor, carajo!

»La cámara de Televisión Española, que entonces dirigía Rafael Ansón, grabó todo lo que allí sucedió y, ni corto ni perezoso, le hizo llegar una copia al presidente Suárez.

»Boni y yo disfrutamos como enanos de aquel viaje. Escribimos a mano todo lo que habíamos presenciado, lo dictamos al periódico desde una cabina de la calle Argüelles y volvimos a Galicia.

Nunca había escuchado a mi padre hablar con tanta locuacidad. No podía ocultar la nostalgia que se dibujó en sus ojos, una pena inclasificable, que hasta entonces yo no había descubierto en una mirada. Supongo que reprimió las ganas de llorar para no contribuir a mis preocupaciones. Me quedé con ganas de preguntarle si le habría gustado trabajar en Madrid, entre aquellos periodistas de postín, a la sazón, los mejores de la profesión.

Ciertamente, los halagos hacia Boni eran correspondidos. Cuando supo que mi padre era mi padre, solo puso lisonja a sus palabras. Me agradó bastante, pero no suavizó mi amargura.

Aquella noche el sabor agrio del melocotón me recordó a las meriendas de la aldea. El jugo se derramó por mis labios y la sensación de estar viva alivió el peso de los acontecimientos. Roí el hueso con los dientes hasta dejarlo completamente limpio, sin hebras.

Pasó el tiempo.

No me costó adaptarme a mi nueva vida. Me levantaba con entusiasmo y, pese a que el deterioro de mi padre era cada vez más visible, me las arreglaba para que nada arruinara mis prácticas en el periódico, que, por cierto, se prolongaron más allá del verano por razones que solo podía entender la compasión.

Padre se sumió en una depresión que, según me dijo el médico, era habitual en enfermos de neumonía. Hasta ese momento ignoraba que los problemas de pulmones tuvieran secuelas en el alma. Pero lo cierto es que las toses continuadas acabaron siendo un infierno para él y alteraron definitivamente su estado de ánimo. Tanto que faltó a su columna diaria en más de una ocasión. Aquello era lo peor porque me ponía en un aprieto considerable ante Tomé, que solía preguntarme con poco tacto cuáles eran sus planes de futuro. Esa circunstancia fue decisiva en mi vida. Un día, para ahorrarme el mal trago de tener que informar de la enfermedad, cogí papel y boli y yo misma escribí el artículo. Uno antiguo me fue haciendo de guía hasta que conseguí terminarlo. Otros protagonistas, otro tema, otro título, pero idéntico esquema. Debió quedar bastante bien porque nadie se percató del cambio y, para satisfacción mía, lo publicaron tal cual. No movieron ni una coma. Tal fue mi entusiasmo que decidí que había llegado el momento de hablar a Tomé sobre mis proyectos periodísticos. Había terminado de ordenar el diario y, a fuerza de leer los reportajes y las noticias clasificadas en mi carpeta, conseguí escribir algo que, a mi modo de ver, resultaba decente. Se titulaba *Encuentros en Bonaval*, y de subtítulo, *Un cazador de pensamientos se aloja en Compostela*.

Aprovechando uno de los turnos de guillotina de Andrés, me paseé por la redacción hasta que, por efecto de una casualidad muy calculada, me di de bruces con Tomé.

—¿Cómo vas, muchacha? ¿Te tratan bien?

—Sí, por supuesto —respondí con la mejor de mis sonrisas—. Y aún me queda tiempo para pensar en varios temas que quizá puedan interesarle.

—¿Y en qué andas?

—Verá, señor Tomé, yo tengo una historia. No necesitaré salir de la redacción porque ya la tengo escrita.

—¡No me digas! ¿Y de qué se trata?

Se apoyó en uno de los armarios de los documentalistas. Parecía interesado.

—Trata de un personaje muy singular que vive aquí, en Santiago. Nunca lo han entrevistado.

—Por este periódico han pasado todos los personajes singulares de Compostela, pero seguramente alguno se nos ha podido pasar por alto. Continúa.

—Se llama Timoteo y es un cazador pensamientos. Vive en Hortas, en un semisótano y, ya le digo, se dedica a cazar pensamientos. ¡Seguro que alguna vez cazó uno suyo!

Tomé empezó a reírse sin parar. Hasta tuvo que sostenerse las lornas de grasa del vientre que empezaron a moverse sin parar entre el pecho y el cinturón.

—Un cazador de pensamiento, dices. No había escuchado una historia igual en mi vida. ¿Y cómo los caza? ¿Eso también lo sabes?

—Por supuesto que sí, Tomé. E incluso sé cómo los convierte en palabras. Es sorprendente, pero es cierto todo lo que le cuento.

—Ay, Mariana, de casta le viene al galgo. A tu padre le dio por los rinocerontes blancos y a ti por los cazadores de pensamientos. Déjame que lo piense y te digo algo, pero mira a ver si se te ocurre algún otro tema. ¡Qué graciosa, la niña!

Tomé se encerró en su despacho y siguió riéndose como si le hubiera contado un chiste. Volví a sentarme en mi silla del servicio de teletipos y seguí leyendo el artículo que había dejado a medias.

La boca me sabía al regusto amargo de las decepciones. Había recibido un no categórico a mis aspiraciones. Un no a mi historia porque sonaba a locura y, aunque pudiéramos estar de acuerdo, había algo que no conseguía encajar en mi esquema. A Tomé lo tenía por un hombre con olfato y sano juicio periodístico. Resultaba inexplicable que no hubiera tenido, como mínimo, cierta curiosidad por leer mi escrito. Su negativa no dejaba resquicio a la duda: no volvió a preguntarme por mi historia y yo no estaba del todo segura de querer insistir en ella. No es no. Me habían educado para no insistir, ni molestar con impertinencias.

A partir de entonces empecé a prestar especial atención a los temas que proponían los periodistas de verdad. Al fondo de la redacción, cerca del despacho de Tomé, había una mesa con una cafetera que siempre tenía café y bollitos. Por descontado queda que a mí me venía fenomenal porque cada mañana y cada tarde aprovechaba para tomarme uno o dos. Empecé a frecuentar la cafetera no por hambre (que también), sino porque justo al lado se sentaba Antón Lourido, uno de los redactores más apreciados del periódico. Mientras preparaba mi taza de café, me fijaba en sus manos. Veloces como rayos se desplazaban por el abecedario de la máquina de escribir. Sus dedos eran peludos. Y la piel, blanca como la leche, transparentaba las conexiones de sus venas, abultadas a última hora del día. Fumaba como un cosaco. Un pitillo negro detrás de otro.

—Hay que intentar que la realidad no te estropee un buen artículo.

A veces no se sabía a quién hablaba. Sus palabras quedaban colgadas de los focos brillantes que iluminaban el folio en blanco o el cuaderno de cuadrícula plagado de anotaciones.

—¡Hay que sudarse cada folio, chicos!

Entonces Antón Lourido hacía un alto en su parto periodístico, abría el cajón, sacaba una petaca de cuero marrón y le metía un lingotazo. En el mismo lugar guardaba paquetes de tabaco, cerillas y puros.

—¿Y tú nunca escribes? —me dijo un día.

—De vez en cuando, pero no aquí.

—Pues hay que escribir a todas horas, rodearse de periódicos, de libros, de cuadernos. ¡Nunca sabes dónde te va a sorprender la inspiración!

Estuve a tris de contarle todo lo que me había sucedido y, de paso, darle mi taco de folios y mi reportaje, pero Antón Lourido siguió hablando sin parar. Entre calada y lametazo de petaca fue contándome todas sus recetas para ser un buen periodista. Que si hay que leer, que si hay que escuchar la radio. Que si un periodista debe siempre estar alerta. Que si la vida está plagada de sorpresas. Así, hasta que se hartó de hablar y me mandó al servicio de teletipos.

—¡Se acabó lo que se daba, chica! Que me pongo a hablar y no llego al cierre. Cada uno a lo suyo.

Escuchar a Antón Lourido activaba todas mis alarmas, mis miedos y también mis ilusiones. Volvía a mi guillotina y sus palabras rebotaban contra la máquina expendedora de teletipos. Mi presente, mi futuro, mi existencia, mi historia, la historia de Timoteo y los demás. Todo se mezclaba en una caja angustiosa que alguien, necesariamente, tendría que ayudarme a abrir.

Mi trabajo era tan mecánico que conseguía ensimismarme en mis asuntos y evadirme de la realidad que se respiraba en aquel cuartucho. Nunca hablé con Boni del episodio del Consejo de Ministros. No fue por falta de ganas, sino porque no quería rascar en un pasado que imaginaba más lustroso que su presente. No quería volver a tropezarme con la añoranza que encontré en los ojos de mi padre.

Así fueron pasando los días sin que significaran nada en particular. Mi fascinación por el periodismo empezó a desteñirse, pero como no tenía a quién confesarle mi gran desilusión, seguí yendo a trabajar con regular puntualidad sin que nadie apreciara que aquel encantamiento inicial empezaba a hacer agua. Yo misma me torturaba, me fustigaba con pensamientos siniestros, me imaginaba limpiando suelos en los bares de Caldeirería o sirviendo cafés en el Zurich, a falta de otra ocupación que me devolviera las ganas. Tal era mi desencanto que, cuando mi padre se puso malo de verdad y dejó definitivamente de escribir, no volví a hacerlo por él. Me presenté ante Tomé y le dije la verdad:

—Ese hombre, que es mi padre, se está muriendo, así que no le reserven más columnas en su periódico. Y dígame de mi parte al señor Cuco que, si tiene a bien, me adelante las cinco mil pesetas de este mes. Las voy a necesitar para la esquila.

A Tomé le costó reaccionar. Mis palabras debieron de cortarle la digestión porque, acto seguido, desapareció del periódico y no volví a verlo en lo que restó de semana.

La realidad acabó imponiéndose.  
Y nada pudo impedirlo.  
Ni nadie.

Cuando abrí la puerta, olía a la humedad de los tacones de todos los que habían entrado y salido de nuestra casa de Caldeirería desde que yo me marché al periódico a primera hora de la mañana sin sospechar, siquiera, que volvería horas después con el corazón en un puño.

El día estaba pálido. Las nubes encogían el ánimo a cualquiera. El ambiente festivo que inundaba las calles de Compostela se había evaporado con el primer chaparrón de la mañana.

—*Cando un galego di que morre, morre.*<sup>4</sup>

Don Valentín me miró a los ojos y me besó en la frente.

—No sé a qué se refiere, don Valentín —contesté—. Yo no le oí decir tal cosa.

El director del periódico dio unas cuantas instrucciones desde el teléfono de la cocina y se marchó, no sin antes volverme a besar en la frente como si así se sacudiera la pena.

Las secretarias de don Valentín y el señor Cuco también fueron desfilando, una detrás de otra, por el pasillo tenebroso de nuestra casa de Caldeirería. La noticia de la inminente muerte de mi padre me pilló tan descolocada que ni siquiera me había dado tiempo a adecentar el salón o a recoger los restos de la última cena. Con el tiempo supe que él mismo había descolgado el teléfono y, con la muerte atragantada en la garganta, dio la voz de alarma a don Valentín, que, antes de amargarme la mañana, salió volando del periódico y avisó a los médicos, que poco más pudieron hacer por mi buen padre. Tenía los pulmones inflamados, encharcados, ahogados en una infección que ni los medicamentos para las fieras habrían conseguido curar.

El último en pasar por Caldeirería fue Boni. Llegó arrugando una boina de fieltro negro en las manos.

—Fue un buen hombre, Mariana.

—Lo sé, Boni. Claro que lo sé. Como tú. Un día me contó lo bien que lo pasasteis en Madrid, en el Consejo de Ministros.

Creo que le pesaban las lágrimas más que las palabras. Abrió la boca con mueca de sonrisa y dejó salir los suspiros. Se contuvo hasta que se perdió por Preguntoiro, cabizbajo y dolorido, mascando el recuerdo. Cuando todos se fueron y se hizo el silencio, el médico salió de la habitación de mi padre y me dijo:

—Ya puedes pasar. Yo marchó. Llámame cuando... Tú sabes cuándo tendrás que llamarme.

Me dio una tarjeta con su nombre impreso y su teléfono, y se marchó, como el resto, tragándose las ganas de decirme más de lo que dijo.

Me acerqué a la cama de mi padre y apoyé mi cabeza en su pecho. Apenas podían sentirse los palpitos de su corazón. Metí la mano entre dos botones de la camisa del pijama y le acaricié la piel.

—Dime que una vez me quisiste. Aunque te sangre la boca, dímelo, papá.

Pero mi padre ya no escuchaba. Estaba sumido en un sueño que parecía plácido, que destilaba los fármacos que le había inyectado por la vena de su mano derecha. Se la agarré y le besé los dedos. Mis lágrimas se mezclaron con el sedante. Algo de mí entró en su cuerpo y se mezcló en su sangre. Algo de mi dolor se lo llevó él para siempre.

*Nada hay eterno para el hombre, huésped de un día...*<sup>5</sup>

Cuando levanté la vista, mi padre ya no respiraba.

Se suponía que ese era el momento en el que yo debía llamar al médico, pero no tenía ganas de moverme de allí. Mi padre se había muerto entre mis brazos y, esta vez, pensaba despedirme de él. Mi madre revoloteaba por la habitación a lomos de la gata *Dinga*, que se subió a la cama y se acomodó a sus pies. Los tres juntos estuvimos llorando. Cada uno a su manera. Lo abracé. Lo abracé fuerte. Le acaricié el pelo y le hice cosquillas en el antebrazo. Le arranqué la aguja que le habían clavado en la mano, entrelacé una con otra y se las coloqué encima del pecho. Traje del baño una palangana con agua y jabón y le fui frotando los brazos, la cara y los pies. Luego le eché colonia por el cuello para que olierá bien cuando se encontrara con mamá allá en el otro mundo.

Cuando terminé el adecentamiento, cogí sus escritos del cajón de la mesa del despacho y se los fui leyendo uno a uno en un intento absurdo por revivirlo a través de lo que había escrito durante su vida.

—Padre, escúchame. Recuerda tus quejas, tus reivindicaciones. Los pasquines. La universidad. La ansiada libertad. «¡Libertad, libertad!», gritabais.

Cuando terminé con los textos periodísticos, pasé a las cartas dedicadas a mi madre. Aunque él no lo sabía, yo las conocía de memoria, de tal forma que decidí que había llegado el momento de escribirle a él mi última plegaria.

—Ahora sé, papá, que la vida es un instante que tengo que aprovechar porque llegará un día en que se me escapará de las manos, como a ti se te ha escapado ahora. Me siento extraña aquí, con los minutos contados, escribiéndote, haciendo lo único que los dos sabíamos hacer, que tú me enseñaste a hacer. Cada día de tu enfermedad he pensado que el tiempo no sería tan cruel, que me daría una oportunidad para que nos sentáramos en el salón a hablar de lo nuestro o para que fuéramos a San Clemente a tomar un batido. Creí que, al final, podría contarte que todo esto se me ha hecho cuesta arriba, que tendría un minuto, sin más, un segundo para susurrarte al oído, lentamente, casi como un suspiro, que te he querido.

Se me acabaron las cuartillas contándole a mi padre lo que nunca le dije. No hay bocetos en la vida. Te la juegas de una vez. Cuando escribes puedes rectificar, pero en la vida no hay tachones. Te enfrentas solo al estreno de tu película.

—¿Sabes, padre?, aunque nunca más vuelvas a escucharme, te contaré la vida. Igual que tú hiciste conmigo. Fuiste un escritor del momento y tendré que hacer lo mismo ahora que ya no estás.

No volvió a despertarse nunca más.

Tanto lo lloré y tan en silencio que las palabras las devoró mi aliento y tardé seis horas y cincuenta minutos en volver a la cocina y cumplir con el consabido trámite.

—Venga a Caldeirería. Mi padre acaba de morir. Soy Mariana Vila.

Cuando el médico certificó su muerte, estaba frío como el mármol. Una enfermera me ayudó a desnudarlo y a colocarle el traje de los domingos y los zapatos más nuevos que encontré en el armario. Me obsesionaba que

estuviera decente, que nada delatara nuestras últimas miserias.

Boni volvió a Caldeirería y se encargó de los papeles. Creo que se lo ordenó don Valentín, el director, que publicó una esquila bien grande en la que llamaba a los trabajadores del periódico a una misa en la Catedral de Santiago de Compostela. Entre todos aliviaron mi sufrimiento, pero no pude despistarme ni un minuto. Boni no sabía nada de la lápida que teníamos en la aldea, de mis deseos de que compartiera la eternidad con mamá, la abuela Angustias y con el abuelo Ramón. Yo misma tuve que llamar a Antón, el marmolero, para que fuera abriendo la losa y grabando la inscripción de mi padre. Me pareció que estaba afligido, que tenía la necesidad de preguntarme «¿y ahora qué harás tú?». Pero no lo hizo.

Yo sé que una vida no cabe en unos folios, pero antes de que los señores de la funeraria lo colocaran en la caja de pino, cogí mi carta, la doblé y se la metí en el bolsillo de la chaqueta.

Por si acaso.

No hubo velatorio ni capilla ardiente ni parafernalias absurdas. Y eso que en la aldea me insistieron en que debía abrir la casa de la abuela para exhibir el féretro durante unas horas en el salón o en el jardincito de las cuerdas para que los vecinos pudieran despedirse de mi padre. Me negué porque la única que tenía que despedirse era yo y ya lo había hecho durante seis horas y cincuenta minutos.

A la entrada de la aldea nos esperaban el párroco y el alcalde, que, a pie, fueron siguiendo el coche fúnebre hasta el cementerio donde se habían mudado los muertos hacía unos años por prescripción del concejal de urbanismo. Atravesamos lentamente la plaza mayor, donde viejos amigos de mi padre se sumaron al cortejo. A las puertas del cementerio encontré a don Valentín, al señor Cuco y a Tomé. También a Andrés, a Mateo y a Boni. Y a Antón Lourido, que me dio un abrazo que casi me descuartiza. Los que decidieron abandonar sus quehaceres para despedir a mi padre me hicieron llorar tanto que, cuando los operarios de Antón, el marmolero, empezaron a enyesar la tumba, pedí al conductor del coche fúnebre que me llevara a casa de la abuela Angustias y se marchara porque yo necesitaba quedarme allí,

rascando en las paredes, contaminándome con el vacío inmenso que nunca más he sido capaz de rellenar ni con tiempo. Cuando estaba a punto de anochecer, volví a la habitación en la que murió la abuela, y antes el abuelo Ramón, y arrodillada ante su cama, igual que el día que ella me besó en la frente cuando rezábamos por mi madre, cogí un pañuelo de seda, lo empapé en aguardiente blanco, que no era blanco en realidad, y lo mordí con furia para tragarme el dolor.

Aquella noche no conseguí pegar ojo.

La muerte siempre despierta un sentimiento egoísta. ¿Por qué tú? ¿Por qué a mí?

La aldea se sumió en una oscuridad infranqueable, durmieron las bestias y la luna se colocó en el centro mismo del pedazo de cielo que yo veía desde la ventana de la habitación de la abuela Angustias. Entonces decidí que debía volver al cementerio. Era una necesidad. Tenía que agitar mi pena y volver a rezar por él, aunque en realidad lo hiciera por mí.

La verja estaba cerrada con un candado del tamaño de mi mano. Rodeé la tapia hasta encontrar el cajetín de la electricidad. Me subí y, con no poco esfuerzo, conseguí saltar a la campa fresca. Las farolas iluminaban los perfiles de las cruces de hierro, los angelotes de barro y los reposacabezas de piedra de las tumbas. La nuestra estaba en la segunda fila, frente a una hilera de nichos, vacíos algunos y otros llenos de vecinos de la aldea que se fueron muriendo, como todos.

La inscripción que había encargado al marmolero resumía una vida en dos líneas.

*Manuel Vila del Valle*  
*1942-1987*

Golpeé las letras con violencia hasta que me sangraron las manos. Descubrí lo estrecha que es la frontera entre la paz y la guerra. Entre su paz y mi guerra perdida. Me agarré a una esquina de la tumba para no caerme y abracé el aire, aunque sabía que la brisa de la noche no iba a saciar mi

hambre. Miré alrededor y escuché el eco del relincho de un caballo y el sonido electrificante de las cigarras que salieron de sus escondrijos a sorber el fresco de la noche.

Estuve en el cementerio hasta que empezó a amanecer. A fin de cuentas, allí estaban todos los que fuimos. Los que nos apañamos para pasar las mejores Navidades de nuestras vidas, los que anduvimos de la mano por los caminos de la aldea, los que me enseñaron que una babosa se encoge si la tocas, los que una vez me quisieron aunque me costara recordarlo por efecto de las mordeduras del calendario. Solo faltaba Jorge, pero de Jorge no me acordé hasta que, ya de vuelta, descubrí un nicho muy mal cuidado, de inscripción ilegible y letras casi borradas con los nombres de su abuela, que en realidad no era su abuela, y su abuelo, que nunca fue su abuelo de verdad. Arranqué unas malas hierbas que sobresalían por las costuras de la piedra, limpié el mármol con el puño del jersey y salté la tapia para siempre.

Los rayos afilados del primer sol de la mañana me cegaron. El cansancio acumulado se desplomó sobre mis hombros. Me pesaban los pies y un dolor punzante palpitaba encima de mis ojos. Me acerqué al riachuelo y me mojé la cara y el cuello. Metí los brazos hasta el codo y el agua helada me devolvió a la realidad.

—¿Dónde van los hombres cuando mueren? —pensé—. ¿Quién les aliviará el sopor en la otra vida?

—Vuelve a casa. Y duerme.

La voz parecía que emanaba de las profundidades del río. Asustada, moví el agua hasta salpicarme el cuerpo y empaparme de arriba abajo.

—Mariana, vuelve a casa.

La cara desdibujada de Timoteo apareció de repente de esas profundidades que hablaban.

Todos comentaron la muerte de mi padre hasta el día que acudimos al funeral en la Catedral. No sé si a él le habría gustado tanta solemnidad, pero tengo que reconocer que a mí me sirvió para reconciliarme con las gentes del periódico.

—Nadie olvidará su pasión desmedida por el periodismo —dijo don Valentín—. Fue un hombre de letras y como tal lo recordaremos en nuestro diario. Y mientras sea así, don Manuel Vila del Valle vivirá entre nosotros.

Su hija Mariana continuará su legado.

Aquella fue la primera vez que yo oí a alguien referirse a mi padre como don Manuel Vila del Valle. Hay que morir para que a uno lo tengan en alta estima.

Por el micrófono del púlpito fueron desfilando otros periodistas que me contaron quién era mi padre.

—Un hombre que nunca bostezó ante los sueños.

—Un periodista de raza.

—Tenía tinta en las venas.

Han pasado siete años. Después del funeral, todos los que hablaron, y los que no hablaron también, volvieron a sus casas con sus familias. Yo me quedé un rato más a solas con el Apóstol. Aguanté la cola de los turistas y subí a abrazarlo. Apoyé mi cara sobre su espalda y le pedí una tregua, un pacto con la realidad.

—Creo que ya he cumplido —le dije.

Y creo que me escuchó porque a partir de aquel momento no volví a presenciar muerte alguna, y eso que la Lupe se nos fue de las manos una noche cualquiera de fritura y parranda. Bebió más de la cuenta, se dejó seducir por un marinero de A Coruña que le prometió amor eterno y acabó chocándose contra una cuneta en la carretera comarcal que une las dos ciudades. La encontraron negra como el asfalto y desfigurada como la entelequia del amor, pero aun así Dori y Tomás la identificaron y le dieron cristiana sepultura. Yo no habría pensado mejor final para ella porque, de haber sobrevivido, habría vuelto al hoyo de una paliza. A su madre, la señora calva de la habitación oscura, se la llevaron los servicios municipales de Santiago de Compostela, y si murió, nunca lo supe. Nadie publicó esquila alguna ni se anunció misa, que yo haya sabido. Quizá no hace falta que les diga que Lupe y Jorge nunca llegaron a conocerse ni a unir sus vidas, pero el día que le hablé de su padre y la mañana que entregué a Jorge los folios de Timoteo, mi conciencia quedó tranquila. Y bien tranquila. Cumplí con el viejo cazador de pensamientos y supongo que él pudo descansar a gusto. Lo que no hizo en vida lo hizo muerto y, según mandan las tradiciones, vale lo mismo.

Estos folios terminaron de escribirse sobre los escalones desnudos del cementerio de Bonaval, un quince de enero de 1995. Los muertos, salvo los de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, ya no residían ahí. Los

trasladaron a Boixaca y los nichos fueron tapiados con masa de cemento blanco.

Yo tampoco vivo en Caldeirería. Me he mudado a un pisito desde el que veo el edificio de la universidad en la que cursé la carrera de Periodismo y terminé con Matrícula de Honor.

La última vez que el cazador de pensamientos y yo nos encontramos fue al poco tiempo de morir mi padre. Hechas sus maletas y colgado el cartel de SE VENDE, me eché a la Alameda a pasear la soledad. Allí nadie se siente exactamente solo. La Alameda está plagada de vagabundos que encuentran compañía en la mirada maternal de la bella Rosalía de hierro. Silente, parece escuchar al solitario caminante. Se me hizo de noche sentada a su vera, dibujando círculos en la arena y letras que no decían absolutamente nada. El sueño acumulado en mis reiteradas velas me sorbía la cordura, pero fui capaz de ordenar mis sentimientos y de poner en marcha la maquinaria de supervivencia. Cuando me disponía a volver a casa, una leve ventisca agitó las copas de los árboles centenarios y removió la pradera de Santa Susana. La escalinata que desciende del templo se iluminó de repente. Era como si un manojo de rayos se hubiera posado en sus peldaños. Me subí la cremallera de la chaqueta y, sin ser consciente de mis movimientos, me dirigí hacia la luz, impulsada por una atracción mágica que apaciguaba mis inquietudes. Al llegar, Timoteo estaba allí, sentado en el primer escalón, mirándome de frente.

—¿Piensas quedarte a dormir aquí?

Me eche a reír.

—Solo te he preguntado si piensas dormir aquí. Conozco algún rincón más cómodo que los bancos de hierro. Por mucho que la mires, no te hablaré, créeme.

—No miraba nada en particular.

—Llevas varias horas escrutando la estatua de Rosalía y no por mucho mirarla, conseguirás tus propósitos.

—Ya no los tengo, viejo.

—¿Qué piensas hacer con tu escrito? Lo has ordenado y lo has hecho bien. Lo has ofrecido y no te has equivocado. Te lo han negado y yo te lo advertí. Ahora, ¿qué harás con ello?

—No lo he pensado.

—No lo pienses demasiado. A una cierta edad, los hombres ya no inventan nada y resulta desolador.

Me tendió su mano y yo acerqué la mía. Estaba frío. Helado. Como un cubito de hielo. Como el mármol de Bonaval. Se apoyó en mí para levantarse y cuando consiguió erguirse, el cazador de pensamientos de Compostela se marchó, apoyado en un bastón negro. Se parecía al cura de la aldea.

—Los hombres ya no inventan nada.

Mi vida pudo haber sido de otra manera, pero ha sido exactamente como se la he contado.

Estos folios también reproducen fielmente la historia de Timoteo. Las letras han perdido color, pero la tinta aún recorre cada palabra. El tiempo no las ha encogido y gritan al paso de mi pupila. Su lectura será pasto de nuestra imaginación y nuestra imaginación, genio de los mortales. Los inmortales ceden sus huesos al barniz, pero nunca dejan de reclamar memoria.

Aunque resulte desolador.

## Notas

1. —Pobre Castelao, se murió sin hacer de Galicia un paraíso.

2. Si hay que morir, se muere, pero con dignidad.

3. A 15 de marzo de 1883, Antonio Cascales, labrador, arrenda a Avelino Vila, de igual profesión, tres haciendas durante cuatro años para que las cuide como si fueran suyas por la cantidad de 25 reales cada año.

4. Cuando un gallego dice que muere, muere.

5. Rosalía de Castro: «En las orillas del Sar».

*Encuentros en Bonaval*  
Sonsoles Ónega

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sonsoles Ónega, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

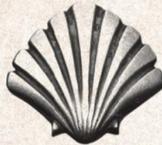
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17715-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

” TH NOVELA

*La fantasía se enfrenta a la realidad en Compostela,  
una tierra de meigas donde los sueños siempre encuentran cobijo*



*Encuentros en*  
***Bonaval***

**SONSOLES ÓNEGA**

